DOSSIER

NAM

TESTIMONIOS

LA «PROPINA» DE VIETNAM

DEPUES DE SOBREVIVIR EN VIETNAM, TUVO QUE ENFRENTARSE CON «EL MUNDO»

22

PLANETA-AGOSTINI

Introducción del Editor

Hay muchos jóvenes que, antes de empezar en la Universidad, dedican un tiempo a viajar y ver mundo. Así lo hizo Bill Ehrhart en 1967, a los 18 años, cuando abandonó Perkasie, la pequeña ciudad de Pensilvania donde había nacido, y se fue al Sudeste asiático Con la única diferencia de que iba a luchar en la guerra de Vietnam.

De la brutalidad del Campamento de Instrucción de Parris Island a los horrores de las patrullas nocturnas, de las arenas ardientes de Hoi An al mar de barro de Con Thien, del permiso R & R (Descanso y Recreo) en Hong Kong a la ratonera infernal que fue Hué durante la ofensiva del Tet, Ehrhart alcanzó a ver mucho de la vida, y aún más de la muerte Vio que los prejuicios culturales apartaban a los soldados USA de los survietnamitas —de quienes se suponía que eran aliados— tanto como los ataques de su artillería contra pueblos y aldeas indefensos. Aprendió con rapidez a besar el suelo embarrado cuando silbaban las balas sobre las alambradas del perímetro. Aprendió a mentir y a falsificar hechos y cifras, para tener contento al jefazo. Sobrevivió a todo lo que Vietnam le echó encima, y después regresó a casa.

Una vez en El Mundo, Erhart aprendió que tenía suficiente edad para luchar, pero no para votar; suficiente edad para matar, pero no para tomar cerveza; suficiente edad para morir, pero no para hacerse un seguro. Descubrió que, después de haber adquirido una experiencia superior a su edad en la caldera hirviente de Vientam, el país que amaba, por el que había luchado, le consideraba todavía un crío. Fue un horrible despertar.

La "propina" de Vietnam muestra, con mayor claridad que otros relatos sobre la guerra de Vientam, por qué Estados Unidos perdió las ganas de luchar, y la desmoralización que, como un cáncer, se propagaba entre los soldados que estaban en zona de combate. Muestra también cómo los conflictos y sentimientos de culpa en la población norteamericana por causa de la guerra llevaron a que los soldados repatriados fueran temidos y esquivados, viéndose abandonados en su intento por reintegrarse a la paz, solos con sus sufrimientos y su desconcierto. Y muestra, en fin, que en la guerra no hay héroes... sino únicamente muertos y supervivientes.

DOSSIER NAM TESTIMONIOS

Edita: Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

Número 22 - La «propina» de Vietnam

Presidente: José Manuel Lara
Consejero Delegado: Ricardo Rodrigo
Director General: José Mas
Director Editorial: Jordi Martí
Coordinación: Carmel Ferrer
Asesoría Técnica: GEARCO
Realización Gráfica: Luis F. Balaguer
Producción: Jacinto Tosca

Redacción y Administración: Aribau, 185, 1º - Tel. (93) 209 80 22
08021 Barcelona - Tx. 93392 EPDA E

DOSSIER NAM-TESTIMONIOS es una publicación de aparición catorcenal Cada ejemplar consta de 64 páginas interiores más sus correspondientes cubiertas

El editor se reserva el derecho de modificar el precio de venta del ejemplar, si las circunstancias del mercado así lo exigieran.

© 1988 Editorial Planeta-De Agostini, S.A., Barcelona

ISBN nº 1 - 84-395-0955-3
Depósito Legal: NA-1124-1988

Fotocomposición: Tecfa, Barcelona
Fotomecánica: Eurogamma, Barcelona
Impresión: Gráficas Estella, Navarra

Impreso en España - Printed in Spain - Junio 1989

Editorial Planeta-De Agostini garantiza la publicación de todos los ejemplares que componen esta colección.

Información sobre atrasados (sólo para España): EDISA - López de Hoyos, 141 - 28002 Madrid - Tel. (91) 415 97 12

Distribuye para España: Marco Ibérica Distribución de Ediciones, S.A. Carretera de Irún, Km. 13,350 —variante de Fuencarral— 28034 Madrid

Pida a su proveedor habitual que le reserve un ejemplar de **DOSSIER NAM-TESTIMONIOS**. Comprando su ejemplar cada dos semanas en el mismo quiosco o lugar de venta, usted conseguirá un servicio más rápido y nos permite la distribución a los puntos de venta con la mayor precisión.

LA "PROPINA" DE VIETNAM

W. D. EHRHART

Capítulo 1 3
Parris Island

Capítulo 2 9
Hoi An

Capítulo 3 19
En acción

Capítulo 4 33
Hong Kong

Capítulo 5 37
Disneylandia

Capítulo 6 45
Hué

Capítulo 7 53
Perkasie

PHOTO

ARRIBA: *Una advertencia al pimpollo avispado. Recibiendo un sermón del hombre del sombrero "Smokey Bear".*
DERECHA: *Resistir y aguantar. Muy, muy lejos del hogar y de los amigos, el recluta novato espera el inevitable golpe de hacha.*

Capítulo 1

PARRIS ISLAND

CAPÍTULO 1 PARRIS ISLAND

Me crié en Perkasie (Pensilvania), una pequeña ciudad situada entre Filadelfia y Allentown, en la que las casas no se cerraban con llave por la noche, los vecinos hablaban entre sí desde los amplios porches durante las cálidas veladas de verano y los muchachos bajaban en trineo por Third Street en los inviernos nevados. Era una ciudad sin semáforos, cuyo zapatero remendón, Jimmy, sabía el pie que calzaba cada uno de sus habitantes.

En la escuela, los días comenzaban con el Padrenuestro y la Promesa de Lealtad a la bandera, en ese orden. Algunas veces había ejercicios de ataque atómico, durante los cuales teníamos que sentarnos en filas en los pasillos de cara a la pared, escondiendo la cabeza entre las piernas con las manos agarradas por detrás del cuello. Cada Memorial Day (en homenaje a los muertos por la patria) adornaba la bicicleta con papel crepé de color azul, blanco y rojo para participar en el desfile de la ciudad.

En noviembre de 1964 pasé una tarde recorriendo Perkasie en la trasera de una camioneta cantando canciones de la campaña de Barry Goldwater. Estaba harto de Lyndon Johnson y su negativa a enfrentarse a los comunistas en Vietnam. Goldwater ganó en Perkasie y en las poblaciones vecinas por un amplio margen. Yo tenía 16 años.

En diciembre de 1965, cuatro universidades diferentes habían aceptado mi solicitud de ingreso y no tenía más que decidir a cuál quería asistir. Pero como constantemente aparecía destacada en titulares la sublevación comunista en Vietnam, tomé la decisión de alistarme... y no tuve la menor duda, claro está, del cuerpo al que quería apuntarme. Los infantes de Marina eran héroes por el mero hecho de ser infantes de Marina.

A mis padres, como era de esperar, no les emocionó precisamente mi idea de alistarme. Después de todo, ¿qué padres quieren que su hijo se apunte a la Infantería de Marina, pudiendo ir a la universidad? Una noche pasamos largo rato hablando sobre ello y, por último, les pregunté: "¿Eso es lo que me habéis inculcado? ¿Dejar que los hijos de los demás libren las guerras de América?" Eso puso fin a la conversación.

Me convertí en el centro de atención. El semanario local *News-Herald* publicó una foto en que aparecía yo junto a mi reclutador delante del Instituto, y también *Free Press*, de la vecina Quakertown. Mi novia del Instituto, Jenny, empezó a llevar una insignia con el águila-globo terráqueo-y-ancla del Cuerpo de Infantería de Marina prendida en la blusa.

Unas pocas semanas antes de acabar el curso, en junio de

ABAJO: *Aprendiendo a ser lagartos, arrastrándose sobre el vientre y las manos por el lodo primigenio. Y el truco estaba en que sería mucho peor en el Nam.*

J. HILLELSON LIBRARY

1966, Karen King se acercó a mí en el Instituto y me preguntó:

"¿Es verdad que te vas a la Infantería de Marina?"

"Sí."

"Te mandarán a Vietnam y pueden matarte."

"Lo sé", dije mirando a la lejanía por encima de su hombro.

"Estás loco", dijo, "pero te admiro de veras "

★ ★ ★

17 de junio de 1966, cerca de la medianoche. Ni conversaciones ni ruido de ningún tipo. El miedo desnudo ante lo desconocido impedía pensar. Vi unas letras doradas iluminadas por luz de foco: "Centro de Reclutamiento del Cuerpo de Infantería de Marina. Parris Island, Carolina del Sur."

Se adelantó una figura aislada, con uniforme caqui y sombrero "Smokey Bear" marrón oscuro, obligando al autobús a girar marcadamente a la derecha. Ya sé que todo el que escribe sobre los campamentos de instrucción de la Infantería de Marina afirma que los instructores miden todos dos metros y medio. Y todo el mundo sabe que no es verdad. Pero el instructor que subió a aquel autobús *medía* dos metros y medio; y era muy feo. Allí plantado en jarras, parecía un cruce entre Frankestein, un Ogro y el Lobo Feroz.

La Voz de Trueno rompió el silencio: "Ahí fuera en el patio hay cuatro columnas de huellas pintadas de amarillo", bramó el instructor. "Cuando dé la orden, sabandijas, tenéis tres segundos para salir del autobús y plantaros en uno de esos pares de huellas amarillas. No quier ver más que culos y pies volando. Nada de hablar Nada de mirar a todas partes. Estaréis todo el tiempo con la cabeza derecha y mirando al frente. Haréis inmediatamente lo que os diga y sólo eso. Mataré al primer soplapollas que la joda. ¡Ahora sois *míos*, asquerosas señoritas! Y no me gustáis. Ahora, ¡MOVEOS! *¡Vamos! ¡Vamos!*"

En un momento estaba sentado en el autobús con los tímpanos brutalmente aporreados y al siguiente, de pie sobre un par de huellas amarillas. Las huellas estaban pintadas tan juntas unas de otras que tenía la cara y el cuerpo aplastados contra el tipo de delante, el que estaba detrás se aplastaba contra mí y los hombros de todos chocaban con los de los lados: era un tipo de formación que pronto conoceríamos como "barriga con culo".

No iba a negar que quería ser infante de Marina, pero ¿eso? No, eso no era lo que yo creía. De pie en medio de aquela masa de cuerpos aplastados y muertos de miedo, en la calurosa noche sureña, con la Voz de Trueno martilleándome en los oídos y el corazón desbocado, deseé de pronto estar en cualquier otra parte. ¡En cualquiera! Quería mear. Quería vomitar. Quería llorar. Recuerdo que pensaba muy, *muy* claramente: "Quiero que venga mamá. Por favor, mamá, llévame a casa, no volveré a ser malo." Fue el único pensamiento claro que iba a tener durante días

Otra vez bramó la Voz: "¡Entrad en el edificio!" Tres o cuatro nuevas copias idénticas de Frankestein el Ogro Feroz, salieron de la nada, gritando a un tiempo. "¡Entrad dentro! ¡Entrad dentro! ¡A formar delante de las mesas! ¡Paso ligero! ¡Entrad dentro!" Nos lanzamos en tropel, los de detrás pasando sobre los cuerpos de los de delante, como en una estampida, tropezando, cayendo, gateando a cuatro patas, levantándonos y volviendo a caer.

En el interior, unas bombillas desnudas arrojaban una luz deslumbrante sobre dos largas filas de mesas. "¡De cara a las mesas! ¡La mirada al frente! ¡Firmes! ¡La barbilla alta! ¡El pecho fuera! ¡Los pulgares pegados a la costura de los pantalones! ¡Sin moverse! ¡Sin moverse!" Había instructores por todas partes, gritando a las caras de los reclutas, a menos de un palmo de distancia. "¡La cabeza y los ojos al frente, renacuajo! ¡Ni respires! ¿Qué miras, encanto? ¿Quieres joderme con la mirada, encanto? ¿Quieres joderme, cabrón? ¿Es eso, marrano? ¿Eres maricón? ¡Folla el suelo, cerdo! ¡Vamos, besa el suelo! ¡Flexiones! ¡Una! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! Quiero oírte quejarte. ¡Quéjate, estúpido!" Tenían fuelles de fundición en lugar de pulmones.

> "Está rodeada de pantanos, y los pantanos están llenos de serpientes venenosas. Las serpientes están al servicio de la Infantería de Marina."

"¡Vaciad los bolsillos sobre las mesas, gusanos! ¡Vaciad las bolsas sobre las mesas! ¡Vaciad las carteras sobre las mesas! ¡Meted las carteras en la bolsa verde que tenéis delante! ¡Meted el dinero, las joyas, el carnet, la tarjeta de reclutamiento, el carnet de conducir, en la bolsa verde que tenéis delante! ¡Nada de fotografías! ¡Ni otras cosas! ¿Es esta tu novia? ¡*Contesta*, estúpido!"

"Sí."

"¡*Sí, señor*, capullo!"

"Siseñor."

"¡No te oigo!"

"¡Siseñor!"

"¡Más alto!"

"¡SÍ, SEÑOR!"

"Tiene pinta de puta, ¡puaf!"

Silencio.

"¡Digo que tiene pinta de puta!"

"No, señor"

"¿Me llamas mentiroso?"

"No, señor"

"¡No te oigo!"

"¡NO, SEÑOR!"

"¡Tiene pinta de puta!"

"¡SISEÑOR!"

"Seguro que ahora está jodiendo con tu padre"

"¡SISEÑOR!"

"¡Hola, negro! ¿Tu madre era una mona?"

Silencio.

"¡Más te vale contestar, macaco! ¡Te voy a romper los huesos de una docena de formas antes del domingo!"

Entretanto todo lo que había sobre las mesas había sido arrojado a unos enormes barriles de basura: ropa de recambio, jabón, cepillos de dientes, fotografías, peines, maquinillas eléctricas, loción de afeitar, champú, libros, todo

Entonces un instructor con las mangas llenas de galones se subió a las mesas y comenzó a pasear por ellas. "Vosotros queréis ser infantes de Marina", comenzó en algo muy parecido a un tono de voz normal. "Nosotros no os hemos llamado; habéis venido a nosotros. No es fácil hacer un infante de Marina, porque los infantes de Marina son lo mejor que existe. Llegaréis a odiarlo, llegaréis, quizá, a desear la muerte. Pero la mayoría de vosotros no moriréis... a menos que trate de escapar. Esto es Parris Island. Y se llama así porque es una isla. Está rodeada de pantanos, y los pantanos están llenos de serpientes venenosas.

CAPÍTULO 1 PARRIS ISLAND

Las serpientes están al servicio de la Infantería de Marina. La carretera por la que habéis llegado está vigilada noche y día, de modo que por ahí no podéis largaros. Si pretendéis atravesar los pantanos, tendréis que cruzar a nado un canal de tres quilómetros en contra de una de las corrientes más fuertes del mundo. Y si no os ahogáis, los PM os estarán esperando en tierra firme para recogeros. Os traerán aquí de vuelta, pasaréis seis meses en el calabozo y después comenzaréis la instrucción nuevamente. No intentéis escapar. El camino más fácil para dejar la isla es salir desfilando por la puerta principal el día de la graduación. De modo que haced lo que os manden, hacedlo lo mejor posible y podréis conseguirlo."

En cuanto dejó de hablar el índice de decibelios se volvió a disparar a 232 "¡Muy bien, es hora de esquilar a las ovejas! Balad, balad, ovejitas. *¡Digo que baléis!*" Todos comenzamos a balar "¡Más alto!" Todos balamos más alto. Había instructores por todas partes moviéndose agitadamente, a los que sólo se les podía ver por el rabillo del ojo... nadie se atrevía a mirar a derecha o izquierda, arriba o abajo, a ninguna parte excepto al frente. Quien lo hiciera caería inmediatamente en las garras de dos o tres instructores que se le echarían encima como ángeles vengadores, ensañándose hasta dejarlo para el arrastre.

"¡Paso ligero! ¡Paso ligero! ¡Por la escotilla... por *ésa* no, gorila imbécil! ¡Columna de a dos! ¡Barriga con culo! ¡A formar sobre las huellas!" Parris Island estaba lleno de huellas amarillas. Cada corte de pelo duraba unos doce segundos. tris, tras, tris y la cabeza quedaba lisa como una bola de billar. Mientras esperábamos apretujados en la formación, los instructores se metían con los que tenían el pelo unos centímetros más largo que lo normal: "Hola, Ricitos; eh, encanto, ¿te gusta tu pelo, mujercita? Te lo vamos a cortar enterito y no te lo devolveremos jamás. ¿Qué te parece, encanto? ¿Te alegra? ¡*Contéstame,* jodido estúpido! ¡Cuando te haga una pregunta, procura tener respuesta! ¡Voy a regar tu cerebro de mosquito por la pared!

"¡Siseñor!"

"¡No te oigo!"

"¡SISEÑOR!"

"¡Tienes pinta de muñequita, encanto! ¿Eres una muñequita?"

"¡No, señor!"

"¿Qué? ¿Me llamas mentiroso?"

"¡NO, SEÑOR!"

"Tienes pinta de muñequita."

"Soy una muñequita, señor."

"¡No te oigo!"

"¡SOY UNA MUÑEQUITA. SEÑOR!"

Nos llevaron a las duchas en manada, con el aspecto de un manojo de cebollas recién peladas. Al fin, muy a primeras horas de la mañana nos condujeron al piso alto y nos metieron en una gran nave espaciosa, amueblada con dos filas de literas metálicas de dos camas. "¡Meteos en el catre! ¡Yaced firmes!", ordenó un instructor. Después dijo: "¡Dormid!" Se apagaron las luces.

Desobedecí la orden del instructor y no me dormí. Tampoco creo que los demás se durmieran, pero, como estaba demasiado asustado para mirar a otro sitio que no fuera el techo, no lo sé. Me daba terror no despertarme lo bastante rápido, me matarían en el acto. Quería con toda mi alma salir de allí; no podía comprender cómo había pasado todo aquello. Estuve así durante lo que me parecieron horas en una especie de trance, con la vista fija en el techo, la mente en blanco y alguien pisando a fondo el acelerador. Jesús, Jesús, buen Jesús, sálvame.

Se encendieron las luces. Un enjambre de instructores entró a saco en la nave, golpeando las camas metálicas con tapas de cubos de basura. "¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Colocaos delante de los catres! ¡Firmes! ¡La mirada al frente! ¡Arriba! ¡Arriba! ¡Moveos, moveos, moveos! ¡Es la hora de la bazofia para los cerdos, señoritas! ¿Todos bien y hambrientos? ¡Os he hecho una pregunta, leches!"

"¡Siseñor!", gritamos todos al unísono.

"¡Más alto!"

"¡SISEÑOR!"

Lo último que quería ver era comida Por nada del mundo podría tragar bocado Pero había una voz interior que me decía que si no cogía todo lo que me dieran y no me comía todo lo que cogiera, me matarían en el acto. Así que me puse a la cola de la comida con la bandeja de metal en las manos, hombro con hombro con el resto, con la mirada fija en el frente y el estómago chillando "¡No me hagas esto, por favor!", a medida que los rancheros amontonaban en la bandeja huevos, copos de avena, salchichas, pan tostado, mantequilla, mermelada, cereales, azúcar, leche, zumo y un plátano. Me lo comí todo y cada bocado era como si tragara un trozo de sal. Tenía que tragarlo dos y tres veces, porque lo regurgitaba siempre. El plátano fue una pesadilla atroz: medía casi un metro y pesaba 15 quilos. Lo dejé para el final, esperando que desapareciera, pero fue inútil. Estaba seguro de que me moriría.

> "La Infantería de Marina es vuestro padre y vuestra madre. El instructor es vuestro confesor, vuestro médico y vuestro amante."

Tras el desayuno, el ritmo se reavivió convirtiéndose en una continua sucesión de gritos, chillidos, levantarse, coger el equipo, sudar, correr, esperar estómago con culo, flexiones, avanzar arrastrándose, revisiones médicas, control dental, líneas de tiro, pruebas escritas, impresos, obscenidades, chillidos y gritos.

Durante el reparto de fusiles, un instructor anunció: "Esto es sagrado, señoritas La Infantería de Marina adora sus fusiles y a la Infantería de Marina no le gustáis. De manera que si le ocurre algo al fusil, si simplemente le hacéis una raya, la Infantería de Marina os odiará por siempre jamás Y entonces os meterán en la garita del dolor y no os va a gustar nada". No tenía ni idea de lo que era la 'garita del dolor', pero estaba seguro de que no me iba a gustar.

Otro instructor nos dijo· "La Infantería de Marina es vuestro padre y vuestra madre. El instructor es vuestro confesor, vuestro médico y vuestro amante. La Infantería de Marina os proporcionará todo lo que necesitéis, y si no os lo da es que no lo necesitáis. La Infantería de Marina os enseñará todo lo que tengáis que saber. Si la Infantería de Marina quiere que penséis, os suministrará un cerebro. No penséis, señoritas, ni lo intentéis siquiera. Dad un salto cuando se os mande y no poséis los pies en el suelo hasta que la Infantería de Marina os lo ordene "

Los furiosos instructores nunca descansaban, nunca dormían

DERECHA· *¡Algo desquiciante! El campamento de instrucción, seis semanas de abusos físicos y mentales dirigidos por hombres que por su aspecto y comportamiento parecía que se quisieran comer a los reclutas.*

ARRIBA: *"Estoy molido, quiero volver a casa."*
DERECHA: *"Atrapado entre dos fuegos, sin entender nada." O la instrucción da sus frutos o se es hombre muerto.*

y nunca disminuían el ritmo, y te matarían inmediatamente si hacías algo mal. Y *siempre* hacías algo mal.

Una mañana, al cabo de unos días —quizá tres o cuatro, aunque puede que fueran seis, no tengo ni idea— aparecieron tres nuevos instructores. Era evidente que estaban de un humor de perros. Todos ellos estaban siempre de un humor de perros, y nos echaban a nosotros la culpa. Aquellos tres nuevos iban a ser, según nos informaron bruscamente, nuestros instructores permanentes para el ciclo de instrucción que íbamos a comenzar

¡Jesús, José y María! ¡Comenzar un ciclo de instrucción! Pensaba que habíamos empezado hacía días. ¿Qué demonios iban a hacerme ahora?

En el campamento de instrucción tuve un rebrote de religiosidad. Mi padre es pastor de la Iglesia Unida de Cristo y durante quince años fui cada domingo a la Escuela Dominical y a la iglesia. En el Instituto, sin embargo, comencé a descubrir muchas cosas que no coincidían con mi propia fe de protestante liberal y decidí que era agnóstico.

Pero un campamento de instrucción es uno de los mayores reductos misioneros de la civilización occidental. Apartado del afecto, el calor, la confianza o cualquier rastro de afabilidad humana, rodeado por enormes instructores furibundos, uno suspira por algo estable y consolador que le dé fuerzas en medio de esa permanente adversidad.

Bajo una presión como ésa, se llega a tener una vívida memoria que le hace recordar a uno todas las malas obras que ha hecho a lo largo de su vida. Un sentimiento de culpabilidad generalizado hace que uno no pueda recordar una sola obra buena que haya hecho o una simple palabra buena que haya dicho. Y uno se da cuenta de que si muriese al día siguiente, lo que siempre es una posibilidad cercana en Parris Island, iría al infierno de cabeza, a arder en el fuego eterno: en un campamento de instrucción eterno.

> "Pedía a Dios que me sacara con vida del campamento, si estimaba conveniente disponerlo así."

Rezaba todas las noches. En realidad, la sección completa de 80 hombres gritábamos el Padrenuestro al unísono echados en la cama en posición de firmes, excepto cuando estaba de servicio el sargento Ellis. El sargento tenía una nariz rota seis veces, el hombro y ojo izquierdos caídos, le corría por las venas burbon de 100 grados y no le gustaba el Padrenuestro. La oración que le gustaba era: "¡Ruega por la guerra!"

Pero después que habíamos rezado la oración de la sección y el instructor había ordenado "¡A dormir!", y habían apagado las luces, yo rezaba solo y sin que nadie me lo ordenara. Pedía a Dios que me sacara con vida del campamento, si estimaba conveniente disponerlo así.

Un millón de flexiones, 1186 carreras de obstáculos y 12.000 "siseñores" más tarde, el buen Dios me lo concedió, forjando un converso de por vida durante el proceso. Mientras estaba formado en el patio, durante el desfile de la graduación, recordaba aquella primera noche de junio en que ni siquiera podía concebir ese día. Se me escapó una amplia sonrisa, casi incapaz de contener el orgullo. En unos momentos sería merecidamente ascendido a soldado W. D. Ehrhart, infante de Marina de los Estados Unidos.

Unas semanas después, estando en casa de permiso, acompañé a mi madre a la iglesia, donde me senté completamente uniformado en el primer banco, mientras mi padre predicaba desde el púlpito y la congregación manifestaba con sonrisas su aprobación colectiva. Después corrí a recoger a Jenny y sus padres para acompañarles a la misa de la iglesia católica. Ese mismo día, más tarde, asistí a la asamblea de los cuáqueros con mi amiga Sadie Thompson.

Cuando regresé con Sadie a su casa, me pidió que entrara, pero le dije que no podía porque iba a salir a cenar con Jenny.

"La quieres de verdad, ¿no?"

"Sí. Vamos a casarnos en cuanto vuelva de Vietnam."

"Supongo que no volveré a verte antes de que te vayas", dijo. "Cuídate, por favor, Bill. Y", añadió después de una pausa pensativa, "procura no matar a nadie."

Capítulo 2

HOI AN

CAPÍTULO 2 HOI AN

Lo primero que me impresionó de Vietnam fue el olor: un olor que se me aferró violentamente a la nariz y me quemó los pulmones Era espantoso y lo impregnaba todo. Yo no dejaba de pensar: "Dios mío, esta gente no huele como seres humanos."

Además eran muy pequeños; muy *extraños*. Me pregunté si se notaría mi sorpresa. Recordando los viejos documentales en los que había visto a los soldados norteamericanos cruzando los pueblos franceses recién liberados, sonreía y movía la cabeza afablemente hacia aquellas caras extrañas, saludando rígidamente con la mano sin mover el codo.

"¿Qué haces?", preguntó Saunders. Me sentí sobresaltado.

"Bueno. . esto... sólo saludaba", respondí.

"¿Quién te crees que eres? ¿El general MacArthur? Mejor será que te andes con ojo, porque siempre hay francotiradores por la carretera Probablemente la mitad de la gente a la que saludas es del Vietcong Hace un par de semanas, unos amarillos lanzaron una granada a un camión de soldados en esta misma plaza. Les hizo una buena chapuza a unos cuantos muchachos."

El cabo Jimmy Saunders tenía 20 años y era auxiliar de informaciones en el 1.er Batallón, 1.° de Infantería de Marina. Llevaba 10 meses en Vietnam y en menos de 90 días le tocaba regresar a los Estados Unidos. Yo era su sustituto.

> "Reaccionando inmediatamente, me giré, apunté el M-14 y disparé 10 o 15 tiros más o menos hacia el francotirador del Vietcong."

El trayecto de 25 quilómetros desde Da Nang hasta el recinto del batallón, situado a seis quilómetros al noroeste de Hoi An, duró unas dos horas.

"Eso es", dijo Saunders por último, señalando carretera adelante. "Eso es el batallón." Un terraplén de arena y múltiples rollos de alambrada delimitaban el perímetro del recinto del Batallón.

Había arena por todas partes, blanca como la cal y desprendiendo vapor a causa del calor. No crecía nada dentro del recinto del puesto de mando, que incluía el cuartel general del batallón y la compañía de apoyo. La mayor parte de la zona delimitada por el terraplén estaba cubierta de filas de tiendas de campaña de lateral rígido y el resto contenía un desconcertante surtido de material militar.

Saunders se detuvo ante una de las tiendas de la primera fila y dijo: "Hogar, dulce hogar." Cogí el petate y lo seguí dentro del barracón. No había nadie, pero por todas partes se veía rastros de una ocupación continuada: cacharros de cocina, bandoleras y otras prendas colgadas de ganchos en la pared, y bajo la mayoría de los catres había cajas de madera de munición de artillería, que servían de taquillas.

"Compartimos el barracón con los exploradores", dijo Saunders. "Tenemos nueve exploradores asignados a la sección de información S-2. Es probable que tú mismo acabes haciendo mucho de explorador. En teoría, eres un ayudante de información y no un explorador, pero eso no quiere decir nada. De todas formas, se harta uno de estar sentado en el centro de mando, operaciones y comunicaciones (COC) todo el tiempo. Será mejor que vayamos a por el teniente; pensará que he chocado con una mina o algo así Son cosas que ocurren y con mucha frecuencia, la verdad "

"Eso he oído."

El centro de mando, operaciones y comunicaciones era un búnquer enorme, fuertemente protegido con sacos terreros, en cuyo interior se encontraba la sección de operaciones S-3, la sección de información S-2 y todo el equipo de comunicaciones.

Cuando entramos, el teniente Roberts, el oficial S-2 del batallón, apartó el mapa que estaba estudiando.

"Éste es Ehrhart, señor."

"Bien venido a bordo", dijo. Era mucho mayor que yo, tenía 23 o 24 años. "Tu hoja de servicios es muy buena, Ehrhart, te quedan pocos meses antes de que se vaya Saunders, así que pégate a él· sabe lo que hace. Pon atención y lo harás todo perfectamente. Me alegro de que estés aquí, Ehrhart, nos serás útil."

La sección de información se componía de cuatro hombres: el teniente Roberts, el sargento Judson —el alto, delgado y severo jefe de información a quien apenas veía, porque sufría de alcoholismo— y los dos ayudantes, Saunders y yo.

El sargento Judson no hacía más que aparecer simbólicamente durante unos minutos por las mañanas; y pronto supe que la función primordial de Roberts era firmar documentos e informes preparados por Saunders o por mí, interrumpiendo cada firma con la exclamación: "Cuando vuelva a casa, voy a hacer que mi esposa me chupe la polla hasta explotar; y después le haré que vuelva a chupármela." Igual que a Saunders, al teniente Roberts le tocaba regresar en pocos meses.

Por ello Saunders y yo hacíamos la mayor parte del trabajo, que consistía en un resumen diario de informaciones, o Resumen I, una especie de diario de las actividades del batallón, los planes de objetivos nocturnos para la artillería, la elaboración de cálculos de información, el cuidado de los prisioneros y del material capturado, y un surtido de tareas diversas imprecisamente clasificadas bajo el título de información.

Por añadidura, me tocaba mi parte de vigilancia nocturna en el COC, cuatro horas varias noches a la semana. Cuando no tenía vigilancia de búnquer, me tocaba servicio de guardia en el terraplén, en períodos de dos horas durante toda la noche, o me asignaban a uno de los puestos de escucha, una serie de patrullas de tres hombres al otro lado de la alambrada del perímetro.

Todo era pura rutina y muy pronto empecé a cogerle el tranquillo. No dejaba de preguntarme cuándo llegaría a probar la guerra de verdad. Casi la única vez en que salía del puesto de mando era cuando iba con Saunders a hacer una de nuestras visitas periódicas al cuartel de la Policía Nacional Vietnamita de Dien Ban o Hieu Nhon. La Policía Nacional era la autoridad civil local y regularmente cotejábamos datos con ellos en busca de pistas para localizar al astuto Vietcong.

Cada vez que Saunders y yo hacíamos uno de esos recorridos, me preguntaba si ésa sería la ocasión que esperaba, pues sabía que el Vietcong podía aparecer en cualquier parte. Cuando cruzábamos la puerta principal del recinto, metía una bala en la recámara y, una vez que el jeep tomaba la carretera, quitaba el seguro del arma

El día en que por fin comencé a recibir correo de casa, Saunders y yo salimos de viaje a Dien Ban. Avanzábamos por la carretera cuando de pronto observé por el rabillo del ojo un movimiento justo al otro lado de la zanja del arrozal, a menos de 20 metros a mi derecha, y reaccionando inmediatamente, me giré, apunté el M-14 y disparé 10 o 15 tiros más o menos hacia el francotirador del Vietcong, antes de darme cuenta de que le había pegado un tiro a la rueda delantera derecha.

"¡Puñetero jeep de la mierda!", chilló Saunders, parando el jeep. La rueda se había salido del eje y había ido dando botes hacia el arrozal donde yo la había "matado" en el acto.

"¿Ahora qué hacemos?", pregunté nervioso cuando Saunders se calmó y dejó de darle patadas al cacharro.

"Esperar", dijo, encendiendo un cigarrillo. "A menos que quieras volver andando al puesto de mando. A la larga pasará alguien, espero." Me sentía como un hombre desnudo mientras estábamos en la carretera, con campos pelados a ambos lados, jalonados por arrozales y tras ellos una línea de árboles a tiro de fusil, y un chico con un búfalo, que pretendía, de modo sospechoso, no habernos visto. Intenté acomodarme tras el jeep sin que Saunders se diera cuenta, usando el vehículo destrozado como cobertura

"Es la tercera rueda de mierda que pierdo en dos meses", continuó Saunders, sacando el M-14 del jeep y cargándolo. "Maldita Infantería de Marina ¿Ves esos preciosos jeeps que llevan los tíos del Mando de Asistencia Militar en Vietnam? Nunca se les salen las ruedas. El Ejército compra jeeps que funcionan, pero, ¿se gasta el dinero en un buen equipo la Madre Marina? ¡No, coño! Hasta el ejército survietnamita tiene mejor equipo que nosotros ¡Chúpate ésa y a la mierda la Marina! ¡Dios santo!"

Encendí un cigarrillo, con un ojo puesto en el chico y el búfalo.

Tres horas después estábamos de vuelta en el batallón, por cortesía de un camión que nos remolcó.

★ ★ ★

Varios días después, Saunders y yo estábamos forrando con plástico un puñado de mapas para la compañía Alfa, que iba a usarlos al día siguiente en una 'Feria Regional'. Una Feria Regional era una operación especial contra la sublevación, destinada a propiciar la voluntad de la población civil por medio de la distribución de alimentos y de la asistencia médica al tiempo que se eliminaba a los guerrilleros del Vietcong y a los "cuadros" políticos y se recogía información.

"Erhart", me dijo el teniente Roberts al pasar, "creo que es hora de darte un poco de trabajo de campaña. Los exploradores van a salir mañana con la compañía Alfa, y un par de ellos está de baja. ¿Por qué no les acompañas?"

"Sí, señor, será estupendo." Era comprensible, pues llevaba más de un mesen Vietnam y todavía no había participado en una operación exterior. "Desde luego que no me importa salir de *aquí* durante un día", casi grité.

A la mañana siguiente, mucho antes de que amaneciera nos amotonamos en un vehículo anfibio y partimos· el sargento primera Taggart del Grupo de Traducción e Interrogatorios del Regimiento, el sargento primera Trinh, un soldado vietnamita destinado a nuestro batallón, que hablaba inglés perfectamente, tres policías nacionales cubiertos de pies y cabezas con el equipo de campaña completo, el oficial de asuntos civiles y su ayudante, un equipo sanitario, varios oficiales y personal de operaciones y comunicaciones del batallón, los otros siete exploradores y yo.

Los dos vehículos se detuvieron frenando ruidosamente. A lo lejos divisé cabañas techadas de paja. "Erhart. pégate a mí", dijo el sargento Wilson, el jefe de los exploradores: mayor que

ABAJO: *"Tomad lo que queráis y dejad lo demás... pero nunca deberían haber tomado lo mejor." Almidonados y con las botas abrillantadas con saliba, los "pimpollos" llegan a Da Nang.*

MAGNUM

TIM PAGE

ARRIBA: *Otro agradable día de campo, con una baraja de ases para dejar sobre los cadáveres y otra de verdad para jugar a las cartas entre ataques de locura desenfrenados.*

el resto de nosotros, de unos 33 o 34 años, era un infante de Marina profesional

Nos aproximamos a la primera aldea. La mayoría de sus habitantes salió de las cabañas, pero una de ellas permanecía cerrada y con las contraventanas echadas. Un par de soldados se aproximaron y golpearon en la puerta con la culata del fusil. Sin esperar respuesta, uno de ellos abrió la puerta de una patada, saltando hacia atrás ágilmente. Salieron un viejo y una joven, que inmediatamente fueron derribados a golpes por los soldados.

"¿Qué hacías ahí dentro? ¿Escondiéndote?", chilló uno de los soldados al viejo, mientras le daba fuertes patadas en las costillas. "¡Maldito amarillo de mierda!" Comenzó a llevar al viejo a patadas hacia el resto de los aldeanos, que rápidamente iban reuniéndose en tropel detrás del cuerpo de batidores, azuzados por algunos guardias.

"¿Un poco brutal, no?", le comenté al sargento Wilson.

"Mira a esta gente, Ehrhart", dijo "¿Ves a algún joven de tu edad? ¿Dónde crees que están? Algunos pertenecen a las fuerzas survietnamitas... pero muchos de ellos son vietcong Y éstos son sus madres, hermanas, esposas e hijos ¿Es extraño que ninguno de ellos tropiece con una mina? Ya sé lo que sientes, pero no llevas mucho por aquí y gran parte de los muchachos ya han pasado mucho tiempo enfrentándose a toda esta basura día tras día. Tú haz lo que tienes que hacer y con un poco de suerte regresarás en una pieza." Me dio una palmadita en el hombro casi con dulzura. "Vamos, te enseñaré a registrar una cabaña", y entró en la que teníamos más cerca.

Le seguí. No había nadie en el interior, pero encontramos dos grandes sacos de arroz y un agujero subterráneo capaz de albergar a cinco o seis personas. "El almuerzo de 'Charlie'", dijo el sargento Wilson. "Se lo dejaremos a las excavadoras." Cuando pasamos junto a Calloway, Wilson señaló la cabaña que acabábamos de abandonar. "Ahí un refugio dentro", dijo. "Destrúyelo." Unos minutos después el refugio, junto con la cabaña bajo la que estaba, desaparecía en medio de un humeante estruendo.

Durante varias horas se repitió el proceso entero una y otra vez: cabañas que desaparecían periódicamente convertidas en grandes bolas de fuego, algún disparo artillero, la multitud de vietnamitas, que creció hasta llegar a ser varios centenares según íbamos moviéndonos lentamente de una aldea a la siguiente. Por último, divisé un gran cercado de alambrada, emplazado en un pedazo de terreno seco y arenoso a la derecha. Tras las alambradas se alzaban tres tiendas multiuso, dos de ellas con los lados enrollados. Los cocineros estaban preparando media

docena de grandes calderas de arroz para dar de comer a los vietnamitas. Algunos sanitarios comenzaron enseguida a atender a personas con cortes y magulladuras, poniendo inyecciones de penicilina y dando otras medicaciones sencillas. Inmediatamente, los tres policías nacionales empezaron a abrirse camino entre el tropel de gente, gritando a unos, golpeando a otros y, de vez en cuando, agarrando a uno o una por el cuello y arrastrándole hasta la tienda que tenía los lados cerrados, de forma que no podía verse su interior.

Ahí fue donde encontré a Taggart y a Trinh. Taggart era un hombre pequeño, no más alto que yo, con un gran bigote. Se inclinaba sobre un viejo que estaba en cuclillas de tal forma que casi tocaba el suelo con el trasero. Taggart llevaba un M16, el nuevo fusil que aún no había sido entregado a la mayoría de los infantes de Marina, y apoyaba el apagallamas de tres puntas afiladas sobre la parte superior del pie desnudo del viejo, justo por encima de los dedos. Iba girando el fusil de manera que el apagallamas se clavaba cada vez más hondo en el pie, del que manaba sangre.

"¿Quién excavó el refugio?", gritaba Taggart cuando entré. El viejo dijo algo entre dientes que no entendí. Estaba llorando. Yo no entendía una palabra de lo que decía él o cualquier otro vietnamita.

"Dice que lo excavó él", dijo Trinh. "Dice que lo excavó para refugio de su familia cuando ataca la artillería."

"¡Mientes!", le gritó Taggart a la cara, volviendo a girar el fusil. El hombre movía la cabeza frenéticamente, sin entender las palabras, pero comprendiendo claramente el gesto y el tono de voz. Uno de los policías nacionales le dio un puñetazo en la cara.

"¿Es un refugio del Vietcong?", gritó Taggart. "¿Cuántos Vietcong hay en el pueblo? ¿Estuvieron aquí anoche? ¿Dónde está tu hijo?"

El interrogatorio continuó por el estilo durante varios minutos. De vez en cuando Trinh me miraba con unos ojos ardientes colocados en un rostro inexpresivo. Me di la vuelta y salí a la luz del sol.

Hacia las 14:00 horas, la Feria Regional había terminado. Todos quedaron libres, excepto los que nos llevábamos con nosotros. Nos llevábamos arroz suficiente para cubrir el fondo de uno de los vehículos anfibios, pero no habíamos encontrado armas ni material bélico y no habíamos confirmado la presencia del Vietcong. No obstante, habíamos descubierto varias minas y no habíamos sufrido bajas.

"¡Eh, el cazador vuelve a casa!", dijo sonriendo el teniente Roberts cuando entré en el COC unas horas más tarde. "¿Cómo fue hoy?"

"Imagino que perfectamente, señor. Es aburrido estar holgazaneando por aquí, aunque no creo que hayamos hecho muchos amigos."

"Esta noche tienes guardia, porque libraste la pasada. Lo siento, Ehrhart."

"No importa, señor. La guerra es así."

"Pásate por la oficina de correos antes de coger la cama, Ehrhart", añadió Saunders. "Tienes cartas... y a todo el batallón le ha llegado un regalo de la compañía de alquiler de coches Avis."

Había dos cartas de Jenny y una de Sadie Thompson esperándome en la oficina de correos. "¿Qué regalo es ése de Avis?", pregunté al empleado.

"Esto", me contestó, levantando una gran caja del suelo. "Coge alguna."

Dentro de la caja había unas 2000 insignias de metal redondas, coloreadas y con manchas negras y verdes, como el equipo de camuflaje; y cada una de ellas decía en letras negras: "Nos esforzamos."

★ ★ ★

Cuando me presenté al sargento de guardia unas horas después, me enteré de que no me habían destinado al terraplén, sino a uno de los puestos de escucha. Eso me pareció estupendo. La vigilancia del perímetro consistía en colocarse con otro en un búnquer abierto en lo alto del terraplén desde las 20:00 a las 08:00, alternándose en la vigilancia cada dos horas durante toda la noche, un programa muy duro que suponía dormir muy poco.

Los puestos de escucha, por el contrario, salían durante cuatro horas en intervalos variables a lo largo de la noche, tres hombres por puesto, se hacían cuatro horas seguidas y se acabó: a la cama. Dormir era siempre un premio. Esa noche me había tocado un puesto de escucha de las 22:00 a las 02.00 con el cabo Roddenbery, de la sección de operaciones, y un tipo de suministros llamado Maloney.

Nos habían asignado una posición al otro lado de la aldea, a unos 400 o 500 metros de la alambrada. Salimos hacia el norte por la carretera 28 y fuimos después al noreste, cruzando el centro de la aldea, hasta alcanzar nuestra posición.

"Me tiré de bruces al suelo y avancé listo para abrir fuego, pero el silencio que siguió a la explosión era más profundo que antes."

Pasó la primera hora y pasó la segunda. "Ve a echar una cabezada", me susurró Roddenbery. "Malone y yo estamos perfectamente." La verdad es que no podía dormir, pero era un alivio descansar los ojos de la tensión de mirar y mirar fijamente en la oscuridad.

Una hora más por pasar. En una de sus cartas de esa tarde, Jenny me decía que iba al baile del último curso con Niles Mancini. No lo conocía, pero no me importaba. O intentaba que no me importase. "Debe de ser duro para ella", decía para mí, "el último año, todo el mundo disfrutando y dejándose ir y ella sola. Debería disfrutar mientras pueda. Entre nosotros dos no hay razón para no divertirse."

Maloney se quejó en sueños. Roddenbery le dio un fuerte codazo. "¡Chisss!", susurró roncamente. "Levántate, ya casi es hora de entrar."

"Control radio Anunciación."

"Anunciación, Anunciación; aquí Lima Papa Uno. Todo en orden. Vamos a entrar. Cambio."

"Recibido, todo en orden, Uno. Entrad."

Roddenbery se colocó el aparato de radio en la espalda. Yo salí "porra". Como de costumbre, en lugar de regresar por la misma ruta, lo hicimos por un camino diferente, recorriendo la parte trasera de la aldea hacia la carretera. Se oía a los vietnamitas moverse mientras dormían, en alguna parte lloraba un niño.

Y entonces estalló la noche.

Roddenbery se encendió como una silueta destellante, despegándose violentamente del suelo hasta deshacerse en la oscuridad. Si gritó, su voz quedó ahogada por la violencia de la explosión. Se me paró el corazón, luego se me desbocó y se me

CAPÍTULO 2 HOI AN

llenó el estómago de bilis. Me tiré de bruces al suelo y avancé listo para abrir fuego, pero el silencio que siguió a la explosión era más profundo que antes y lo único que atravesó el zumbido de mis oídos fue una voz que exclamaba: "Me han dado, me han dado "

Me arrastré hasta Maloney. "Estás bien, estás bien", le dije, "Cálmate; ahora vuelvo." Me arrasté hasta Rodenbery. Había perdido una pierna a la altura de la rodilla, el pie de la otra y tenía la pelvis partida en dos La radio, milagrosamente, seguía funcionando. De los auriculares salían palabras frenéticas. Interrumpí:

"Anunciación, Anunciación; aquí Lima Papa Uno. Tenemos dificultades. Mandad enseguida a alguien: hay heridos, cambio."

"Lima Papa Uno, Anunciación ¿Qué ocurre? Repito. ¿Qué ocurre?"

"Una mina, creo. No lo sé. No recibimos fuego. Tenemos un Kilo India Alpha (KIA, muerto en acción) y un Whiskey India Alpha (WIA, herido en acción). ¿Queréis daros prisa? Y lanzad algo de luz "

Regresé arrastrándome hasta Maloney, que gemía en voz alta. "Todo está arreglado, muchacho. Déjame ver." Se apretaba la parte superior del muslo derecho. Rasgué la tela del pantalón· había perdido un trozo de muslo y sangraba copiosamente. Saqué mi vendaje y se lo enrollé alrededor de la pierna tan prieto como pude

"¡Dios Santo, cómo duele!", decía una y otra vez.

"No te va a pasar nada, Maloney He pedido ayuda y pronto estará aquí. Toma, muerde esto." Saqué el envoltorio del vendaje y se lo metí entre los dientes. Oí disparos de morteros en el recinto y al poco media docena de bengalas estallaron en el cielo, iluminando la zona.

> "En el cielo seguían estallando proyectiles luminosos, que arrojaban un fantasmagórico manto formado por móviles retazos de luz y sombra."

"¡Santo cielo!" Tres vietcong venían corriendo por la carretera hacia mí, a unos 200 metros, buscando la protección del arrozal. ¡Su puta madre! Me tiré al suelo y abrí fuego. Una de las figuras que corría saltó de pronto hacia arriba y cayó hacia atrás. Los otros dos se metieron de cabeza en la zanja de riego de la cuneta en que yo estaba. Seguí disparando al tiempo que retrocedía hacia la radio.

Los vietcong comenzaron a devolverme el fuego: oí un agudo chasquido de las balas al hundirse en la tierra a mi alrededro.

"Anunciación, Anunciación; aquí Papa Uno Estoy recibiendo fuego. Repito. Estoy recibiendo fuego."

"Aquí Anunciación, Zulú, Papa Uno", interrumpió alguien. Parecía la voz de Dodd, uno de los exploradores. "Estamos en la carretera, delante del pueblo. Despejad la carretera, sois un blanco fácil " En el cielo seguían estallando proyectiles luminosos, que arrojaban un fantasmagórico manto formado por móviles retazos de luz y sombra Se movieron unas figuras entre las sombras móviles de las cabañas. Puse el dedo en el gatillo.

"No dispares, Ehrhart, somos nosotros." Las figuras salieron de la sombra: era el sargento Wilson con el resto de los exploradores y dos sanitarios.

"Allí", dije a uno de ellos, señalando a Maloney, que ahora estaba inmóvil. "Roddenbery está muerto. ¡Cielos!, me alegro de veros."

"Bien venido a la guerra, Ehrhart", dijo Wilson.

★ ★ ★

"Qué ha ocurrido ahí fuera?", preguntó el teniente Roberts cuando regresamos.

"No estoy seguro, señor. Creo que Roddenbery pisó una mina Divisé a tres vietcong en la carretera cuando comenzaron a estallar las bengalas, pero no creo que estuviera sincronizado, señor. Creo que oyeron la explosión de la mina y vinieron corriendo. La luz les cogió desprevenidos, creo. Puedo que le haya dado a uno de ellos."

"Le diste", dijo Calloway. "Hemos encontrado mucha sangre en la carretera y señales de haber arrastrado a alguien. Los otros dos se deben de haber llevado el cadáver. ¿Cómo diablos lo harían? Toda la puñetera carretera estaba iluminada como Broadway. Aunque sólo fuera una vez, me encantaría encontrarme a un amarillo muerto con un arma en las manos."

Entró uno de los sanitarios en el COC. "El otro acaba de morir", dijo. "Tenía un pedazo de acero en el estómago del tamaño del una pelota de golf."

"¡Dios Santo! No lo vi, no lo vi. Le vendé la pierna, porque tenía un pedazo arrancado. No sé, me disparaban e intentaba usar la radio; no tuve tiempo..."

"Actuaste perfectamente, Ehrhart", dijo el teniente Roberts, cortándome. "Fue así y no es culpa tuya. Por lo menos le diste a uno de ellos. No te preocupes de nada. ve a dormir un poco."

"Sí, señor. Gracias, señor." Salí del búnquer, di unos pasos, sentí vértigo, me incliné hacia adelante y vomité, haciendo esfuerzos como si fuera a echar las entrañas.

★ ★ ★

Creo que esa noche fue para mí una especie de Prueba del Fuego a los ojos del teniente Roberts y el sargento Wilson, porque desde entonces comencé a salir de patrulla con los exploradores con mucha más frecuencia; aunque seguía sin poder acompañarlos cuando salían para dos o tres días seguidos. Había tareas en la oficina de la S-2 que requerían mi atención diaria y con Saunders contando sus últimas semanas, tenía que encargarme de muchas cosas. Pero los paseos por el exterior durante la tarde eran un bien recibido descanso de las monótonas tareas rutinarias del puesto de mando del batallón

Las patrullas, por lo general, no eran nada extraordinario. En un par de ocasiones recibimos fuego de francotiradores, y entonces el sargento Wilson solicitaba un ataque aéreo y los estruendosos A-4 y F-8 arrasaban una zona arbolada con bombas "ojo de serpiente" de 200 kilos, o achicharraban una cabaña con una anaranjada y pavorosa bola de fuego de napalm. Lo único notable de aquellas patrullas era el sargento Trinh, el soldado del Ejército survietnamita destinado a nuestro batallón, quien a menudo patrullaba con los exploradores. Tenía una habilidad extraordinaria para detectar minas. Caminando en punta, nos salvó una y otra vez, descubriendo los alambres detonadores ocultos como si los oliera. Y quizá fuera así.

Pero, dejando a un lado las patrullas, la vida transcurría rutinariamente. A veces cruzaba la puerta principal, cuando no había mucho que hacer, y jugaba con los niños que siempre se acercaban a pedir dulces, raciones C y cigarrillos Mi vietnamita no mejoraba nada, pero nos hacíamos gestos, hacíamos juegos con las manos y nos reíamos. Nunca supe de dónde salían: aparecían por la mañana y se quedaban hasta el ocaso, pidiendo

hmosna a los vehículos que entraban y salían del recinto del puesto de mando.

Pocas semanas después de la muerte de Roddenbery, un francotirador mató a su sustituto. El sustituto de éste fue un soldado llamado Randy Haller, de Berkeley. El día en que llegó, a finales de marzo, instaló un tocadiscos portátil a pilas en su barracón y, como estaba pegado al mío, no podía dejar de oírlo. La música era horrible: un batiburrillo de chirriantes guitarras eléctricas que sonaba como alguien que estuviera agonizando.

"Los Doors", dijo Haller respondiendo a mi pregunta. "Es un grupo llamado los Doors." Nunca los había oído nombrar.

"Son horrorosos." Puso otro y era aún peor.

"¿No tienes nada de los Beatles, los Rolling Stones o las Supremes?"

"¿Dónde has estado, tío, en la guerra o qué? ¡Esto es lo que mola en El Mundo!"

Me había ido no hacía más que unos meses y todas las semanas me leía el *Times*. ¿Era posible que hubiera perdido contacto tan rápidamente? Me cruzaron por la cabeza los versos de una canción de Bufalo Springfield que había oído en la radio: "Algo ha ocurrido aquí; no sé exactamente qué..." Decidí que no me gustaba el soldado Haller ni su música.

"Procura no ir por ahí pisando fuerte hasta que sepas de qué va", le advertí. "No vayas a pisar algo que muerda."

★ ★ ★

Marzo dio paso a abril. A principios de mes, el sargento Judson fue enviado por fin a los Estados Unidos. Las últimas semanas, ni siquiera se había molestado en hacer su diario acto de presencia simbólico en la oficina de la S-2. Yo no le echaba en falta, porque siempre había sido una especie de no-persona, un esqueleto empapado de whisky.

Cuando Judson se fue, descubrí que había pasado el período necesario para ser soldado de primera, lo que significaba 21 dólares más al mes y un poco más para mi cuenta de ahorros. Con excepción de algún corte de pelo y cocacolas en la "tienda de los amarillos" —una especie de tienda familiar para todo, llevada por unos vietnamitas—, no había mucho en qué gastar el dinero. No era como salir de noche en la ciudad ni nada de eso. Así que ahorraba casi todo lo que ganaba, incluyendo el suplemento mensual de 65 dólares por estar en combate, creando unos ahorrillos para el futuro, para casarme con Jenny e ir a la universidad.

También en abril nos repartieron los M16. Me sorprendió lo ligero que era el fusil y el poco retroceso que tenía. El peso era especialmente importante, porque el calor aumentaba notablemente día tras día y cada quilo que hubiera que llevar era importante.

Al final del mes el cabo Saunders regresó a América. "Te echaré de menos, Jimmy", le dije el día que se fue, y así lo pensaba. "Gracias por todo."

"Cuidate, Bill. Si vas alguna vez a Redondo Beach, hazme una visita. Me encontrarás en la guía telefónica como PFC (Private First Class, soldado de primera): ¡Paisano Follador y Contento!" Nos quedamos unos minutos mirándonos, sin saber qué más decir, y luego saltó al jeep y cruzó la puerta principal.

"¡Eh, Ehrhart!"

"¡Señor!" Me volví y vi al teniente Roberts a la entrada del COC.

"El Regimiento acaba de recibir un nuevo y flamante ayudante de información de los Estados Unidos y nos lo han asig-

ABAJO: *Todo lo que necesitas es amor. Cuando llegaban los chicos de verde, nunca era seguro si traerían dulces y medicinas, o balas y napalm.*

FRANK SPOONER

ARRIBA: *Cúbreme, compañero, mientras apago la sed. Las más veces, el agua era salobre y estaba contaminada, pero una pastilla esterilizante y un sobre de polvos refrescantes la hacían parcialmente potable.*

nado. Nos lo mandarán con el mismo conductor que va a dejar a Saunders en Da Nang Se llama Rowe y es soldado."

Yo estaba junto a la puerta principal cuando regresó el jeep. Traía dos pasajeros "¿Quién de vosotros es Rowe?"

"Yo", dijo el más bajo de los dos Era aproximadamente de mi estatura, moreno y más joven que yo de cara. Al menos, así me lo parecía. El tipo grande, un soldado de primera llamado Griffith, dijo que era el nuevo encargado de Mensajes Confidenciales y Secretos.

"¿Cuánto tiempo llevas?", me preguntó Rowe, mientras descargaba el equipo sobre la antigua cama de Saunders.

"Casi tres meses."

"¡Ojalá los tuviera yo ya a las espaldas!"

"Ya los tendrás", le dije, sintiendo un brote de calor paternal "Pasan muy rápido. en general. A veces me parece que acabo de llegar, pero ya han pasado 90 días. El tipo que tenía esa litera acaba de irse esta mañana. Cumplió los 13 meses sin un rasguño. Apuesto a que está ya embarcado, volando hacia El Mundo. ¡Qué suerte!"

"¿Sí? No sé qué clase de recibimiento le harán", dijo Rowe. "Aquello está desquiciado, tío. Los últimos días que estuve en Los Angeles me vi atrapado en medio de una de esas manifestaciones. un hatajo de hippies avanzando y gritando. Se metieron conmigo de mala forma y ni siquiera llevaba el uniforme. Estaban furiosos contra mí simplemente por llevar el pelo corto. «¡Paz ya! ¡Paz ya!» Mierda, deberían embarcarlos a todos y mandarlos a Rusia."

"He leído todo eso y no lo entiendo. Estamos aquí jugándonos el pellejo por defenderlos ¿y qué recibimos a cambio? Puñeteros traidores. Como me encuentre a uno de ellos cuando vuelva, van a llover hostias. ¡Jodidos parásitos! ¿Estás casado?"

"Sí. Acabo de casarme en Navidades." Rowe buscó en su cartera y sacó la fotografía de una joven con una melena negra hasta los hombros y amplia sonrisa. Era uno de esos retratos de anuario. "Ellen", me dijo sonriendo.

"Hermosa", dije.

"Es una chica estupenda, además. La única con la que he estado comprometido. Vamos a tener un hijo."

Busqué en mi cartera y saqué una foto de Jenny Rowe silbó entre dientes.

"¡Vaya chica!", dijo. "Un verdadero bombón."

"¡Ya lo creo!" Venga, vamos, tenemos que registrarte y luego ir a ver al teniente. Pensará que has pisado una mina o algo así en el camino."

Cuando íbamos hacia el COC bajo el calor de la tarde, los vietnamitas de la tienda de los amarillos estaban de pie junto a la puerta... tres hombres y cinco mujeres. Junto a ellos había tres soldados armados.

"¿Qué es eso?", preguntó Rowe.

"Trabajan en la tienda de los amarillos. Ahí puedes cortarte el pelo, comprar recuerdos y de todo; son también lavandería: eso es lo que hay en esas bolsas grandes."

"¿Qué hay ahí, encanto?", oímos decir a uno de los guardias, llevando la mano a la parte delantera de la camisa suelta de una joven. El soldado rió cuando la joven retrocedió asustada y se alejó.

"Una forma barata de meter mano", dijo Rowe. "¿Por qué hace eso?"

"La está registrando. Bueno, se supone que tiene que registrarla. Todos los amarillos de la tienda son registrados al entrar y cuando salen al anochecer. Podrían llevar granadas o quién sabe qué. Mira, así están las cosas. En los alrededores hay vietnamitas y hay vietcong; la mayoría de las veces no sabes quién es quién hasta que es demasiado tarde. ¿Quieres que una de esas mujeres te coloque un cartucho de dinamita bajo la cama?"

"¿Está tan mal la cosa?"

"Peor", le contesté. "Hace dos semanas, íbamos Saunders y yo cruzando Hoi An en jeep, cuando un maldito chico de unos ocho o nueve años se nos acercó e intentó arrojar una granada dentro del vehículo. ¡Una granada! Tuve que liquidarlo. Un chiquillo. Fue jodido de verdad. Mi hermano pequeño no tiene más de 12 años."

"La sangre comenzó a bombearme en las sienes y me sudaban las manos al contacto con la culata del fusil."

"¿Qué es eso?", preguntó Rowe a la mañana siguiente, señalando un pedazo de papel sujeto a la pared con chinchetas sobre mi mesa de las oficinas del COC.

"Léelo", le contesté. En el papel estaban pegados un artículo del periódico diario militar, *Star 'n' Stripes*, y cuatro apuntes recortados de los Resúmenes de Informaciones del batallón Los cinco artículos tenían fechas próximas unos de otros y estaban dispuestos en orden cronológico, empezando por la historia del periódico. En ella se detallaba la captura de una sección de un depósito de suministros del Vietcong, durante un tiroteo en que cayeron tres guerrilleros; el botín incluía varios fusiles de cerrojo, algunas cajas de granadas de fabricación china, explosivos, munición y arroz. El artículo concluía con un comentario de un general según el cual habíamos retrasado el esfuerzo bélico del Vietcong en nuestra zona al menos por cuatro meses Los extractos de los Resúmenes incluían: vehículo anfibio cargado de soldados choca con una mina de 25 quilos, cinco muertos, 11 heridos, emboscada contra una patrulla a pleno día, dos muertos, seis heridos; puente volado por zapadores del Vietcong; jefe de sección herido por francotirador. Al pie de la página yo había mecanografiado: "Si no se puede confiar en los generales locales, ¿en quién se puede confiar?"

"Ahí lo tienes", le dije, "en blanco y negro. Lyndon Johnson

dice que estamos ganando la guerra, porque los generales de Lyndon Johson le dicen que estamos ganando la guerra. *Tú* calculado."

"Ese pedazo de papel es sedicioso, Ehrhart", dijo el teniente Roberts entrando en la oficina de la S-2 en medio de la conversación.

"No puedo evitarlo, señor. Es lo más gracioso que he visto en mi vida. Puede ordenarme que lo quite, señor."

"No puedo. Es lo más graciosos que he visto en mi vida."

"No me parece que sea gracioso en absoluto", dijo Rowe.

"Tú acabas de llegar", le contestó el teniente

★ ★ ★

En el momento en que salíamos cruzando la alambrada, alguien nos susurró desde el perímetro: "Buena caza." Ninguno de los exploradores respondió. Estaba muy oscuro y las hormigas de mi estómago, que habían estado moviéndose perezosamente durante las últimas horas, iniciaban ahora una actividad febril. Aunque había estado en numerosos puestos de escucha y en bastantes patrullas con los exploradores, aquélla no era más que la segunda noche que salía de patrulla de exploración.

Era el antepenúltimo de la columna. Inmediatamente delante de mí iba el soldado de primera Roland Morgan y Calloway cerraba. Sin chaleco antibalas —eliminado en favor de un menor peso y una mayor movilidad— y con sólo el equipo mínimo, la patrulla progresaba con lentitud, tan silenciosa como pueden serlo los americanos en territorio extraño. Era bien pasadas las 23:00 horas.

La columna giró al suroeste y entró en una zona arbolada, acortando un poco el espacio entre hombres para mantener el contacto visual. De pronto, Morgan me indicó por señas que despejase la senda y desapareció entre la maleza

Delante de él no había nadie, y pronto comprendí que todos los demás se habían retirado también de la senda. Haciendo una seña a Calloway, me metí entre los matorrales. No tenía ni idea de lo que pasaba, pero la sangre comenzó a bombearme en las sienes y me sudaban las manos al contacto con el plástico de la culata del fusil Vi moverse algo por la senda; la cabeza de la columna estaba cambiando de dirección...

"¡Santo cielo!", estuve a punto de gritar. ¡No era un explorador! El que venía por la senda era un amarillo. Dos. Tres. ¡Cuatro! Contuve la respiración. Dios mío, estaban pasando a unos metros de mí. Ni un movimiento. Dios mío, estaban frente a mí; podía estirar el brazo y golpearlos con el fusil. Estaba seguro que oirían el ruido de mis tripas, o el retumbo de la sangre en mi cabeza. Pero continuaron sin que parecieran enterarse, caminando con zancadas ágiles, con el fusil al hombro o balanceándose despreocupadamente en una mano.

Me acababan de rebasar y por el rabillo del ojo vi a Calloway al otro lado de la senda, que se levantaba y apuntaba a las figuras menguantes. Sin pararme a pensar, me levanté, puse el fusil en posición, y ambos abrimos fuego al mismo tiempo, de modo automático, intentando derribarlos a todos antes que pudieran reaccionar y buscar refugio. El repentino estallido del fusil me trajo una violenta oleada de alivio; los vietcong cayeron como fichas de dominó y luego, Calloway y yo, nos acercamos corriendo a reconocer los cuerpos en medio de un tenso silencio: llegaron los otros exploradores y yo estaba respirando pesadamente, mareado por una poderosa acometida de alegría, con las aletas de la nariz vibrantes.

"Los tenemos a todos", dijo Calloway.

Calloway yo yo nos sentamos al borde de la senda Yo todavía temblaba de excitación. "¡Cielos, qué bien sienta!", susurró Calloway. "Estoy harto de perseguir fantasmas y no llegar a nada. Voy a quedarme uno de sus fusiles como recuerdo, tío. Es la primera arma que consigo en estos diez malditos meses. Cógete uno, si quieres: son tus muertos."

A primera hora de la mañana siguiente, el sargento Wilson y yo fuimos al COC para el registro. Rowe estaba inclinado sobre una máquina de escribir, aporreando el Resumen de Informaciones.

"¿Cogisteis esos fusiles anoche?", preguntó Rowe, señalando las cuatro armas que había traído conmigo

"Sí", contesté Se quedó boquiabierto de envidia. Había dos fusiles SSSR M1944 de cerrojo, un MAS-36 francés de cerrojo, de la guerra de Indochina y una carabina M1. Yo cogí el MAS-36. Le faltaba la bayoneta plegable, y la piel podrida de la correa estaba parcheada con tiras de bambú delgadas y atada con alambre a la culata.

"Mira el cañón de este trasto", dije, extrayendo el cerrojo y levantando la recámara a la luz. Casi había desaparecido el rayado y el cañón estaba muy picado. "Con este ejemplar no darías a un Cadillac a 20 pasos. Ni siquiera me atrevería a disparar... podría estallarme en la cara. ¿Cómo demonios pueden luchar con este equipo?"

"A eso se llama el valor de las creencias, creo", dijo el sargento Wilson.

"Sostenía un AK-47 en posición de tiro y tenía en la cara una mirada de determinación firme."

"O la ceguera de la estupidez", añadió el teniente Roberts. "¿Conseguisteis algo más?"

Vacié el saco en que había metido las cosas sueltas. Había varias docenas de balas sueltas, un cargador de diez balas para la carabina, varios paquetes de arroz pequeños envueltos en una especie de hoja y algunos papeles escritos en vietnamita.

"Eh, mirad esto", dije, sacando dos fotografías pequeñas de entre los papeles "No las había visto." En una de las fotografías aparecían siete mujeres, todas con fusil. La otra era una ampliación de una de las mujeres de la fotografía anterior. Sostenía un AK-47 en posición de tiro y tenía en la cara una mirada de determinación firme.

Volví con el pensamiento a la noche anterior, a los cuatro hombres muertos en la senda. "¡Quién sabe cuál de ellos sería su novio!", dije.

★ ★ ★

Una semana después, entramos Rowe y yo en el COC y nos encontramos con un barullo infernal. Un batallón de Infantería de Marina de Tam Ky, un distrito situado a 30 quilómetros al sur, había establecido contacto con una fuerza de tropas regulares del Ejército norvietnamita aquella mañana temprano y nuestro batallón había recibido órdenes de enviar refuerzos inmediatamente, antes que los norvietnamitas se escaparan.

"Están mandando una sección de cada compañía, más un grupo del mando. Los helicópteros están en camino". El teniente hizo una pausa y luego miró a Rowe: "¿Quieres ir?"

"¡Claro que sí!", gritó Rowe. "Quiero decir, sí, señor. Ya es hora de entrar en acción."

"De acuerdo, prepárate."

ARRIBA: *Aquí me gustaría verte. Los infantes de Marina de Khe Sanh vigilan el perímetro como heraldos crepusculares de las horas en que reina "Charlie".* DERECHA: *Comiendo raciones C en campaña*

"Todos los tontos tienen suerte, Bobby", me quejé, simulando que le daba un puñetazo en el estómago al pasar a mi lado "Eh, Bobby", añadí. "Mantén la cabeza agachada, ¿quieres?"

"No te apures", dijo Rowe desapareciendo por la puerta.

★ ★ ★

El teniente Roberts partió para los Estados Unidos el día primero de junio y para reemplazarlo llegó de zona de combate el teniente Kaiser. A Kaiser le quedaban tres meses de estancia en Vietnam; era un hombre corpulento, de más de dos metros, con aspecto juvenil, aunque no había nada de joven en él. Debía de tener 25 o 26 años.

Sus primeras palabras fueron: "No os preocupéis, no voy a andar jodiendo. Seguid haciendo lo que hacíais y como lo habéis hecho siempre y a la larga ya lo cogeré Después de diez meses en los lugares más perdidos, podéis creerme que lo único que quiero es paz, tranquilidad doméstica y que mi alma pueda partir rápidamente de esta encantadora tierra... preferiblemente unida al cuerpo." Me gustó inmediatamente.

Estábamos Gerry y yo jugando a las cartas en el barracón, cuando entraron los exploradores.

"¡Hola!", grité. "¿Cómo fue? ¿Todo bien?"

"Está bien jodido ahí abajo", dio Morgan moviendo la cabeza. "Esos norvietnamitas son de pura cepa. Le dieron a Rowe." Se me encogió el estómago.

"¿Ha muerto?"

"No", intervino Wally. "Le dio un rebote aquí." Wally se puso el dedo en el cuello, exactamente encima de la clavícula, indicando hacia abajo. "Puede que le haya perforado el pulmón, el sanitario no está seguro. Pero no le tocó el corazón. Lo pasará "

"Estuvo consciente todo el rato", añadió Morgan "Incluso empezó a echar pestes porque le evacuaban. Quería encontrar al amarillo que le había dado. Seguramente estará de vuelta en un mes."

"¿Ha habido carta?", vocearon los recién llegado.

"En esa saca", dije, señalando una gran valija de correos que había en un rincón del barracón. "El teniente Roberts regresó a El Mundo. Nos ha llegado un tipo llamado Kaiser, que era oficial de la compañía Bravo."

"¡Claro!", dijo Wally "Lo tuve de oficial, es un gran tipo."

"¡No me lo creo!", dijo Calloway. Estaba sentado en su cama, al otro extremo del barracón. "¡No me lo creo!" Nos volvimos a mirarle. Estaba mirando fijamente una carta, pálido como la cera, sin color bajo su rostro atezado.

"¿Qué ocurre, Cal?", preguntó Wally.

"Mi esposa se divorcia de mí. Está embarazada de mi mejor amigo y desea casarse con él." Nadie sabía qué decir. En medio del incómodo silencio que siguió, Calloway estrujó la carta, la dejó caer sin fuerza a sus pies, alcanzó la cartuchera que colgaba de la cama, sacó la 45, metió una bala en la recámara, se colocó el cañón en la sien y apretó el gatillo antes que ninguno de nosotros se diera cuenta de lo que estaba pasando.

Tres días después, el teniente Kaiser, el sargento Johnson y yo estábamos sentados en la oficina de la S-2 cuando entró un sanitario y nos dijo que Rowe había muerto la noche anterior en un barco hospital anclado en Da Nang.

"¡Dios mío!", barboté. Se me llenaron los ojos de lágrimas y giré la cabeza ocultándome a la vista de los otros. Me costó una docena de profundas aspiraciones recuperar la compostura "Eso no va a hundirnos, ¿verdad, señor?"

Capítulo 3

EN ACCION

CAPÍTULO 3 EN ACCIÓN

Recogí al sustituto de Rowe un día de mediados de junio. Cuando lo vi, tuve que mirarlo dos veces: si no hubiera llevado la insignia de soldado de primera de la Infantería de Marina, habría jurado que era survietnamita. Además, sus primeras palabras —con un acento asiático deliberadamente cerrado— fueron ininteligibles.

"Amagasu", dijo. "Kenokura Amagasu." O algo así.

"¿Qué coño pasa aquí?", pensé. "¿Cómo?", dije.

"Ese es mi nombre. Soy japonés. Nadie lo pronuncia bien, así que llámame Kenny."

Su cara redonda y la sonrisa ancha que dejaba ver los dientes le daban el aspecto de uno de aquellos guardianes sádicos de *El puente sobre el río Kwai*, excepto porque emanaba una calidez y un buen humor contagiosos, que ponían en entredicho mis ideas sobre los japoneses según Hollywood. No sabía qué hacer con él.

"Será mejor que te agarres a eso", le dije, señalando con la cabeza el M-16 que estaba entre los dos. "Será mejor que lo cargues y mantengas los ojos bien abiertos. Quizá esto parezca tranquilo, pero hay vietcong por todas partes. Ese vejestorio podía lanzarnos una granada; hace un par de meses intentó hacérmelo un chiquillo. Cuando no te guste el aspecto de algo, cárgatelo; no tendrás una segunda oportunidad."

Cuando estábamos a la vista del puesto de mando del batallón, un par de F-8 pasaron rugiendo a muy baja altura y comenzaron a picar contra un grupo de cabañas situado a menos de dos quilómetros en la otra orilla del río, dejando una estela de ondulantes nubes de humo negro.

"¿Qué es eso?", preguntó Amagasu, señalando la carretera. Lo que parecía la parte trasera de un camión se proyectaba hacia arriba en medio de la carretera. Había soldados por todas partes. "¡Mierda!", dije. "Charlie ha vuelto a volar el puente."

El camión tenía el morro en el agua y las ruedas traseras en la carretera; era un amasijo retorcido y humeante: el puente había sido volado bajo sus ruedas. Los heridos ya habían sido trasladados al puesto de socorro y había otra ambulancia esperando a que fueran recompuestos y reunidos los cuerpos de los muertos. Nadie sabía a ciencia cierta cuántos soldados habían muerto, porque algunos habían quedado desmembrados por completo y se estaba intentando reunir pedazos suficientes para hacer el recuento. "¡Eh, teniente!", voceé, al divisar al teniente Kaiser y al sargento Johnson. "¿Qué diablos ha ocurrido?"

"Puedes verlo por ti mismo", contestó el sargento Johnson. "Sabemos tanto como tú. Ha ocurrido hace media hora. Los muchachos iban de permiso de Descanso y Recreo y, en vez de eso, ahora les mandarán a América."

"¿Qué ocurre allí?", pregunté, señalando hacia las ruinas humeantes de la aldea que habían arrasado los aviones.

"El guardia de la puerta creyó ver a un par de amarillos corriendo hacia el pueblo justo después de la explosión. Ha debido de ser una carga enorme, porque la sentimos en el COC."

"Por lo menos de 25 quilos", dijo el teniente. "Quizás 50. A mí se me cayó el café. ¿Has traído al nuevo, Ehrhart?"

"Sí, señor. ¿Sabe una cosa, señor? Seguramente esos ama-

US ARMY

ABAJO *¡No retrocedas, muchacho, no te rindas! Con el M-16 en la mano y el compañero al lado, preparado para conservar la posición en una confrontación con el "señor Charlie".*

[illegible] me han vigilado mientras cruzaba el puente esta mañana. Dios Santo."

★ ★ ★

"¿Puedes creerte esta mierda?", dije, lanzando una revista *Time* abierta sobre la mesa delante de Gerry. Varias páginas de fotografías en color de los disturbios de Newark y Detroit nos miraban fijamente como unas estrafalarias páginas centrales de *Playboy*. Había fotos de autobuses incendiados y de interiores de edificios destruidos, de antidisturbios luchando con saqueadores negros y miembros de la Guardia Nacional con el equipo de combate subidos en vehículos acorazados armados de ametralladoras. "Parece una zona de combate."

"Totalmente deprimente, ¿verdad?, replicó Gerry, ojeando descuidadamente las hojas de la revista.

"Simplemente esperando y esperando. Yo quiero gritar, pero está oscuro y no hay nadie que pueda oírme."

"¿Deprimente? Ese oruga lleva una jodida ametralladora del calibre 50. ¡Es en América, tíos! Es a menos de 100 quilómetros de Perkasie. Santo Dios, ¿qué demonios quiere esa gente? Nadie tiene derecho a hacer cosas así", dije, descargando el puño sobre la revista. "No he venido a Nam a sentarme en la línea de banda, contemplando cómo mi país se desgarra delante de mis narices."

"¿Qué crees que estamos haciendo aquí, viendo mundo?"

"¡No lo sé, joder! A veces no puedo creerme nada de esto. A veces me despierto por la noche con la sensación de que se cierne sobre mi cabeza un enorme nubarrón invisible, y el relámpago está esperando para descargar. Simplemente esperando y esperando. Yo quiero gritar, pero está oscuro y no hay nadie que pueda oírme. Y me asusta *de veras* empezar a sentir algo así a la luz del día. Como si alguien estuviera estrangulándome y no pudiera ver quién es ni atacarlo. Desde luego que no es esto lo que esperaba."

"¿Qué te esperabas?"

"Dios mío, ya no lo sé. Me levanto por las mañanas y tacho otro día. Es como avanzar por un sueño."

De pronto, me miró inquisitivamente y dijo: "¿Qué coño *estamos* haciendo aquí?"

"Matar comunistas", me reí. "Salvar al mundo para la Democracia. Ayudar a los accionistas de la Dow Chemical a saldar sus hipotecas. ¿Cómo cojones voy a saberlo? ¿Crees que sería un soldado de primera si supiera la respuesta? ¿Por qué no se lo preguntas al coronel?"

"Ya lo hice", dijo Gerry. "Ayer."

"Joder, vaya huevos que tienes. ¿Aspiras a ser soldado? ¿Qué te dijo?"

"Me dijo: «Nuestro trabajo»."

"¿Qué? ¿Qué mierda de respuesta es esa?"

"Eso es lo que me dijo. Nada más. Serio de verdad: «Nuestro trabajo»."

"Joder, vaya manera de ganarse la vida."

"Sí."

★ ★ ★

"¡Déme un respiro, teniente!", supliqué.

"¿Darte un respiro?", replicó Kaiser. "Estoy intentando mantenerte con vida, desagradecido."

"Pero aquí voy a volverme majara, señor. Ya no me deja hacer *nada*, hace un mes que no he estado en ninguna parte. ¡Voy a perder la cabeza! ¿Me dejará salir de aquí una vez antes que me encierren en un manicomio? Si tengo que escuchar una vez más la mierda de música de ese cabrón de Haller, voy a matar a alguien."

"No, no lo vas a hacer eso; tú vas a ir a la universidad. Tú no eres un explorador. Y mientras yo esté aquí, no vas a salir nunca más, de modo que olvídalo."

En ese preciso intante sonó el teléfono de campaña. Era el guardia de la puerta principal. "Uno de esos chiquillos que andan siempre rondando por aquí", dijo, "no para de gritar «¡Ong Bill! ¡Ong Bill!» No quiere irse. Tú eres el único Bill que conozco que venga por aquí, así que, ¿por qué no sales a ver qué quiere? Me está sacando de quicio."

Cuando llegué a la puerta me encontré a Tranh, uno de los habituales, dando saltos y haciendo gestos frenéticos delante del guardia. En cuanto me vio llegar, corrió a mi encuentro, me agarró por la manga sin dejar de gritar. "Venir mucho vietcong, coge *papa-san*. ¡Bang! ¡Bang!" Señaló primero al otro lado del río, pasada la carretera que teníamos delante, luego a la aldea situada cerca del perímetro del batallón. Estaba muy asustado.

Parloteba sin parar, pero yo no conseguía saber si el Vietcong acababa de matar a su padre, si iba a matarlo, si *papa-san* quería decir adulto, o qué. Después de unos minutos, le indiqué a Tranh que esperara, mientras iba a buscar a alguien que lo entendiera. Trinh y Wilson estaban fuera con los exploradores, de forma que tuve que optar por el sargento mayor Taggart, que al menos sería capaz de entenderlo mejor que yo. Según íbamos hacia la puerta, le expliqué lo poco que había sacado de Tranh.

"Como tenía mayor graduación que yo, no me quedaba más remedio que permanecer allí impotente."

En cuanto estuvimos con Tranh, el sargento Taggart se arrojó sobre él. No lograba entender mucho de lo que decía, pero por el tono de su voz podía asegurar que estaba amenazándole con toda clase de violencias físicas y síquicas. Tranh intentó ocultarse detrás de mí, pero Taggart lo atrapó y comenzó a darle meneos. "Eh, no se lo ponga tan duro, sargento", le dije, pero Taggart hizo caso omiso. Como tenía mayor graduación que yo, no me quedaba más remedio que permanecer allí impotente. Tranh no pronunciaba una palabra, pero sus ojos me decían: "Tú trajiste a este hombre." Se echó a llorar y aparté la vista. Taggart lo retuvo un poco más y luego le dio un par de sopapos, una patada en el culo y lo echó de malas maneras. Tranh en ningún momento me volvió a mirar.

"Ese pequeño imbécil no sabe nada", me dijo Taggart cuando regresábamos. "¿Para qué coño me molestas con chorradas?"

"Ese muchacho sabe algo, sargento", dije. "Al menos así lo cree. Podríamos haber descubierto qué era si no le hubiese aplicado el tercer grado. No tiene más de seis o siete años, joder."

"No me diga cómo tengo que actuar, soldado de primera."

No respondí. Regresé al COC, esperando secretamente que Taggart pisara una mina en alguna parte.

"¿Tienes la lista H & I para esta noche?", me preguntó el teniente Kaiser. "Dónde está Amagasu? ¿Sabe hacerla ya?"

"No es nada difícil, señor. Un ciego podría hacerla en medio de una nevada."

"Está bien; asegúrate de que Amagasu sabe hacerla, ¿quieres? No creo que entienda aún el sistema de clasificación."

La planificación del fuego de Hostigamiento y Interceptación consistía, teóricamente, en lo siguiente: los agentes e informadores suministraban informes sobre la actividad del Vietcong a la policía nacional y al Ejército survietnamita, que los pasaban al Mando de Asistencia Militar en Vietnam (MAC) en Hoi An, quien nos los comunicaba al batallón diariamente, al anochecer: "Reunión de «cuadros» vietcong, aldea Ban Me Thuot, coordenadas BT394551 entre 23.00 y 01:00 esta noche"; o "Posible ataque cohetes Vietcong en su zona esta noche; lugar probable lanzamiento AT877159". Y cosas por el estilo.

"Había varios fuegos encendidos. Llegué a ver un par de cuerpos retorcidos, pero nada se movía."

La fiabilidad del agente se indicaba con una letra, de A a E. Un agente bueno recibía una A, uno mediocre una C, y así sucesivamente, usándose la F cuando no podía determinarse la fiabilidad del agente. De forma similar, la fiabilidad de cada informe se indicaba con un número del uno al cinco en orden descendente de fiabilidad, destinándose el seis a los casos en que no podía estimarse la fiabilidad del informe. De esta forma, un informe A/1 indicaba una información con gran grado de probabilidad proveniente de un agente de alto grado de fiabilidad.

Lo único que yo tenía que hacer era anotar los informes, buscar los que tenían la mejor clasificación y determinar la envergadura del ataque artillero, el momento y el lugar.

Sin embargo, había algunas dificultades. En primer lugar, normalmente el 75 % de los informes estaba clasificado como F/6: fiabilidad del agente y del informe indeterminadas, lo cual no servía de mucha ayuda. La mayoría de los informes restantes venían clasificados como C/6 o F/3, lo cual no era mucho mejor. Casi *nunca* se recibía un A/1, y lograr un B/2 era como ganar en Las Vegas. A eso había que añadir la certeza de que, si bien algunos informes procedían realmente de agentes seguidores del régimen de Saigón, muchos de ellos procedían sin lugar a dudas de los "cuadros" del Vietcong y sus simpatizantes, agentes dobles, informadores pagados que de buena gana se inventaban cualquier cosa por un dólar, y personas envidiosas de sus vecinos. Día tras día, semana tras semana y mes tras mes de F/6, F/3 y C/6, habían demostrado que el sistema de clasificación era tan disparatado como el resto de la guerra. Hacía tiempo que yo había reducido el proceso a una gran simplicidad.

"Kenny, olvídate del sistema de clasificación", le dije aquella misma tarde, un poco después. "No sirve para nada. Descarga los B2 con todo lo que tengas cuando tengas uno. Luego distribuye el resto como quieras. Aquí", dije, señalando en el mapa la Zona de Fuego Libre bajo el río Go Noi, "puedes entretenerlos toda la noche."

"Pero en esa zona hay civiles por todas partes", dijo Kenny.

"Vale, date de cabezadas contra la pared. Operaciones quiere una lista H & I cada noche. Si no te gusta mi sistema, inventa otro mejor." Le alargué un montón de informes: eran unos treinta y cinco. Los marcó todos en el mapa de Hostigamiento & Incerceptación, y luego estuvo un rato mirando el mapa y hojeando la pila de informes, alternativamente.

"¿Qué tengo que hacer?", preguntó al fin. "Son todos F/6."

"¿Lo ves, amigo?", le dije. "Ahora te enseñaré a no complicarte la vida. Mira, aquí hay un C/3: mitad y mitad, el mejor que tenemos esta noche. Vamos a ver. ¿Qué tal seis descargas de 155 a las 23:00? Otras seis a las 03:15. Estupendo. Muy bien, aquí hay un F/3, que es el siguiente mejor. Le daremos doce descargas de 105, dos minutos después de la medianoche. Fabuloso." Miré al mapa en el que hacíamos un registro mensual de incidentes con minas y francotiradores. "Mira", le dije, señalando un grupo de puntos, "aquí hemos tenido un montón de minas últimamente. Y este informe", añadí, volviendo al mapa H & I, "se refiere exactamente al centro del grupo. Dice que Charlie va a reunirse esta noche. Démosles 18 descargas de las grandes en tres baterías, a intervalos de 40 minutos a partir de la 01:30. ¿Lo vas cogiendo?"

"Sí, supongo que sí", dijo Kenny dubitativo.

"¡Eh, Frank!", grité al ayudante de operaciones que estaba de servicio al otro extremo del COC. "¿Tienes un momento?

"¿Qué pasa?", preguntó, acercándose a la oficina de la S-2.

"Estamos con el H & I. ¿Tienes alguna preferencia?", le pregunté señalando el mapa.

"¿No es ese el pueblo donde atacaron a la patrulla Delta la semana pasada?", dijo, indicando una aldea cercana al puente de Phuoc Trac.

"A las afueras mismo", dije.

"¿Por qué no les echas alguna descarga a esos cabrones?"

"Tienes razón, Frank. ¿Cuánto quieres?"

"Oh, no te molestes mucho con ellos. Una batería una vez... cinco veces."

"Esto es seis descargas. ¿A las 04:45 te parece bien? Ahora escoge tú, Kenny."

"No sé", dijo Kenny lentamente.

"Claro que sí. Estilo restaurante chino, uno de la columna A, dos de la columna B. Vamos, no quiero pasarme aquí toda la noche."

"Está bien, ¿qué te parece aquí?", dijo Kenny, señalando sin mucha convicción un punto del mapa.

"Ya lo tienes. ¿Dónde está el informe? Grupo político del Vietcong. No hay horario. ¿A qué hora prefieres? ¿Quieres oírlo? Hazlo temprano."

"¿Las 21:00? Las 21:15", dijo Kenny, más convencido esta vez.

"Estupendo. ¿Cuánto?"

"Seis descargas."

"Fabuloso. ¿De cuáles? ¿Del 155?"

"Claro."

"Fabuloso. Muy bien, ya está hecho. ¿Ves qué fácil? Ya te dije que podrías." Continuamos hasta completar una lista de una docena de objetivos aproximadamente. "Esto es todo, Kenny. Los de operaciones tienen su lista y nosotros no perderemos el sueño."

"Yo sí", dijo Kenny. "Esta noche me toca terraplén."

"¡Bueno!", chillé, "mucho mejor. Puedes comprobar cómo cumplen la lista esta noche, así tendrás algo que hacer. Hasta mañana."

Muchas horas después, un repentino y agudo tableteo de fuego de armas ligeras y el explotar de granadas hicieron que saliera volando del barracón antes de despertarme del todo. "¡Santo cielo, nos están atacando!", pensé mientras corría a

toda velocidad hacia la procedencia del tiroteo. Todavía en ropa interior, sólo había tenido tiempo de coger lo esencial: el fusil, la cartuchera, el chaleco antibalas, el casco y las botas. A mi alrededor, otros soldados, en similar estado de desaliño, iban dando tumbos atropelladamente hacia el terraplén. Sobre mi cabeza silbaban las trazadoras, dejando en el aire estelas verdes y anaranjadas. El fuego artillero y las explosiones llegaban del otro lado del terraplén situado a la derecha del COC.

"Van a por el COC", pensé. "¡Mierda, se va a armar!" Corrí hacia el búnquer de guardia situado a la derecha del COC y me lancé dentro de cabeza. Al desenredarme, me encontré entre Amagasu e Ivan Pelisnky, uno de los ayudantes de operaciones.

"Baja la cabeza", dijo Pelinsky con voz ronca. "Se ha desatado el infierno."

"¡Ya lo creo! ¿Qué demonios pasa?"

"El Vietcong está haciendo papilla a las Fuerzas Populares", dijo Pelinsky.

Saqué la cabeza para echar una rápida ojeada. Dentro del recinto de las Fuerzas Populares, al otro lado de nuestra alambrada se veían algunas figuras corriendo a uno y otro lado. El tiroteo no disminuía, pero sólo ocasionalmente el fuego se dirigía hacia nuestro terraplén. Explotaron varias granadas en rápida sucesión. Agaché la cabeza otra vez.

"Charlie está dentro de su alambrada", dije.

"Creo que estaba ya dentro antes de abrir fuego", dijo Amagasu.

"Malditas Fuerzas Populares, se duermen mientras conducen... ¿Quién estaba de guardia cuando comenzó?"

"Yo", dijo Amagasu.

"¿No viste nada?"

"No, hasta que comenzó. Deben de haber entrado cruzando la aldea."

ARRIBA: *El carro M-48 Patton y el helicóptero Sikorsky 558: dos elementos nada más de la Máquina Verde, una fuerza militar que se basta a sí misma y tiene poco tiempo para los demás.*

La intensidad del fuego comenzó a disminuir. Pelinsky se giró rápidamente: "¿Quién anda ahí?", preguntó.

"El sargento de guardia. ¿Hay bajas?"

"No, estamos bien", le contesté. "¿Vamos a salir tras ellos?"

"No. Tengo órdenes de mantenernos aquí."

"¿Por qué? Desde aquí podría alcanzarles con una granada. Vamos a por ellos, por todos los demonios."

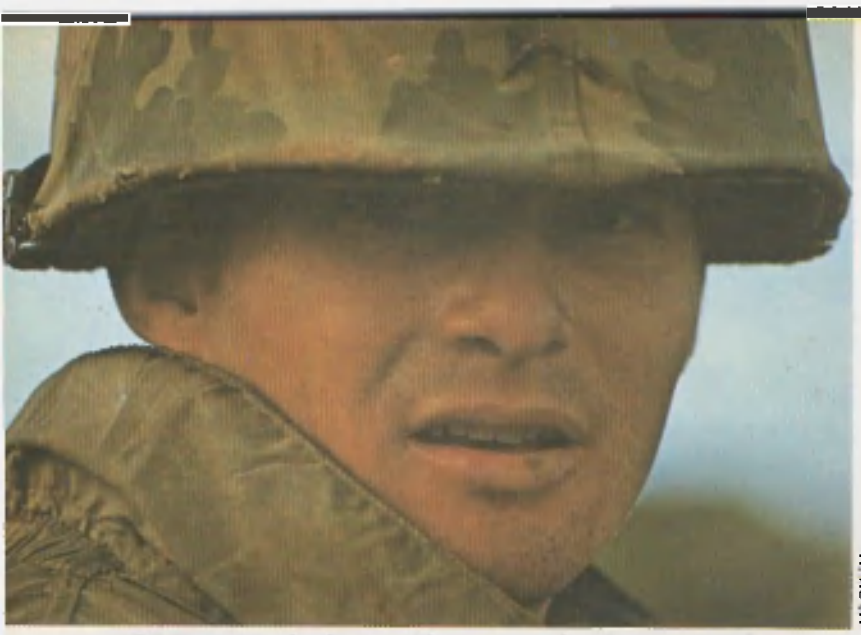
"El coronel ha dicho «no»; quizá no sea más que una maniobra de diversión."

"¡Pero están ahí *mismo*! Déjenos dispararles, por lo menos."

"Mira, tengo órdenes, así que no hay discusión. Estate quieto y luego nos veremos."

Con mayor rapidez ahora, el tiroteo fue disminuyendo hasta acabar. Volví a asomar la cabeza. Había varios fuegos encendidos y llegué a ver dos cuerpos retorcidos, pero nada se movía. "No puedo creérmelo", dije. "Nos pasamos meses y meses recorriéndolo todo en busca de esos puñeteros amarillos y nunca encontramos nada. Y ahora que los tenemos a la puerta, no movemos un dedo. Es disparatado, tío."

Miré el reloj: las 04:30. Nos quedamos sentados. Sentados. Y sentados. Pasó una hora. Pasaron dos. Comenzó a amanecer. El alba dejó al descubierto los resultados del jaleo: el recinto de las Fuerzas Populares era una ruina chamuscada y humeante; todos los búnqueres habían sido volados y reducidos a escombros. Logré ver cuatro cadáveres al menos, todos ellos vestidos con los monos verdes de las Fuerzas Populares. "Apuesto a que se han cargado hasta el último de ellos", dije.



MAGNUM

ARRIBA: *Muchachos pueblerinos sacados de sus casas de madera y enviados a Vietnam a "salvar al mundo" del comunismo, que aprendieron pronto... a matar y a morir.*

"Y todas las armas y el equipo", añadió Pelinsky.

Cuando bajaba del terraplén, vi al teniente Kaiser saliendo del puesto de mando. "Vaya putada, señor. ¿Por qué no fuimos tras ellos?"

"Parecía demasiado fácil, Ehrhart. El coronel pensó que podía ser una emboscada o una maniobra de diversión."

"Sí, quizá sí, señor, pero, ¿qué vamos a poner en el Resumen de Informaciones? «Recinto de Fuerzas Populares destruido bajo la mirada de todo un batallón de la Infantería de Marina.» ¿Sabe una cosa, señor? Creo que ese ataque era de lo que Tranh —aquel chiquillo— nos intentaba avisar ayer."

"También yo lo he pensado", dijo el teniente. Se acercó y me palmeó el hombro: "No te preocupes por eso, muchacho, ahora es demasiado tarde."

"Ayer no era demasiado tarde, señor."

A partir de ese día, salí a la puerta principal en varias ocasiones, pero Tranh no volvió a aparecer. Ni los demás niños. A medida que iban pasando lentamente los días fue haciéndose evidente que los chicos nunca iban a volver.

★ ★ ★

En la madrugada del primero de agosto, justo antes de amanecer, 18 enormes vehículos anfibios despertaron ruidosamente y comenzaron a desfilar chirriando por la puerta trasera del recinto del batallón. A bordo iban dos compañías de infantes de Marina y un grupo de mando considerable. Acompañados por dos tanques anfibios, avanzaron en columna por las dunas de arena, bajas y alargadas, dirigiéndose hacia el noreste

Cuando los vehículos anfibios alcanzaron la desembocadura del río Go Noi, los soldados que iban en la plataforma superior de las enormes cajas rectangulares se metieron en sus cavernosas bodegas. Después, uno a uno, los vehículos enfilaron el morro hacia la corriente.

La columna viró al oeste, remontando el río. Del lado de babor hacia el sur se extendía el litoral bajo de Barrier Island. Las pesadas ametralladoras montadas en la parte alta de los vehículos comenzaron a disparar hacia la orilla sur del río. Después se les unieron los obuses de 205 mm, machacando la zona de desembarco como preparación para el ataque.

Por último, los anfibios viraron a la izquierda y atracaron en la zona de desembarco. Cayó la rampa y "¡A la playa!", gritó una voz. "¡Vamos! ¡Vamos!" Con toda la velocidad que permiten 30 quilos de equipo de combate, corrí por la rampa en medio de la oleada de excitación y miedo, crucé la estrecha playa y alcancé los árboles, dejándome caer detrás de la primera cubierta que encontré. A mi alrededor, los soldados gritaron: "¡Adelante! ¡A por ellos! ¡Jerónimo!"

Pero nadie disparaba; no había nada contra lo que disparar, nada en absoluto. Los gritos de batalla fueron apagándose hasta que se produjo un silencio incómodo Esperé un rato y luego me levanté y me acerqué al sargento Johnson.

"¿Qué pasa, sargento?", pregunté.

"¡Yo qué sé!", contestó, encogiéndo sus enormes hombros.

Hacía meses que sabíamos que el Vietcong usaba Barrier Island como base para sus ataques. No había en ella guarnición de tropas americanas o survietnamitas y sólo era patrullada de vez en cuando. Aunque era una zona de fuego libre para la artillería, era una zona tranquila desde el punto de vista de lo cotidiano. Era, en resumen, una zona que el Vietcong podía utilizar impunemente. Nuestra operación daría a "Charlie" algo en qué pensar.

"¡Recoged las cosas!", gritó una voz. "¡Nos vamos!"

La temperatura rondaba los 40 grados y el avance era lento. Según pasaban las horas, íbamos recorriendo cuidadosamente la isla llana y arenosa, pasando de cuando en cuando junto a alguna cabaña aislada.

> "Buscó en el bolsillo y dejó un as de espadas junto a cada uno de los cadáveres; después se dio la vuelta y se alejó."

Ibamos cogiendo a todos los vietnamitas varones que encontrábamos. Ninguno iba armado, pero más tarde se les interrogaría acerca de la actividad del Vietcong en la isla. A media tarde me encontraba al cargo de un desordenado grupo de seis viejos con las manos atadas a la espalda. Avanzábamos por una zona arenosa desprotegida, cuando repentinamente estalló un tiroteo.

Besé el suelo inmediatamente, al tiempo que las balas silbaban alrededor, enterrándose en el suelo cerca de mí. De pronto me di cuenta de que casi todos los detenidos seguían en pie, asustados y desconcertados por el tiroteo. Derribé a un par de ellos con el fusil —a los que alcanzaba sin levantarme—, blandiéndolo como una maza, pero los otros cuatro echaron a correr hacia una línea de árboles a mi izquierda.

"¡Acaba con ellos!", me gritó Taggart. "¡Maldita sea!" Escogí al que estaba más lejos, apunté y disparé. El hombre se desplomó como si le hubieran golpeado en la nuca con un ladrillo. Los demás se detuvieron inmediatamente De pronto uno de ellos se puso rígido y cayó al suelo doblándose bruscamente, alcanzado por el fuego cruzado. Los otros dos se echaron de bruces al suelo.

A los pocos minutos cesaron los disparos. Los soldados comenzaron a levantarse cautamente. Ayudé a levantarse a los dos prisioneros que tenía cerca y luego me dirigí a los otros cuatro. Dos estaban muertos. Taggart se acercó y comenzó a dar patadas a los otros dos para que se levantaran, gritándoles en vietnamita. Trinh lo miraba fijamente, pero no dijo nada.

"Déjalos", dijo el sargento Wilson, acercándose a Taggart y agarrándole por el hombro. Wilson y Taggart se miraron fijamente durante un momento.

"Estos cabrones de amarillos intentan huir", dijo Taggart. Se acercó a los dos cadáveres, buscó en el bolsillo y dejó un as de

espadas junto a cada uno de los cadáveres; después se dio la vuelta y se alejó.

Acampamos allí a pasar la noche. Até a los cinco prisioneros, luego me senté a abrir una lata de estofado de ternera. Aunque no había comido en todo el día, al cabo de dos o tres bocados me di cuenta de que no tenía nada de hambre. Estaba casi oscuro; tiré la lata sin terminar al arrozal y me estiré. Sentaba bien estar tumbado, pero no podía dormir

"Pregunta a un infante de Marina", decían los carteles de reclutamiento. "Díselo a los infantes de Marina." Pensaba en el viejo que yacía a unos quinientos metros, con las manos todavía atadas a la espalda, el pequeño agujero en la nuca y la mitad de la cara destrozada. Pensé en la joven con el AK-47 de la fotografía. Pensé en Sadie Thompson, mi amiga cuáquera. La noche larga y calurosa parecía haberse detenido.

"La mujer estaba en una especie de trance, gimiendo quedamente y meciendo a su hijo con ternura. No se dio cuenta de nuestra presencia."

A la mañana siguiente continuamos hacia el sur. Una hora después de la salida del sol, la temperatura era casi de 40 grados. Nadie hablaba demasiado, íbamos simplemente arrastrando los pies, poniendo una bota detrás de otra. Hacia media mañana llegamos a un pequeño grupo de casas... o mejor dicho, a lo que quedaba de ellas. Las cabañas habían sido voladas en pedazos, probablemente la noche anterior. No había nadie, excepto una mujer de mediana edad, sentada entre los escombros sobre un charco oscuro de sangre coagulada. Sostenía en los brazos una criatura que tenía sólo una pierna y media cabeza, y ella misma tenía un boquete tremendo en el tórax, que le había desgarrado los pechos. Las moscas revoloteaban ruidosamente alrededor de la madre y el hijo. La mujer estaba en una especie de trance, gimiendo quedamente y meciendo a su hijo con ternura. No se dio cuenta de nuestra presencia.

"¡Dios Santo!, ¿qué es esto?", dijo Pelinsky.

"La artillería", dije, intentando conservar la voz firme, "o un cañoneo naval. El Vietcong no tiene material tan grande para hacer este destrozo." Uno de los sanitarios se acercó a mirar a la mujer y luego le inyectó morfina.

"No se puede hacer otra cosa por ella", dijo. "Pronto estará muerta." Le dejamos allí sentada y seguimos hacia el sur

"¡Eh, mirad esto!", gritó el cabo Scanlon. Estaba frente a un árbol contra el que acababa de mear Mirándonos desde el árbol estaba el general Nguyen Van Thieu... o mejor dicho, un retrato de él. Era un cartel para las próximas elecciones presidenciales de septiembre... las primeras en 12 o 13 años. El general Thieu era uno de los candidatos. No tenía ni idea de quién era, pero lo que podía decir es que a *alguien* no le gustaba: su cara sonriente lucía un bigote pintado a mano apresuradamente, una airosa barba de chivo y el ojo izquierdo tachado

"¿Quién habrá sido el artista?", dijo Scanlon.

"Seguramente el Vietcong", dijo Pelinsky.

"Alguien le ha echado huevos, para colgar eso en el patio de Charlie", dije, "o tenía un extraño sentido del humor."

"¿Crees que ganará?", dijo pensativo Scanlon.

"Claro", contesté. "A Washington le gusta."

"¿Y Ky?"

"Le propusieron ser vicepresidente. Probablemente le ofrezcan una villa de recreo en la Riviera francesa y la posibilidad de comprar acciones de la General Motors."

"Nadie se enfrenta a ellos."

"Un neutralista", dijo Scanlon. "Propugna un gobierno de coalición no partidista."

"Buena suerte."

Llegamos al extremo de la isla el tercer día hacia media tarde. Nosotros estábamos en una orilla del río y desde la otra nos saludaban los survietnamitas; moviéndose de acá para allá bajo sus grandes cascos tamaño americano, parecían setas autopropulsadas. El Vietcong no estaba en ninguna parte

"¿Ahora, qué?", pregunté al sargento Johnson.

"Vienen helicópteros a recoger a estos amarillos", dijo, señalando al grupo de detenidos. "Tú los acompañarás al norte. Dejaréis a los amarillos en Hieu Nhon, y allí habrá alguien que te llevará de vuelta al puesto de mando."

"¿Qué van a hacer los muchachos?"

"Remontar el río en botes; no hay bastantes helicópteros para llevarnos de vuelta."

"¿Dónde están los botes? Quiero montar en bote."

"Los traen en el helicóptero... de esos hinchables, con pequeños motores fueraborda... y *tú* te irás en el helicóptero. Ya sabes lo que ha dicho el teniente: los prisioneros se irán en el helicóptero y tú con ellos."

★ ★ ★

"¡Hola, teniente!", dije entrando en el COC.

"¡Ehrhart! ¿Cómo fue?"

"Una excursión campestre, señor. No se vio nada en todo el tiempo."

De vuelta al barracón, registré la saca de correo antes de quitarme siquiera las botas.

"¿Qué tenemos que hacer con esto?", preguntó Kenny, mostrando varias barajas de una marca nueva. Abrió una. "Son todas iguales", dijo y extendió la baraja dejando al descubierto 52 ases de espadas. "Una compañía de cartas envió una gran caja de ellas ayer "

"¡Sólo por una vez me gustaría coger a esos jodidos amarillos al descubierto! ¡La madre que los parió!"

"Es el as de espadas, Kenny. La carta suprema. El ojo maligno." Kenny miraba con aire perplejo. "No sé por qué, pero el as de espadas asusta de veras a los vietnamitas. Quizá tenga que ver con la religión o algo de eso. ¿Quieres divertirte? La próxima vez que vayas a Dien Ban o a Hieu Nhon, cruza la plaza con el jeep mostrando uno de esos ases. La gente comienza a hacer cosas raras y se les salen los ojos de las órbitas. No les gusta nada. Cuando los muchachos matan a alguien, dejan un as de espadas sobre el cadáver. Claro, para eso tienes que estropear un montón de barajas. Alguien ha debido enterarse de eso en El Mundo. Una caja entera, ¿no? Muy considerado, por su parte."

"Es horroroso."

"Es el libre comercio americano, muchacho. Yo nací en eso. ¿Cuál es tu excusa?" Llegué al fondo de la saca del correo, encontrando allí una carta de mis padres y otra de Sadie Thomson. "¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! Ni una maldita carta de Jenny. A la mierda, vamos a comer."

CAPÍTULO 3 EN ACCIÓN

El COC era una hervidero de radios chillonas y tensión, cuando Kenny y yo regresamos. "¿Qué ocurre?", le pregunté al teniente Kaiser.

"Los botes han caído en una emboscada hace una hora", contestó, "cuando subían por el lado oeste de la isla."

"*¡Malditos sean!*", grité, descargando el puño sobre la mesa. "¡Allí no había *nada*, señor! ¡Tres días! ¡Sólo por una vez me gustaría coger a esos jodidos amarillos al descubierto! ¡La madre que los parió! ¿Cómo ha sido el ataque? ¿Dónde están ahora?"

"No sabemos. Sólo se puede esperar."

> "No había sabido nada de Jenny durante más de un mes de tortuosas pesadillas repetitivas e intensos fantaseos."

Una hora después, justo antes de anochecer, llegó al COC el *chop-chop* de las palas de un helicóptero y, poco después, entró el sargento Johnson. No llevaba nada encima salvo un par de prendas de jungla empapadas.

"Fueron a darse un baño, ¿eh, sargento?", dijo el teniente sin sonreír. "¿Está bien?"

"Sí, señor, pero va a necesitar un nuevo explorador jefe. A Ward le alcanzaron en el cuello y el costado. Todavía vivía cuando lo subieron al helicóptero de evacuación, pero no volverá. Taggart está muerto. Trinh esté herido en un brazo, pero no es grave; volvió con nosotros. El resto de los exploradores está perfectamente. Los dos oficinistas de operaciones la palmaron."

"¿Pelinsky y Scanlon?", dijo Kenny.

"Sí Y un montón más, que no sé quiénes eran. Soldados de fusileros. Dios mío, nunca había visto nada como aquello Nos atraparon justo en medio del río y abrieron fuego de ametralladora desde las dos orillas." El sargento se desplomó pesadamente en una silla. "Bueno, Ehrhart", dijo, "lástima que te perdieras el paseo en bote."

★ ★ ★

"Parece que terminó la sequía, Ehrhart", me dijo Talbot, entregándome el correo con una amplia sonrisa.

"Por fin", dije, casi sin respiración. Era una carta de Jenny. "Gracias, Al", dije distraídamente. No había sabido nada de ella durante más de un mes de tortuosas pesadillas repetitivas e intensos fantaseos representados a cámara lenta: automóviles que se arrugaban como hojalata al chocar violentamente a gran velocidad, cuerpos atrapados chillando, sirenas y ambulancias, hospitales, el silencio mortal de sábanas blancas y enfermeras, cáncer, leucemia, navajas y amenazas en callejuelas oscuras en noches sin luna Caminé lentamente hasta la oficina de la S-2 y me senté a abrir la carta.

"Queridísimo Bill", comenzaba. "Supongo que te preguntarás por qué no te he escrito, pero no sabría cómo explicarlo." El resto era más un simple adiós que una explicación. La carta era breve, ajena y distante —menos de una página—. "Perdóname, por favor", concluía. "Ruego a Dios que te proteja y te guarde con vida. Siempre serás alguien especial para mí. Jenny."

No lograba encontrarle sentido a aquello. Estaba preparado para horribles heridas corporales, me había imaginado pasando la vida al cuidado de una mujer coja, ciega, condenada a una silla de ruedas. Podría haber comprendido la muerte, cualquier cosa. Pero aquello... "No es posible", pensaba. "¡No es *posible*! ¡Ocho malditos meses!" Cartas largas, cartas apasionadas, llenas de toda la ternura imaginable. Una cadena perfecta, como un rosario, una cuerda salvavidas, un faro. ¿Y se iba así? "No es posible", pensaba.

"¿Qué es lo que sucede, cabo Ehrhart?", preguntó el sargento Johnson. Alcé la mirada. El teniente Kaiser y él estaban mirándome fijamente.

"¿Qué? ¿Qué? Nada."

"Estás blanco como un cadáver, muchacho", dijo el teniente. "Parece que tengas delírium tremens. ¿Te encuentras bien?"

"¿Qué? Sí, claro. No es nada."

"¿Qué sucede?", insistió el teniente. "¿Malas noticias de casa?"

¡No! ¡No! ¡No! ¡No, *por favor*! "¿Qué? No... ¿Qué, señor?"

"Ve a acostarte", dijo Johnson.

Cuando me presenté para el servicio de guardia esa noche, descubrí que me había tocado un puesto con el soldado Haller. "Justo lo que necesitaba", pensé.

★ ★ ★

"Son las 22:00", dijo Haller. "¿Quieres que te releve?"

"No, aún no estoy cansado. Ve a dormir."

"Has estado ahí con la mirada fija dos horas enteras, vas a volverte loco. Descansa; toma un cigarrillo, al menos. Yo te reemplazaré."

"Estoy bien; vete, ¿quieres?"

"¿Qué te pasa, Ehrhart?"

"¿De qué hablas? Yo no te molesto a ti; no me molestes tú a mí, ¿de acuerdo? Te despertaré a medianoche."

> "Mírate tú, con la medalla de la paz y el M16, ¿vas tú a decirme a mí lo que es un disparate y lo que no?"

"Oye, mira, hay una razón por la que no te gusto", dijo Haller, "pues simplemente me gustaría conocerla. ¿Qué te he hecho yo?"

Me notaba la cara roja; no se me ocurría nada que decir. "Tenemos una larga noche por delante y yo tengo un montón de cosas en la cabeza, así que olvídame. Ya está bien, ¿de acuerdo?"

"No. Tú la tienes tomada conmigo y tengo derecho a saber la razón."

"¿Qué derecho?", le dije. "No sé, joder, llegas aquí, pones esa basura que llamas música tan alta que se me saltan los empastes de las muelas. . y ni siquiera llevas aquí una hora..."

"¿No te gusta mi música? ¿*Eso* es todo? ¿Por qué no me dices que la quite?"

"No es sólo eso. Es todo eso de "Eh, ¿qué pasa? ¡Acojonante! ¡Tranquilo, tío!" Todo eso, Haller. He visto ese medallón de la paz que llevas al cuello. Esos malditos hippies ya son bastante malos en América No los quiero por aquí, ¿sabes? Si quieres ser un hippie, ¿qué cojones haces aquí?"

"Una buena pregunta", dijo Haller. "No me hace nada feliz, tengo que confesarlo. No tenía muchas posibilidades... o al me-

DERECHA: *Reza a Dios y pasa la munición. Un soldado se arrodilla ante una virgen engalanada con flores, situada cerca del puente Y en Saigón.*

TIM PAGE

ARRIBA: *Una fiesta playera... los soldados USA desembarcan. Pero después de haberse preparado sicológicamente y haber murmurado una última oración, alcanzan la playa y descubren que "Charlie" se fue hace tiempo.*

nos así lo creía. Mi viejo es un pez gordo de la política. Me pescaron en una manifestación el año pasado. Quemando la tarjeta de reclutamiento, ¿sabes? Iban a mandarme a chirona, pero mi padre consiguió que el juez me dejara libre si me alistaba. Mi padre fue de la Infantería de Marina... igual que el juez: y aquí estoy."

"Te estás quedando conmigo, ¿no?"

"No Pero piensa lo que quieras. Me he pasado mucho tiempo pensando que quizá debería haber ido a chirona, al fin y al cabo."

"¡Dios Santo!", no podía dejar de reírme. "Un maldito quemador de tarjetas de reclutamiento en la Infantería de Marina. ¿Por qué no huiste a Canadá?"

"Lo pensé, pero hace falta más valor que el que yo tengo "

"¡Valor!", dije bufando.

"Sí, valor. Piensa en ello, como yo lo hice: dejar tu casa, tu familia y tus amigos, todo, no poder volver nunca, no saber si encontrarás un trabajo o un lugar para vivir o lo que sea No me atreví a tanto. Al menos de esta forma, tenía una oportunidad. Pero la cosa es que he estado pensando, ¿sabes?, desde que estoy aquí... voy a tener que cargar con esto para el resto de mi vida."

"¿Con qué?"

"Con esto. Con estar aquí. Con formar parte de esto."

"Por todos los diablos, Haller, no quieres dejar el país, dejar América... Le debes mucho más que *eso* a tu país..."

"¿Qué le debo a mi país? ¿Esta mierda? ¿Esta maldita mierda? ¿Qué estamos haciendo aquí por nuestro país? Dímelo, me gustaría saberlo."

"Bueno, los cabrones de los comunistas, ya sabes, me refiero a que los comunistas..."

"¡Los comunistas! ¿Te refieres a ese viejo que te cargaste en Barrier Island, el que tenía las manos atadas a la espalda?"

"¡No digas nada de eso, tío!", atajé violentamente. "Cumplía órdenes. Eso es, Haller, eso es lo que pasa contigo: tienes la lengua muy larga "

"Lo siento", dijo Haller. "Ha sido un golpe bajo. ¿Pero ves lo que quiero decir? ¿Entiendes mi postura?" Nos quedamos en silencio durante largo tiempo.

"¿Sabes?", dije, "a veces creo que no me importaría volar por los aires."

"Eso es un disparate", dijo Haller.

"¿Y qué no lo es aquí? Mírate tú, con la medalla de la paz y el M16, ¿vas tú a decirme a mí lo que es un disparate y lo que no?"

"Oye, el fusil me conserva la vida y la medalla de la paz me conserva la salud mental. Eso no es un disparate " Se siguió otro largo silencio.

"Hoy he recibido una carta de mi novia", le dije. "Una de esas «Querido John», ya sabes."

"La rubia que tienes en la oficina. ¡Uf!, eso es una putada. Lo siento."

"No lo entiendo. Me escribía todos los días. Todos los días hasta finales de julio. Y ni una alusión."

"Eso es muy duro. Una cabronada de verdad."

"Era para lo único que vivía, ¿sabes? Cuando las cosas van mal, te dices: «Sólo un poco más, un poquito más, un día más»."

"Oye, mira, no vengas con ideas estúpidas. Es un mal trago,

pero ninguna mujer se merece el mandarlo todo a paseo. Mira Calloway... lo que hizo... no lo merecen."

"Íbamos a casarnos en cuanto yo volviera, ¿sabes? Se acabó ... a olvidar todo el asunto."

"¿Cuántos años tiene, Ehrhart? ¿Diecisiete, dieciocho? Tienes mucho tiempo. Puedes arreglarlo cuando vuelvas. También tiene que ser duro para ella, date cuenta; no es precisamente la guerra más popular. Seguramente está confusa, sufriendo muchas presiones."

"Que vuelvas a casa en una caja no cambiará la guerra... ni hará que tu chica te quiera."

"Estamos aquí de excursión, supongo. Corriéndonos una juerga."

"Dale un poco de tiempo", dijo Haller. "Date un poco de tiempo a ti mismo."

"Sé quién es", seguí. "Un tipo llamado Niles Mancini. ¿Has oído alguna vez un jodido nombre así? Niles Mancini. Se fue con él al baile de fin de curso la primavera pasada. Iba muchas veces a volar con él. Uno de esos niños bonitos con pasta, ¿sabes?, con avioneta propia y que le da todo lo que ella quiere. 'Sólo somos amigos», me dice, «no te preocupes. Te quiero a ti, no lo dudes, soldado.» Y tengo que joderme *atrapado* aquí. Como una puta rata enjaulada."

"Oye, es una ruptura muy triste; no es justa, pero ahora no puedes hacer nada, así que no pierdas la cabeza."

"Si regreso, mataré a ese hijo de puta. No son chiquilladas, lo mataré, no me importa. ¡Dios mío, estaba tan orgullosa de mí! El invierno pasado la llevé al baile de Navidad... hasta me pidió que fuera en uniforme. Ella llevaba un vestido amarillo intenso que combinaba con su pelo; ¡estaba tan hermosa! No *puede* haber dejado de amarme. Por todos los demonios, estoy cumpliendo con mi deber, trato de hacer lo que se debe... y ¿qué recibo a cambio? Esa zorra. Los mataré a los dos, lo juro por Dios."

"Tranquilízate, quizá no lo veas igual después de un tiempo. Hay montones de tías en el mundo."

"No como ella, Haller. No hay ninguna igual. Me quería muchísimo. Todo esto es disparatado, no es posible. Tengo que salir de aquí, voy a volverme loco."

A través de la noche comenzó a filtrarse una luz gris y nebulosa. "Dios santo", dije. "Ya casi es de día. Hemos pasado despiertos toda la noche."

"Lo sé", dijo Haller sonriendo con cansancio bajo la tenue luz.

"Lo siento, no me había enterado. Yo. ., bueno, lo siento de veras."

"Olvídalo, no tiene importancia. Sé lo que es. Yo dejé una chica allí, que se supone que está esperándome. Podría haberme casado a mí. ¿Quieres hacerme un favor?"

"Sí, lo que quieras."

"Estate *tranquilo*, ¿vale?"

Dejó salir las palabras lentamente.

"Cualquier cosa que yo pueda hacer, ya sabes, en cualquier momento en que necesites hablar, no te dé vergüenza."

"Sí, claro. Randy. . gracias."

★ ★ ★

Durante la primera semana de septiembre, Griffith y Amagasu fueron ascendidos a cabo, Al Talbot murió al pasar con el jeep sobre una mina y el teniente Kaiser regresó al Mundo.

"Ehrhart", me dijo el teniente una mañana en que se iba. "No olvides lo que he dicho. Que vuelvas a casa en una caja no cambiará la guerra... ni hará que tu chica te quiera. Aún eres joven, así que date otra oportunidad. Buena suerte, Ehrhart, nos veremos en el Mundo." Sonrió, me guiñó un ojo, subió al jeep y se fue.

El sustituto de Kaiser fue el capitán Braithewaite, un hombre alto de complexión robusta, probablemente a finales de la veintena. Llevaba la cabeza rapada al cero y lucía un gran bigote colgante a lo Gengis Khan, mucho más largo de lo permitido por las ordenanzas. Acababa de llegar de los Estados Unidos.

"Bueno, y vosotros, ¿cómo os ganáis la vida?", preguntó con un cordial buen humor. "Enseñadme algo útil."

"Pertenecemos a la Infantería de Marina de los Estados Unidos, señor", le dije. "Nos dedicamos a matar gente."

★ ★ ★

Estábamos sentados fumando y descansando junto al camino, cuando salieron repentinamente de los matorrales cercanos el cabo Aymes y el soldado de primera Stemkowski. "Venid a ver lo que hemos encontrado", dijo Aymes. A menos de 50 metros había un pequeño templo de una sola nave, que se alzaba en un claro entre los árboles. Sus muros interiores estaban adornados con tapices de colores vivos y en una de las paredes había un altar vistosamente labrado. Apoyados contra el edificio había un caballete de aserrado y algunos otros útiles.

"¿Qué es?", preguntó Wally.

"Una iglesia, estúpido", dijo Mogerty.

"¡Hurra!, gritamos todos. Wally y Hoffy se saludaron haciendo una reverencia y luego saludaron al resto de los exploradores."

"Vamos a derribarla", dijo Hoffy, arrastando el pesado caballete hacia adelante.

"¿Para qué?", preguntó Wally.

"¿Por qué no?, dijo Hoffy. "Agárralo por el otro lado." Wally y Hoffy levantaron el caballete, contaron hasta tres, tomaron carrerilla y estrellaron el caballete contra el muro del templo. Cayeron los dos por tierra y se levantaron echando juramentos y sacudiéndose las manos escocidas. "Joder, es sólido el puñetero", dijo Hoffy.

"Así no", dijo Morgan. "Es así. Vamos, Bill." Levantamos el caballete y colocamos uno de sus extremos contra el muro.

"Échalo hacia atrás y lánzalo hacia adelante", dijo. "Así: ¡Hale hop!" El caballete chocó contra el muro. "¡Hale *hop*!", gritamos todos al unísono. "¡Hale hop! ¡Hale hop!" El caballete rompió el muro, abriendo un boquete de medio metro de diámetro. "Así, Hoffy", dijo Morgan, limpiándose el polvo de las manos en los pantalones.

Wally y Hoffy cogieron el caballete y lo colocaron a medio metro a la izquierda del agujero. "¡Hale hop! ¡Hale hop! ¡Hale hop!" Se desprendió otro gran pedazo de muro. "¡Hurra!", gri-

tamos todos. Wally y Hoffy se saludaron haciendo una reverencia y luego saludaron al resto de los exploradores. Mogerty y Greg Barnes cogieron el caballete.

"¡Hale hop!", todos gritábamos a pleno pulmón. "¡Hale hop! ¡Hale hop!" De esta manera, en turno de dos, procedimos con todo el muro, derribamos la esquina, seguimos por el siguiente, derribamos esa esquina y comenzamos con el tercer muro. "¡Hale hop! ¡Hale hop!" *¡¡Crraaaacc!!* El techo se estremeció.

"Ese cabrón ya está listo, tío", dijo Aymes.

> "Con perfecta sincronización, los tres oficiales se levantaron como un rayo y se quedaron mirando a Trinh boquiabiertos."

Todos nos dispersamos cuando el techo se desgarró del único pedazo de muro en buenas condiciones, basculó sobre los tres muros perforados, se rasgó por la mitad y se desplomó, haciéndose pedazos contra el suelo del templo en medio de un estruendo de escombros y polvo. Un gran grupo de espectadores de la compañía Alfa se pusieron en pie, aplaudiendo y dando vivas. Los exploradores se daban la mano unos a otros.

"¡La leche!", dijo Morgan. "Ha sido un trabajo duro."

★ ★ ★

A la mañana siguiente, estábamos sentados Amagasu y yo en la oficina de la S-2, cuando entró el sargento Trinh y siguió hasta donde estaba el capitán Braithewaite hablando con el comandante del batallón y el oficial de operaciones. Su cara redonda y habitualmente animada estaba rígida como una máscara.

Trinh comenzó a hablar. No logramos averiguar lo que dijo, pero con perfecta sincronización los tres oficiales se levantaron como un rayo y se quedaron mirando a Trinh boquiabiertos y con los ojos desorbitados por la sopresa.

"¡No puede abandonar así! ¿Dónde está su orgullo, sargento?", dijo el coronel con tono severo. "Nosotros estamos cumpliendo nuestro deber y usted continuará cumpliendo el suyo... ¡o le llevaré ante un tribunal militar! ¿Qué mosca le ha picado, Trinh? Váyase ahora mismo y olvidaré este incidente."

"¡Por lo que más quiera, Trinh, este es *su* país!", añadió el capitán Braithewaite.

"¡Eso es!", replicó Trinh, elevando el tono excitado. "¡Este es mi país! Yo no lo he olvidado. *Ustedes* lo han olvidado."

"¡Te has vuelto un gallina, Trinh!", gritó el comandante. "¡Eres un maldito cobarde!"

"¡No me importa lo que piensen de mí, pero sé que es *mentira*!", gritó Trinh. "No saben lo que hacen. Están echándolo todo a perder y no pienso seguir colaborando. Son unos hipócritas y unos insensatos, que están entregando mi país a los comunistas y a los buitres. ¡Váyanse con su ignorancia! ¡Lárguense y ya está! ¡Yo lucho por mi país, pero cuando ustedes se vayan, no quedará país! ¡Adelante, lléveme ante el tribunal! ¡Hagan lo que quieran, no me importa! ¡He acabado con su puñetera guerra! ¿Se enteran? ¡No voy a colaborar más!"

Las radios traquetearon. Los tres oficiales permanecían rígidos en el sitio. Nadie respiraba en el búnquer.

"Sargento Trinh, regrese a su alojamiento. Está arrestado "

Trinh salió caminando sin vacilar.

Esa noche fui a ver a Trinh llevando conmigo el contenido de uno de los paquetes enviados por mis padres. Cuando entré en su barracón, estaba sentado en el borde de la litera mirándose fijamente a los pies con las manos colgando con desmayo entre las rodillas. No levantó la mirada.

"¿Sargento Trinh? ¿Le molesto?", pregunté. Levantó la cabeza, atravesándome con una mirada fija, como si me viera por primera vez. Tenía los ojos rojos y empañados, y los hombros doblados en una caída permanente.

"No sabía cómo le iba; pensé que quizá le gustara un poco de compañía. ¿Le apetece?" Le alargué el paquete. "Hay de su favorito... regaliz rojo."

"¿Por qué lo ofreces con las dos manos?", dijo Trinh. Me abrumó la súbita sensación de que le había insultado sin querer. Quería levantarme y salir corriendo.

"No... no sé", tartamudeé. "No lo hice por nada, lo siento."

"No lo sientas", sonrió tristemente. "Esa es la forma en que se debe ofrecer un regalo Nosotros lo hacemos siempre con las dos manos: eso significa sinceridad y buenas intenciones. Los americanos ofrecen las cosas con una sola mano y eso, para nosotros, es un insulto. . como ofrecer desperdicios a un perro. Por eso me has sorprendido, pero fue agradable; siéntate." Tomó un trozo de regaliz y comenzó a mascarlo pensativamente. "Estoy acostumbrado a ser insultado por vosotros, en muchas pequeñas cosas que no sabéis. Esa tienda... la llamáis de 'los amarillos'. ¿de dónde sacasteis esa palabra? El otro día el cabo Walkers me pidió que le acompañara a la tienda para ofrecerle dinero a una de las chicas de la lavandería. 'Yo no sé hablar amarillo', me dijo. . y sonrió como un enorme cachorro

tonto. No sabía si debía darle un puñetazo o acariciarle la cabeza."

"Bueno, pero no quería herirte; no se dio cuenta"

"Sí, lo sé, no se dio cuenta", dijo Trinh con tono cansado. "Eso es lo triste. . ninguno queréis herir, simplemente no os dais cuenta. Cabo Ehrhart, os he visto burlaros de los hombres vietnamitas por ir de la mano en público. Los llamais 'homos'. ¿Sabías que es una costumbre? No significa más que amistad. Si una mujer le diera la mano a un hombre en público, *eso* si que estaría mal."

"No lo sabía, no", dije notando que se me enrojecía la cara de vergüenza. "En América significa..."

"En América, en América", se rió Trinh suavemente. "Esto no es América", cabo Ehrhart. Son cosas muy simples que ninguno de vosotros se molesta en preguntar. Cada día perdéis la guerra de mil maneras diferentes y ninguno lo veis. La tienda de los 'amarillos'", bufó. "¿Qué crees que las chicas de la lavandería les dicen a sus amigos por la noche? ¿Todas las mujeres de América son prostitutas? ¿Por qué creéis que nuestras mujeres lo son?" Cogió otro regaliz. "Tus padres deben echarte mucho de menos, siempre están mandándote cosas ricas para comer. Quizá hayan oído hablar de la bazofia de la Infantería de Marina", se rió.

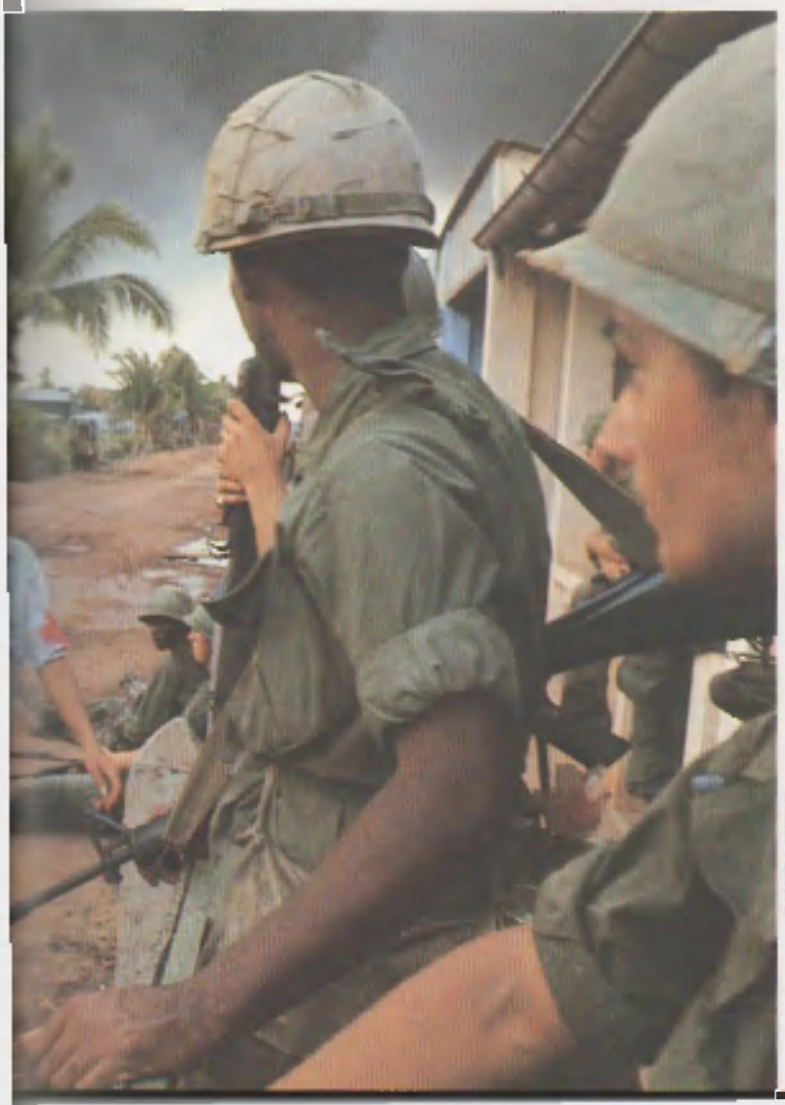
Yo también me reí, contento de salir del apuro "Sí, eso creo", dije.

"Bueno, con suerte, pronto estarás en casa."

"A veces parece una eternidad", dije.

Trinh volvió a reír, aunque no sonara como una risa. "Una eternidad, sí", dijo. Busqué algo que decir.

"¿Tiene familia, sargento Trinh?"



CAMERA PRESS

"Me queda una hermana. Es enfermera. Vive... vivía con mi madre en una aldea al sur de Saigón. Quizá también muera en poco tiempo. Mi familia no ha tenido mucha suerte. Los vietnamitas no tenemos mucha suerte."

"A mi padre lo mataron los japoneses cuando yo era muy pequeño", continuó Trinh sin cambiar de tono. "No llegué a conocerlo. Vivíamos entonces en el delta del río Rojo, no lejos de Haiphong. Cuando los comunistas se apoderaron del norte, mi madre tuvo miedo. Creía que los comunistas nos matarían porque mi padre había trabajado para los franceses, en el servicio de correos. Eso era lo que la gente decía, así que huimos al sur. Mi hermana mayor murió en el camino: pisó una mina. No sé si era una mina del Vietminh o una francesa, no tiene importancia." Después de otro silencio, buscó en una caja que tenía a los pies y sacó una carta. "Es de mi hermana", dijo. "Mi madre ha muerto en un ataque de la artillería norteamericana. Ni siquiera he podido enterrarla."

> "Los norteamericanos venís con vuestros tanques, vuestros aviones y vuestros helicópteros, y por dondequiera que vais, el Vietcong crece como el arroz en los campos."

Me vino súbitamente a la memoria la madre con su hijo que había visto en Barrier Island en agosto, se me revolvió el estómago y dejé caer la bolsa de regaliz. "Lo siento, sargento Trinh", tartamudeé. "Dios Santo, lo siento, Trinh."

"Yo también." Recogió la bolsa lentamente y me la tendió. "Voy a echar de menos tu regaliz rojo", dijo.

"¿Fue eso lo que ocurrió esta mañana, Trinh? ¿Fue por tu madre?"

"Eso sólo fue el fin. ¿Cómo decís vosotros?"

"La última gota."

"Eso es. La última gota. ¿Cuántos años tienes?"

"Dieciocho A finales de mes haré diecinueve."

"¿Sabes cuánto tiempo llevo combatiendo? Me reclutaron cuando tenía doce años; llevo seis años y medio luchando y no se ve ningún fin. Cada año va a peor, cada año se hace más fuerte el Vietcong. Cuando me reclutaron, el Vietcong nos combatía con estacas de bambú aguzadas y fusiles japoneses y franceses. Ahora lo hace con cohetes rusos, granadas chinas y ametralladoras norteamericanas. Vosotros sois sus mejores reclutadores. Los norteamericanos venís con nuestros tanques, vuestros aviones y vuestros helicópteros, y por dondequiera que vais, el Vietcong crece como el arroz en los campos. No entendéis Vietnam Nunca os habéis molestado en entendernos y nunca lo haréis, porque creéis tener todas las respuestas ¿No sabes lo que dice el Tío Ho? 'Los norteamericanos os cansaréis de matarnos antes que nosotros nos cansemos de morir.' A veces creo que tiene razón... y a veces creo que los norteamericanos nunca os cansaréis de matar."

"¡Eso no es cierto, Trinh! ¿Qué crees que hacemos aquí? Yo no tenía que venir aquí, no fui reclutado; podía haberme que-

IZQUIERDA: *"Me detuve únicamente para obtener una explicación." Un equipo civil de asistencia sanitaria se encara con unos soldados. Pero las divisiones culturales y los prejuicios tendían a imposibilitar el entendimiento.*

dado en casa, seguro, como el resto de nosotros. Ha muerto un montón de buenas personas intentando ayudaros... y tú lo sabes, Trinh. Has conocido a muchos de ellos. Tu pueblo *nos pidió* ayuda, por todos los demonios."

"¡Yo no os pedí nada!", respondió bruscamente. "Ky, Thieu y todos esos bandidos gordos e hinchados que se enriquecen con esta guerra . *esos* os pidieron ayuda. Ellos no representan al pueblo vietnamita. No hablan por mí. Vuestro presidente Johnson es demasiado ignorante y demasiado arrogante para comprender una verdad tan sencilla. Ayudáis a las putas y a los chulos, y sacáis a la gente de la tierra donde están enterrados sus antepasados y los metéis en jaulas de hojalata donde no pueden pescar ni cultivar el arroz ni hacer otra cosa que odiar y morir . y si no quieren abandonar los huesos de sus antepasados, les llamáis comunistas. les golpeáis, los arrojáis en prisión y los matáis. Vosotros los americanos sois peores que el Vietcong."

"¡Espera un poco, maldita sea! No me digas que todo es culpa nuestra. ¿Qué me dices de esos policías nacionales de ayer? Nosotros no vapuleamos al chico, ¡fueron ellos!"

"¡Si el pueblo mandara en Vietnam, esos perros serían cortados en 1000 pedazos!", casi gritó Trinh. "Son exactamente la clase de cerdos y gusanos que os gustan a los norteamericanos, porque no discuten con vosotros y ríen como estúpidos mientras tú y tus amigos destruís un templo budista. Tu padre es pastor, cabo Ehrhart. ¿Qué te parecería si fuera a la iglesia de tu padre y la derribara? ¿No sabes una cosa? ¿Crees que voté a Thieu la semana pasada? ¿Sabías que un budista que lucha por la paz estuvo a punto de ganar, aunque en ningún periódico de Vietnam se le permitió explicar su programa? ¿Sabías que Thieu ya casi le ha metido en prisión? Y vosotros los norteamericanos elogiais a Thieu y os decís que nos estáis ayudando A veces creo que sois la nación más cruel de la tierra."

"¡Yo no tengo por qué soportar todo esto!", le grité "Vine aquí porque me daba pena tu situación y tú no haces más que insultarme."

"¡No, cabo Ehrhart! Tú y tus amigos venís aquí a insultar a mi país y yo no voy a seguir aguantando."

"¡Vete a la mierda, tío!", dije, levantándome rápidamente y dirigiéndome hacia la puerta.

MAGNUM

"Sé que no eres mala persona. Eres simplemente muy joven; eres muy joven y no lo sabes. Los ejércitos están siempre formados por jóvenes."

"¡Espera!", gritó Trinh. "¡Espera!, no te vayas. Por favor; siéntate, por favor " Volví lentamente y me senté frente a Trinh, pero no podía mirarlo. "Lo siento, cabo Ehrhart No pretendo acusarte a ti. Sé que no eres mala persona. Eres simplemente muy joven." Hizo una pausa. "Eres muy joven y no lo sabes Los ejércitos están siempre formados por jóvenes." Trinh se apoderó de mi mano y la apretó entre las suyas. Levantó las tres manos entre nosotros. "Esto significa amistad", dijo. "No te enfades conmigo. Todo esto es muy triste." Se le quebró la voz. "Mi país se está desangrando mortalmente. cabo Ehrhart. Mi querido Vietnam agoniza. He luchado duramente y estoy cansado. Algún día quizá lo entiendas "

"¿Qué te harán, Trinh?", pregunté después de un largo silencio.

"No lo sé. Hacerme soldado y mandarme otra vez a un batallón survietnamita, supongo. Enviarme a una zona de fuertes combates. Al menos moriré entre los míos."

Guardamos silencio durante un largo rato Las manos de Trinh rodeaban la mía encerrándola cálidamente.

"Imagino que será mejor que me vaya, sargento Trinh", dije al fin.

"Sí, es tarde. Gracias por venir."

"Trinh, no sé qué decir. Ya sabes, quiero decir... lo siento, Trinh."

"No es culpa tuya", dijo Trinh. "Eres muy joven."

Los dos estábamos de pie. "Buena suerte, sargento Trinh", dije con voz ronca. "Toma." Le tendí la bolsa de ragaliz rojo y me di la vuelta para irme.

"Buena suerte", dijo Trinh con voz suave. Y luego, con una voz más suave aún, añadió· "Espero que lo pases, hermanito."

A la mañana siguiente temprano, llegaron un comandante y dos soldados survietnamitas y se llevaron al sargento Trinh.

IZQUIERDA· *Gran parte del tiempo se pasaba holgazaneando, con los nervios de punta por el miedo y la tensión constante.*
DERECHA: *Ruby, no lleves tu amor a la ciudad*

Capítulo 4

HONG KONG

CAPÍTULO 4 HONG KONG

Una tarde de finales de septiembre, entraron el capitán Braithewaite y el sargento Johnson: "A mover ese culo, muchachos", dijo el capitán. "Nos vamos."

"¿Qué pasa, señor?", pregunté. "¿A dónde vamos?"

"A un sitio en los alrededores de Quang Tri."

"Eso es territorio del señor Charlie", dijo Seagreve. "Tengo un compañero en Con Thien y dice que aquello es malo de verdad."

"Cabo Ehrhart", dijo el sargento Barron, entrando en el búnquer. "Eres el hombre que andaba buscando. Voy a hacerte el favor de tu vida· ¿qué me dices de un viaje gratis a Hong Kong?"

"¿Hong Kong? ¿Para el permiso? ¿Cuándo?"

"Pasado mañana. Ya casi te tocaba, tenía que ir un tipo de la compañía Bravo, pero ayer se fue al otro barrio ¿Quieres ir o no?"

"Bueno, el momento es un poco malo", dije, mirando al capitán. "¿Señor?"

"Claro, cabo Ehrhart, vete; lo necesitas. Nos trasladaremos sin ti. Cuando vuelvas, ve a Phu Bai y pregunta por nosotros."

"Apúnteme", dije.

Llegué a Hong Kong el día que cumplía diecinueve años.

★ ★ ★

"¡Dios bendito, mira eso!" Una rubia alta acababa de salir de un puesto y caminaba calle abajo. Tenía una larga melena de un rubio claro que le caía en cascada hasta la cintura sobre una camisa suelta de color gris, dos montículos tersos y prietos que palpitaban bajo los fondillos de unos tejanos de algodón azules, y un par de piernas largas y bien formadas. Al momento siguiente, la había dado alcance: estiré la mano, le toqué el brazo y ella se dio la vuelta.

No podía creerlo.

Era hermosa

Era muy hermosa, no podía creerlo.

La boca se me abrió por la sorpresa... y luego comenzó a moverse, desesperadamente: "Eres la mujer más hermosa que he visto en el mundo entero, no bromeo, lo pienso de verdad, me llamo Bill, he estado en Vietnam una eternidad y lo único que quiero es invitarte a una copa, una copa, y que te sientes conmigo un ratito, no quiero hacer nada más que mirar, nada de cosas raras, quizá podamos hablar un rato si te apetece, hace mil años que no he hablado con una chica de verdad, quizá no vuelva a hacerlo nunca, sería muy importante para mí, no te puedes hacer idea, sólo una copa, sin trampas, palabra, no quiero más que sentarme y mirarte un rato, y quizá hablar un poco, no tienes que decir nada, sólo escuchar, lo que tú quieras..."

Y en medio de ese chorro de palabras a motor, me di cuenta de que se estaba riendo.

Dorrit von Hellemond, de 23 años, era una modelo publicitaria danesa que recorría el mundo poco a poco, trabajando unos meses aquí y otros allí. Había llegado a Hong Kong en abril.

Hablamos sin parar durante largo tiempo Me apetecía besarla, pero me pareció un sacrilegio: como meterle mano a Blancanieves.

A la mañana siguiente, desperté tarde y solo en mi habitación del hotel. No recordaba cómo ni cuándo había regresado. "¡Dios mío", pensé. "¿Tan borracho estaba?" Recordé el nombre de Dorrit, pero no sabía dónde vivía ni dónde trabajaba, ni cómo ponerme en contacto con ella. Había sido demasiado bueno para ser verdad, pensé. Le había dado pena de mí y la noche anterior no había encontrado una excusa educada Parodiando al tonto del pueblo, trataba de decidir si me tiraba o no por la ventana cuando sonó el teléfono

"Diga", dije. "¿Qué? ¿Quién? ¿Dónde? ¿Abajo?", grité "¡Sube! No, espera, ¡bajo ahora mismo!" Crucé la puerta como un rayo, me tiré por las escaleras y llegué volando al vestíbulo del hotel antes que Dorrit se hubiese alejado diez pasos del teléfono Seguía siendo hermosa Intenté aparentar calma. Ella estaba riendo.

"¿Cómo me has encontrado?", le pregunté.

"Anoche me dijiste dónde te alojabas, ¿no recuerdas?", se rió. "Quedamos para esta noche."

"¡Ah, sí, claro!"

"Ella no hacía ruido alguno, pero yo sentía el estremecimiento de su cuerpo y tuve que morderme el labio con fuerza para no echarme a llorar también, aunque no supiera el porqué."

Pasamos juntos las dos noches siguientes. Fuimos a todas partes. Dorrit me sacó del sórdito distrito de los permisos de Descanso y Recreo y me descubrió la ciudad entera. Me arrastró por calles y callejones por los que nunca habría caminado solo por miedo a no salir con vida. La segunda noche fuimos a su apartamento. "Lamento que sea tan pequeño", dijo sentándose en la cama "Siéntate."

Estuvimos hablando un buen rato. Finalmente, se estiró en la cama boca abajo con la cabeza sobre los brazos. "¿Quieres frotarme un poco la espalda?", preguntó.

"Claro." Comencé a frotar. Su cuerpo era prieto y suave al mismo tiempo. La falda subió por los muslos, dejando al descubierto unas bragas gris pastel, la tela de seda tensa sobre sus nalgas. Según le masajeaba la espalda con los dedos y las palmas de las manos, las bragas se alzaron suavemente hasta la ingle Notaba la tira del sujetador en su espalda y me preguntaba si sería también verde.

"Estoy cansada", dijo.

"¡Oh, vaya!", dije, recobrándome y sentándome derecho. "Lo siento de veras. No quería tenerte levantada hasta tan tarde; será mejor que me vaya."

Le di un beso rápido en la mejilla y salí por la puerta como un rayo, rojo de vergüenza y aturdido.

A la mañana siguiente temprano, me despertó una llamada en la puerta. Al abrir me encontré a Dorrit, riéndose.

Tomamos el ferry Star a la isla y después un taxi a la playa de Repulse Beach. Pasamos todo el día tumbados en las blancas arenas bajo un sol radiante o jugando en las tranquilas aguas. En la máquina de discos de la caseta de la concesión sonaba una canción que hablaba de gente con flores en el pelo.

Al anochecer tomamos el ferry de vuelta a Kowloon y fuimos al hotel. Dorrit se sentó en la cama sin hablar. Cuando me di la vuelta, vi que estaba llorando silenciosamente. Fui hacia la cama y me senté a su lado. Extendió la mano izquierda y me llevó la cabeza a sus pechos. Ella no hacía ruido alguno, pero yo sentía el estremecimiento de su cuerpo y tuve que morderme

el labio con fuerza para no echarme a llorar también, aunque no supiera el porqué. Estuvimos así durante largo rato, abrazados y sin hablar, hasta que, poco deseoso, le dije que sería mejor llamar a un taxi y que regresara a su casa.

"Quiero quedarme esta noche contigo", dijo. La sangre comenzó a martillearme en las sienes. La miré fijamente; intenté mover los labios, pero no ocurrió nada. "Lo siento", siguió, volviendo la cara. "Quería hacerte un regalo para que lo llevaras contigo; no quería presionarte. Si no quieres que me quede..."

"¡No, no, al contrario!", grité, volviendo bruscamente a la vida. "Sólo era. . sí, demonios, quiero que te quedes, por favor, no tenía ni idea, quiero decir, no pensaba, jamás... ¡Dios mío!, tengo que afeitarme, espera un momento, sólo afeitarme..." Fui corriendo al baño, me enjaboné, me corté en media docena de sitios y me volqué medio frasco de colonia Jade East por la cabeza. Oí que Dorrit se reía.

Cuando salí del baño. Dorrit estaba acostada, con los dos brazos estirados para recibirme.

"Llama a cualquier casa, estructura enemiga. Llama a un refugio antiaéreo, posición fortificada del enemigo. Llama a un viejo desvalido, de-te-ni-do y... ¡Bingo! Hemos ganado."

"¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! "¡Hora de partir!", gritaba alguien, al tiempo que aporreaba la puerta. "¡El autobús espera! ¡Hora de partir!"

Cogí el reloj de pulsera: las ocho AM. Un autobús militar de color verde esperaba para llevarme al aeropuerto, donde un avión esperaba para llevarme de vuelta a Vietnam.

"No pienso volver", dije.

"Tienes que volver", dijo Dorrit.

"*¿Por qué?*", estallé con pasión "¿Por qué demonios? ¿Regresar para que me vuelen los sesos? ¿Tienes idea de lo que es aquello? Por Dios bendito", salté, "¿quieres saber una cosa? Hasta ahora he matado a dos vietcong armados —quizá uno más— y he liquidado a un chico de seis años. a una vieja de 65 desarmada y a un hombre de 50 con las manos atadas a la espalda. Deberían arrojarme en prisión y tirar la llave por lo que he hecho. Y ¿qué hacen? ¡Me ascienden a *cabo, maldita sea*!

"Bill, por favor, no..."

"¿Sabes cómo les interrogamos, Dorrit? Cogemos los apagallamas de nuestros fusiles, se los clavamos en el pie, nos apoyamos sobre la culata y empezamos a girar. Imagínate que te claven un gran destornillador en el pie, aquí." Hinqué el dedo en los tendones y huesos del empeine del pie de Dorrit, entre el dedo gordo y el segundo dedo. "Y no a guerrilleros armados, sino simplemente a don Juan Pelanas, cultivador de arroz, y señora. He visto pies rasgados por la mitad. Es eficaz como un hechizo, sólo que ellos no saben nada salvo que quieren que nos vayamos al infierno y les dejemos en paz. Pero nosotros no oímos eso, así que rasgamos también el otro pie. Maravilloso, ¿eh?"

"¿Sabes lo que hacemos, cuando alguien nos dispara en algún pueblo? Un tipo —quizá ni siquiera viva allí— nos dispara un par de tiros al azar: nosotros solicitamos un ataque aéreo. Un par de bombas 'ojo de serpiente', un par de contenedores de napalm... y conseguimos unas patatas fritas instantáneas y el

ARRIBA: *¿No deseas a alguien a quien amar? ¿No necesitas a alguien a quien amar? Solo un rostro en un bar, un cuerpo en la cama, un modo de escape del infierno de la guerra.*

pueblo arrasado. Después vamos a contar los cadáveres; sí, al mandamás le encantan los recuentos de cadáveres: todo muerto es un vietcong. Y, ¿sabes una cosa, Dorrit? Yo puedo hacerlo aparecer como una gran victoria contra las fuerzas del comunismo y el mal. Llama a cualquier casa, estructura enemiga; llama a un refugio antiaéreo, posición fortificada del enemigo; llama a un viejo desvalido, de-te-ni-do y... ¡Bingo! Hemos ganado. No sólo es que *pueda* hacerlo . *tengo* que hacerlo Ellos *no quieren* saber la verdad, Dorrit, ellos tienen todo su plan montado y es mejor no ser el que les diga que no están tomando ningún lugar."

"Y no estamos tomando *ninguno*, ni un maldito lugar. El Vietcong está por todas partes... lo sé porque no dejan de matar a mis compañeros. Pero que me ahorquen si los encontramos Vamos dando vueltas y vueltas y vueltas, persiguiendo nuestra propia cola. Es demencial, Dorrit.. y me está volviendo loco."

Los ojos de Dorrit estaban rojos, sus mejillas húmedas por las lágrimas. Y entonces también yo comencé a llorar. Mi cuerpo, alto y firme, se aflojó de pronto y comenzó a estremecerse con desmayo bajo la violencia de los sollozos que me desgarraban el estómago como fuertes garras. Durante un largo rato no fui capaz de hablar. Estábamos abrazados muy estrechamente, y Dorrit me mecía dulcemente como a un niño. "Si hay Dios en el cielo", dije al fin, "voy a arder eternamente en el infierno "

"No, no, no", dijo Dorrit canturreando en voz baja. "No tienes la culpa, no tienes la culpa."

"¿Quién la tiene? Se acabó, Dorrit. Deja que me quede contigo, no me obligues a regresar."

Lloramos los dos un poco más y luego ella hizo que me alzara de mis rodillas y se echó sobre la cama, atrayéndome hacia ella y apretando mi cabeza entre el brazo y el pecho. Cuando habló, su voz sonó hueca y lejana, como si estuviera en trance.

"Intenta comprender", dijo. "Te lo ruego. Te quiero mucho y haría cualquier cosa por mantenerte conmigo si pudiera. Eres un hombre demasiado dulce y bueno para soportar lo que estás pasando. Pero sabes lo que ocurrirá si no lo haces. ¿A dónde iremos? No tienes pasaporte y no conseguirías ni siquiera llegar a Macao sin pasaporte, sin hablar de cualquier otro lugar. ¿Cuánto crees que tardarían en descubrir a un desertor americano en Hong Kong? ¿Una semana? ¿Un mes? ¿Un año? Y si

ARRIBA: *Ponme una más para mí, nena, y otra para el camino.*
DERECHA: *Teatro al aire libre. Unas veces era un ataque aéreo "Arco Voltaico" y otras un Puff tejiendo preciosas tramas en el cielo.*

no te descubrieran, ¿tendrías ganas de quedarte aquí para toda la vida? ¿Puedes vivir así? ¿Cómo lograrías un trabajo? ¿Quién te contrataría? ¿Puedes mentir durante el resto de tu vida? ¿Puedes justificar las mentiras? ¿Y tus padres? Nunca volverás a verlos.

"Pero es que *no puedo*..."

"No, Bill. *Tienes* que escucharme. *Tienes* que regresar porque así hay una oportunidad, al menos... y es la única posibilidad. Yo no puedo vivir de la forma que dices.. y tampoco tú. Te quedan sólo cinco meses. Tal vez parezca mucho tiempo .. sé que parece mucho tiempo . pero cinco meses no son nada frente al resto de tu vida. Ante ti hay demasiadas cosas para arrojarlo todo por la borda ahora. No voy a permitir que lo hagas, te quiero demasiado. Vete, te lo ruego." Se detuvo un momento. "Prometo volver a verte cuando todo haya acabado". Me envolvió en sus brazos y me besó los ojos, las mejillas, las sienes y los labios. "Te lo prometo", repitió. "Pronto volveremos a estar juntos y quizá entonces las cosas sean diferentes y podamos encontrar un verdadero principio."

★ ★ ★

Bumzuumm. Bumzuumm. "¡Morteros!", pensé, abriendo los ojos en la oscuridad al oír el ruido de los obuses de mortero al salir del tubo. *Bumzuumm Bumzuumm. Bumzuumm.* El corazón se me desplazó súbitamente al estómago y mi cuerpo se había arrojado al pozo de tirador antes que yo estuviera bastante despierto para decirme a mí mismo que me moviera. A mi alrededor se oyeron gritos de "¡Nos atacan! ¡Nos atacan!", en el momento mismo en que caía en el agujero, acurrucándome en posición fetal bajo el casco y el chaleco antibalas. *Bumzuumm. Bumzuumm.* Se oía los obuses ascender suavemente en su alta trayectoria y el cambio notable de su silbido sordo, cuando alcanzaban el punto más alto del arco y comenzaban a descender hacia tierra. Y otros obuses seguían saliendo: *bumzuumm, bumzuumm.* Una docena más salieron de los tubos antes que los primeros hicieran impacto. *Bumzuumm, bumzuumm, bumzuumm.* Esperaba que comenzaran a caer los obuses, con el cuerpo tembloroso, los dientes castañeteando incontroladamente, los pensamientos congelados en un grito silencioso.

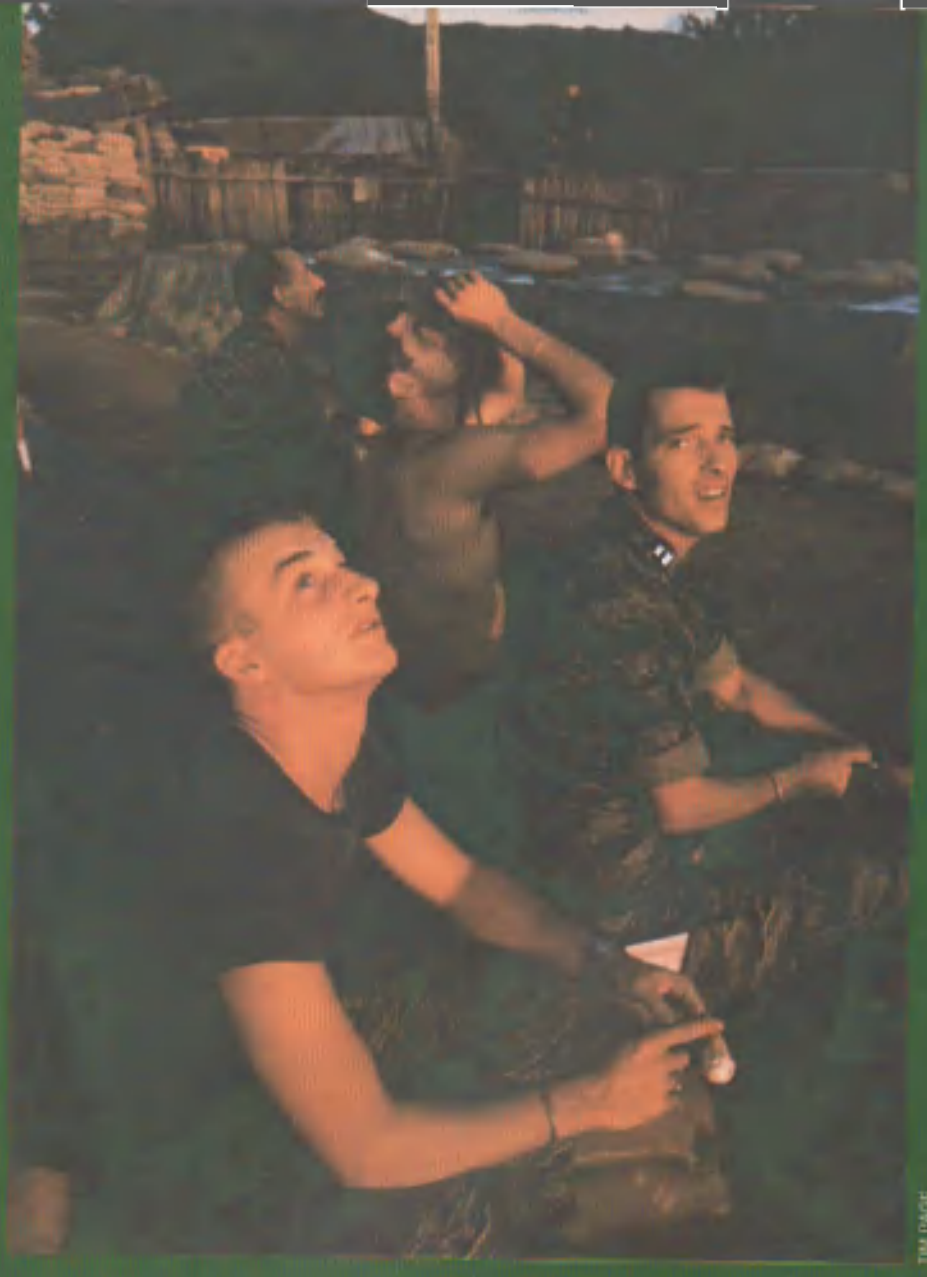
Comenzaron a estallar proyectiles a mi alrededor, más ruidosos que los más ruidosos fuegos artificiales de una fantasía de un Cuatro de Julio, sofocando sus sacudidas el grito que no había llegado a salir de mi garganta. Se oía los trozos mellados de acero ardiente rasgando la oscuridad. Sobre mi pozo llovieron cascadas de polvo, arena y cúmulos de desechos, chocando con irregular ritmo contra el casco y el chaleco, golpeándome brazos y piernas. Me ovillé aún más, enterrando la cara en la tierra, con todo el cuerpo tenso como el alambre de acero y las uñas enterrándose en las palmas de mis puños apretados. ¡Dios mío, joder, la madre que les parió, joder, joder, basta!

Recibimos 20 o 30 proyectiles en dos. quizá tres, minutos. Cuando por fin acabaron las explosiones, un silencio misterioso y familiar lo llenó todo, roto sólo por gemidos y chillidos humanos, gritando frenéticamente: "¡Un médico!"

Oí al sargento Seagrave cerca de mí, moviéndose entre las posiciones de los exploradores. "¿Han dado a alguno? ¿Estáis todos bien?"

Asomé la cabeza. "Sí, yo estoy bien."

"Bien venido a casa."



TIM PAGE

Capítulo 5

DISNEYLANDIA

CAPÍTULO 5 DISNEYLANDIA

A la mañana siguiente tuve la oportunidad de echar una mirada a mi nuevo hogar Hoi An era la civilización en comparación con la nueva posición del batallón, en las cercanías del pueblo de Ai Tu, a 20 quilómetros por debajo de la Zona Desmilitarizada. Ni terraplén, ni hileras rectas de tiendas de lateral rígido, ni COC, ni comedor, ni duchas frías, ni cuchitriles de cuatro con papel higiénico al alcance de la mano, ni electricidad, ni nada. Los soldados estaban acampados por todo el lugar sin ningún orden, habitando tiendas tipo poncho, tiendas de campaña de dos, bajo lonas impermeabilizadas y en cobertizos provisionales de hojalata y cartón. Varios rollos pesados de alambrada plegable delimitaban el perímetro del recinto.

El cuarto jefe de información del batallón desde que estaba en Vietnam llegó hacia finales de octubre en la persona del sargento Krebs, un canoso veterano de Corea, Líbano, la República Dominicana y un servicio previo en Vietnam. Como todos los infantes de Marina de campaña, llevaba dos cantimploras, una de ellas siempre llena de whisky. No decía a nadie de dónde lo sacaba, pero, como le gustaba compartirlo con los soldados mientras contaba historias de los días en que tenía nuestra edad, nunca nos molestamos en presionarle para que nos revelara su origen.

ABAJO: *Guardad la calma, relajaos y tened cuidado de cómo vais. En el Nam, el asunto era sobrevivir día tras día y subir al Pájaro de la Libertad en una sola pieza.*

El último día del mes, el capitán Braithewaite nos dijo que nos prepararíamos para salir al día siguiente para una larga estancia fuera de la posición. Tres de las cuatro compañías de fusileros y un gran grupo de mando, incluidos los exploradores, se dirigirían hacia la Zona Desmilitarizada dentro de una operación de gran envergadura para impedir la sospechada infiltración hacia el sur de tropas regulares nordvietnamitas.

Había oído hablar del legendario Ejército norvietnamita desde mi llegada a Vietnam, pero nunca lo había visto ni había trabado batalla con él. El Vietcong como colectivo era denominado "Charlie" en la jerga de la tropa, pero a los norvietnamitas se les conocía por "Charles".

> "Todos los cañones de la mitad meridional de Vietnam del Norte parecían tener Con Thien como objetivo."

Mientras subíamos a los camiones aquella mañana del primero de noviembre, me asaltó al estómago un miedo profundo, aunque la perspectiva de vérselas cuerpo a cuerpo con la leyenda suponía una innegable excitación Los camiones iban a llevarnos a un punto al noroeste de Dong Ha y desde allí avanzaríamos en gran número hacia la Zona Desmilitarizada, giraríamos en

torno a Con Thien y retrocederíamos hacia el sur trazando un semicírculo. La operación estaba planeada con una duración de dos semanas y media. Hacia la mitad de la segunda semana, estábamos casi tan al norte como la Zona Desmilitarizada y aún no había habido indicios de actividad enemiga.

"¿Quieres saber lo al norte que estás?", me dijo el sargento. "¿Ves esa colina?" Señalaba al sur, hacia una cima doble de poca altura, situada a unos 1 500 o 2 000 metros de allí. "Eso es Con Thien."

Con Thien, lo sabíamos todos, era el lugar más peligroso de Vietnam. Parte integrante de una serie de posiciones aisladas de la Infantería de Marina a lo largo del borde meridional de la Zona Desmilitarizada, Con Thien era el puesto avanzado más septentrional de Vietnam del Sur. Durante meses, aquel pequeño "Dien Bien Phu" a escala de batallón había soportado un bombardeo de más de 500 proyectiles de artillería por día. Todos los cañones de la mitad meridional de Vietnam del Norte parecían tener Con Thien como objetivo. En septiembre, la posición había estado a punto de ser tomada en varias ocasiones, y había salido en la portada de *Time*.

"¿Eso es Con Thien?", dije.

"Eso es", contestó el sargento.

"¿Dónde demonios están los amarillos? A ver si presenciamos unos fuegos artificiales."

"Han oído que llegabas, Bill", dijo Mogerty. "Han abandonado la ciudad mientras les era posible."

Seguimos avanzando el resto del día. Al caer la tarde habíamos pasado por delante de Con Thien, habíamos girado hacia el sur y habíamos alcanzado un punto, situado varios millares de metros al sudeste, pero todavía dentro del radio de visión de Con Thien, y allí nos acomodamos para pasar la noche. Por la mañana nos encontramos con que íbamos a quedarnos todo el día allí, de modo que Gerry y yo decidimos dar un paseo hasta Con Thien, para hacer un poco de turismo.

Con Thien, denominado normalmente Disneylandia en la jerga de los soldados, era sin duda el pedazo de terreno más dejado de la mano de Dios en la faz de la tierra. Abarcaba poco más de dos cumbres de poca altura, situadas en lo alto de una pendiente larga y gradual que descendía suavemente por todos los lados.

Dentro del perímetro no había más que barro. Océanos y ríos de barro parduzco, espeso y hondo. Los soldados vivían en búnqueres protegidos por sacos terreros y excavados en la tierra como las madrigueras de los animales nocturnos. Parecían todos actores de una película bélica realista: tenían los ojos hundidos y una neurosis de guerra permanente; hablaban muy bajo y se movían como en un sueño, constantemente escudriñando los cielos y mirando a su espalda. Los búnqueres estaban hundidos y muy deteriorados por el clima, el largo uso y los ataques artilleros y el barro estaba salpicado de cajas de obuses vacías, envases viejos de raciones "C" y vainas usadas de munición. Nunca había visto nada igual en los diez meses que llevaba en Vietnam.

"Dios mío, éste es todo el tiempo que querría estar en un basurero así", dijo Gerry cuando regresábamos al campamento de nuestro batallón.

"¿Has visto a esos tipos?", añadí. "Parecían fantasmas."

Cuatro días después, cuando por fin alcanzamos Dong Ha, a pura suela, montamos en los vehículos que nos esperaban y regresamos a Ai Tu con una barba de 17 días en el rostro, con una costra de 17 días en el cuerpo, y llevando todavía los mismos calcetines que nos habíamos puesto 17 días antes.

"La luz paralizó tres pares de ojos brillantes que nos miraban desde el montón de raciones C del rincón opuesto."

"¡Toque de cerveza!", gritó el sargento Krebs, apareciendo tras la esquina de una tienda con una caja de cervezas. "Dos latas por cabeza con felicitaciones del Tío Sam."

"Es un pis caliente de mierda", dijo Stemkowski, abriendo una lata y echándose al coleto la mitad. "Dos semanas jodidas en las montañas para que nos den una mierda de cerveza caliente."

"Escuchad, muchachos", dijo el sargento. "¿Sabéis que hemos participado en cuatro operaciones de combate de gran envergadura?"

"¿De qué estás hablando?", preguntó el sargento Seagrave.

"No hemos participado en *una* operación, muchachos: hemos participado en *cuatro*", rió el sargento. Sacó una hoja mecanografiada del bolsillo, la desplegó y comenzó a leer: "Del 1 de noviembre al 10 de noviembre, Operación Lancaster; del 11 de noviembre al 12 de noviembre, Operación Kentucky Uno, del 12 de noviembre al 14 de noviembre, Operación Kentucky Dos;

US ARMY

ARRIBA: *De vigilancia continua. En las bases de fuego junto a la Zona Desmilitarizada, el juego consistía en enterrarse bien profundo y rezar porque la siguiente descarga de fuego no le cayese a uno encima.*

del 15 de noviembre al 17 de noviembre, Operación Kentucky Tres".

"Un par de ellas un poquito cortas, ¿no?", dijo el sargento Seagrave.

"¡Ahí lo tenéis!", gritó Hoffy. "Esa es la basura que sacan en los periódicos. Mandad a un manojo de soldaditos a las montañas, tenedles dando tumbos durante un tiempo, ponedle un nombre bonito, y escribidlo en los periódicos. Increíble."

"¡Hola, tíos!", dijo Gerry, apareciendo por la misma esquina de la tienda por donde se había materializado el sargento Krebs. "Adivinad a dónde vais la semana que viene... ¡a Disneylandia!" Gerry gritó encantado. "Todos los gastos pagados."

"¿Con Thien? ¡Ohhhh, noooo!"

"Oh, sí", rió Gerry.

"¿Qué es lo que tiene de gracioso, Griffith?"

"*Vosotros* vais", dijo riendo maliciosamente. "Yo, no. Me quedo aquí con la retaguardia del batallón. No olvidéis mandarme una postal de Mickey Mouse."

★ ★ ★

Cuando los camiones cruzaron el perímetro exterior de Con Thien, los soldados de la parte interior de la alambrada asomaron la cabeza fuera de los pozos, como pequeños perros de las praderas. Agitaban los brazos, riendo y gritando: "¡Bien venidos a bordo, cabrones; no os olvidéis de sacudiros los pies!" Les devolvimos el saludo con poco entusiasmo: "Gilipollas", murmuró Hoffy. Una hora después, cuando los antiguos ocupantes de Con Thien desaparecían por el camino en dirección a Dong Ha, 1.000 flamantes perros de las praderas hicieron una ostentosa higa a los camiones que se alejaban.

Esa noche, Seagrave, Walters, Morgan y yo estábamos en nuestro refugio escuchando el ruido de la lluvia sobre la lona impermeabilizada.

"No me importaría tanto todo esto si estuviéramos consiguiendo algo; pero esto", dijo Morgan, barriendo con la mano el refugio, en un gesto que pretendía abarcar Vietnam entero, "esto no es más que Mickey Mouse".

"¿Por qué te crees que lo llaman Disneylandia?", dijo Seagrave.

"Los amarillos no nos bombardearán por la noche", continuó Seagrave. "Temen que los fogonazos de sus armas descubran sus posiciones. Aquí sólo bombardean durante el día."

De la oscuridad nos llegó un ruido de arañazos. Se hizo más y más fuerte.

"¿Qué coño es eso?", dijo Wally. Seagrave encendió una cerilla. La luz paralizó tres pares de ojos brillantes que nos miraban desde el montón de raciones C del rincón opuesto.

"¡Ratas!", siseó Seagrave. "Me las voy a cargar. Vamos, Bill."

Seagrave se arrodilló, abrió una lata de manteca de cacahuete

y la depositó sobre los tablones del suelo entre sus rodillas. Después sacó la bayoneta y la sostuvo con ambas manos a menos de un palmo sobre la lata. "Apaga la vela y estate callado "

Durante un rato no ocurrió nada. Después volvieron a oírse los arañazos. En medio de la oscuridad se oyó el inconfundible sonido del metal hendiendo la madera, seguido de un fuerte *Zang* "¡La cacé! ¡La cacé!", gritó Seagrave. "¡Enciende la vela!" Lo hice. Clavada a los tablones por la bayoneta de Seagrave, con la cabeza metida todavía en la lata de manteca de cacahuete, había una rata de doce centímetros con una cola de quince. Estaba completamente muerta

"Eh, déjame a mí", dijo Wally. Pasamos las dos horas siguientes ensartando ratas, finalizando con un magnífico tanteo de Infantes de Marina 5, Ratas 0. Las ratas se dieron por vencidas y nos fuimos a dormir. El húmedo búnquer quedó silencioso

"Gravey", dijo Walters.

"¿Sí?"

"¿Eran ratas del Vietcong o del Ejército norvietnamita?"

★ ★ ★

La mayor parte del tiempo la pasamos en nuestro refugio o visitando a los otros exploradores, jugando a las cartas, charlando y pasando el tiempo sin más mientras esperábamos la llegada de la próxima cortina de fuego.

No se salía al exterior más de lo que era necesario. Verse sorprendido fuera por un ataque era angustioso y físicamente desagradable. Como la gran cantidad de barro hacía imposible correr, había que dejarse caer donde se estuviera y tratar de enterrar el cuerpo en el lodo. Por otra parte, no había demasiados sitios a los que ir y casi siempre estaba lloviendo.

Por la noche era muy distinto. El tipo que le dijo a Seagrave que el Ejército norvietnamita no atacaba por las noches estaba en lo cierto. Después del ocaso, los dientes no me rechinaban tanto y la mandíbula dejaba de dolerme por el continuo esfuerzo de apretar los dientes para que dejaran de rechinar.

Las horas nocturnas llegaron a ser divertidas y pronto comencé a pensar en ellas con ilusión durante las largas horas de luz constantemente agachado y andando a gatas.

Hacia la cuarta o quinta noche, Mogerty, Hoffy, Stemkowski y David entraron en nuestro búnquer chorreando agua en medio de una sesión de caza de ratas. "¡Poned la onda de las chorradas!", gritó Mogerty muy excitado. "Hoy dan música."

En los aparatos de radio militares hay una frecuencia en el extremo de la banda que está permanentemente libre para ser usada únicamente en emergencias. Sin embargo, se usaba con regularidad como una línea de comunicación abierta a todos los soldados, y cualquiera que tuviera una radio y un poco de tiempo que matar podía emitir para intentar encontrar a otro de Podunk, Iowa, o de Bumfart, Maine. "Hola, hola, hola, aquí Cool Albert de Detroit", se oía una determinada noche; "¿Hay por ahí algún Hermano Negro de Motor City? ¿Quién sabe un chiste bueno?" De modo que la frecuencia había recibido el sobrenombre de la Onda de las Chorradas.

Wally jugueteaba con la radio. "Baby, where did our love go?", cantaban en voz baja Diana Ross y las Supremes por el auricular, de forma perfectamente audible a pesar del ruido estático.

"¡Cojonudo!", gritó Morgan.

"Corre ahí al lado a avisar a Kenny y los otros, Rolly", dijo Wally. "¡Haremos una fiesta!" Se acabó la canción y se oyó una voz:

"Diana Ross y The Supremes", dijo la voz. "¿No son maravillosas? Aprovéchate y que se joda la Marina, eso es lo que yo digo. ¿Y quién soy yo? Soy Jack el Bailarín, vuestro 'disc jockey' de la Emisora de las Chorradas, que llega a vosotros desde algún lugar situado en el centro del corazón del país. ¿Tenéis por ahí alguna otra petición, jodidos bailongos?"

"¿Tienes *Dancin' in the Streets?*, irrumpió otra voz.

"¡De acuerdo! Martha y The Vandellas", dijo Jack el Bailarín. "¿Hay alguno en radiolandia que tenga *Dancin' in the Streets?*"

"¡Yo!", se oyó una tercera voz. "Yo la tengo "

"¡Muy bien, hazla girar, camarada!" Sonó otra canción: "Callin' out around the world, there'll be dancin' in the streets..."

"¿Cómo lo hacen?", preguntó Wally.

"Deben de ser tipos de los alrededores de Dong Ha y Camp Carroll, con platos giradiscos, magnetófonos y todo eso", dijo Mogerty. "Lo único que hay que hacer es acercar los auriculares a los altavoces y el aire se llena de música "

> "Los amarillos están muy lejos para tomar este búnquer, y nosotros estaremos mucho mejor si nos colocamos y se nos va la maldita cabeza."

"¡Yuujjuu!", gritó Hoffy, chascando los dedos y meneando los hombros al ritmo de la música. Morgan regresó al búnquer con Thurston, Frenchy y Amagasu a remolque.

"¿Desea alguno entonarse?", preguntó Mogerty.

"¿Tienes bebercio?", preguntó Thurston.

"No, no", dijo Mogerty. "María." Sacó un frasco pequeño y lo abrió.

"Bueno, vamos a fumarlo", se ofreció Wally Mogerty lió un canuto grueso, lo encendió y comenzó a pasarlo; después lió otro y lo encendió. Yo no había visto la marihuana antes, y mucho menos fumarla. De pronto comencé a sentirme muy incómodo.

"No sé", dije dubitativo "Yo nunca antes he tomado drogas."

"¿Quién es virgen aquí?", preguntó Hoffy. Amagasu, Morgan, Thurston y yo levantamos tímidamente la mano.

"Siempre hay una primera vez para todo", bramó Hoffy. "No hay un lugar más seguro que Disneylandia. Los amarillos están muy lejos para tomar este búnquer, y todos nosotros estaremos mucho mejor si nos colocamos y se nos va la maldita cabeza."

Yo todavía no estaba convencido Me venían imágenes de monstruos peludos y rosas acosándome implacablemente, mientras yo me lanzaba entre gritos a la noche oscura, fuera de la protección del búnquer, hasta hundirme sin remisión en el barro universal En la radio sonaban entre zumbidos los Beatles: "Yesterday, love was such an easy game to play: now is seems as though it's gone away; oh, I believe in yesterday " Di una calada. Me raspó la garganta y comencé a toser.

"Retenlo dentro", dijo Hoffy. "Mételo directamente a los pulmones y retenlo allí "

"Si me vuelvo loco", advertí, casi ahogado, "será mejor que alguien me sujete."

"Vamos, no vas a volverte loco", dijo Hoffy. "¿Qué te crees que es, LSD?" Di otra calada, luego inhalé mucho más hondo

y pasé el canuto. "¿Ves?", dijo Hoffy. El humo tenía un sabor agridulce y me noté un poco mareado Otis Redding estaba sentado en el muelle de la bahía y yo veía romper las olas a lo lejos mientras los porros circulaban sin parar; la música seguía sonando según avanzaba la noche y los que estábamos en el atestado búnquer sosteníamos cinco conversaciones a un tiempo; después, todos reíamos y la música no paraba de sonar, los dedos tamborileaban, los cuerpos se balanceaban, y la risa, la noche y el humo eran como un incesante oleaje que fuera a morir a una playa de una isla tropical lejana habitada por Jack el Bailarín. Fuera lo que fuera lo que uno de los oyentes de radiolandia quisiera escuchar, algún otro lo tenía: rock'n'roll, blues, jazz, soul, country... Dentro del búnquer, nos tumbábamos unos sobre otros, riéndonos de todo y de nada, y nos comimos dos cajas enteras de raciones C, lanzando fuera las latas vacías hacia la oscuridad, e intentamos jugar a las cartas, pero lo único que logramos encontrar fue una baraja con 52 ases de espadas, de modo que nos pusimos a jugar al póquer y todos acababan con cinco ases en la mano, lo que era la cosa más graciosa del mundo.

"Bueno, Ehrhart", dijo Hoffy, mirándome maliciosamente la cara bajo la luz fantasmal de una lámpara de carburo, "¿qué te parece la María Juana?"

"¿Eh?"

"La María Juana, muchacho; la marihuana."

"Ah", dije, saliendo de una especie de bruma mental "Muy buena. Pero es ilegal, ¿no?" Ambos soltamos una carcajada

"Media docena de proyectiles enemigos cayeron ruidosamente y estallaron a menos de cien metros."

"¿Qué has hecho en los últimos 10 meses que no sea ilegal, Ehrhart?", bramó Hoffy, y nos echamos a reír con más fuerza, retorciéndonos y agarrándonos el estómago. El ritmo violento de los Rolling Stones aporreó la radio y todo el búnquer gritó al unísono.

"Baby better come back, maybe next week; can't you see.. I'm all -a-losin' sleep; I can't get no! Satisfaction!" Clap, clap, clap-clap-clap. "Oh, no, no. no!!!"

★ ★ ★

A la mañana siguiente, Amagasu se coló en el búnquer patinando, al resbalar en el barro justo a la entrada. Sacó un fajo de cartas del bolsillo. "Los helicópteros han traído el correo", dijo. dejando las cartas sobre los tablones del suelo, y luego volvió a salir a gatas, intentando alcanzar la seguridad de su propio refugio situado más arriba

Yo tenía una sola carta, de mi madre, pero el sobre contenía también un recorte de periódico Miré el titular: un artículo acerca de la permanente investigación del Departamento de Sanidad sobre los efectos cancerígenos del tabaco. La carta decía: "Espero que no estés fumando demasiado, no es bueno para ti. Haz el favor de leer este artículo."

Estaba sentado en el centro mismo de la entrada del búnquer, a la mitad del artículo, cuando media docena de proyectiles enemigos cayeron ruidosamente y estallaron a menos de cien metros, lanzándome de cabeza lejos de la entrada, al tiempo que una andanada de metralla acribillaba el techo y un lateral del búnquer. Me ovillé formando una bola fetal y aún encogido de miedo volví a mirar la carta y lancé una carcajada

"¿Qué es lo que te hace tanta gracia?", preguntó Seagrave.

"Mi madre me dice que no debo fumar, porque puedo tener cáncer de pulmón dentro de 20 o 30 años", balbucí entre bocanadas de aire y de risa "Podría matarme." En ese preciso instante llegó otra media docena de proyectiles, que estalló con un fragor múltiple que me golpeó los oídos, me hizo vibrar los empastes y sacudió violentamente el búnquer, provocando desprendimientos de tierra del techo. Los cuatro seguíamos riendo cuando Amagasu se coló dentro para averiguar qué era lo que nos hacía tanta gracia.

★ ★ ★

"¡Hola, muchachos!", rió Gerry entre dientes, metiendo la cabeza en el búnquer.

"¡Gerry!", exclamé. "¿Qué haces aquí? Mete la cabeza dentro antes de que te la vuelen." Nos abrazamos ruidosamente. "¡Me alegro de verte, amigo!", dije "¿Qué haces aquí?"

"Me cansé de esperar la postal y vine a por ella."

"¿Qué llevas en la caja?", dijo Morgan.

Gerry levantó una caja alargada que traía consigo. Tenía forma de caja para flores, aunque más larga. "No lo sé", contestó. "Es para ti". Y me la tendió.

"¡Un paquete de tu mamá!". gritó Haller. "¡Comida! Ábrelo." Dentro había una copa de un pino, de unos dos metros de largo, con las ramas cuidadosamente plegadas a lo largo del tronco y aseguradas con una cinta.

"¡Un pino de Pensilvania de verdad!", dije tomando aire.

"¡Es un árbol de Navidad!", dijo Haller. "¡Increíble!"

"Mirad esto", dije, sacando el árbol de la caja y acunándolo como a un niño. Los ojos se me estaban poniendo acuosos

"¡Vamos a ponerlo de pie!", dijo Haller. Vacié el resto de la caja, que contenía un pequeño soporte casero para el árbol y una caja con adornos y cintas doradas. En diez minutos habíamos decorado el árbol entero

"¿Qué pondremos en lo alto?", preguntó Haller.

"Tengo lo que nos hace falta", dije. Me puse a buscar en una caja de municiones y volví con un ángel de papel de un palmo de altura y una base también de papel que se ajustaba en la rama más alta del árbol

"¡Eh!, ¿de dónde has sacado eso?", preguntó Haller

"Una amiga me lo envió la semana pasada", le contesté. "Saddie Thompson. Es cuáquera "

"Perfecto", dijo Haller. "Muy bien por Saddie. Muchas gracias ¡Que se jodan todos esos con sus árboles de papel de plata! ¡Nosotros tenemos uno *de verdad*!"

"Sí. Bien", dijo Morgan "Oye, Griffith ¿ya tienes tus tarjetas de Navidad editadas por la Infantería de Marina?"

"No. ¿Cómo son?"

Morgan alcanzó su caja de municiones y sacó varias tarjetas y sobres Por delante tenían una Estrella de Belén dorada lanzando rayos dorados sobre un pesebre dorado. En el margen derecho tenía la insignia roja, blanca y azul de la Primera División de Infantería de Marina. Por dentro, tenía escrito. "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad."

"Dios mío", dijo Gerry.

Nos volvimos a sentar, mirando el árbol sin decir nada. Se oyó estallar proyectiles al otro lado del perímetro, muy lejos. Después llegó una salva estruendosa que estalló en el valle, cerca de donde estábamos. Todos agachamos instintivamente la cabeza, pero no se cayó ninguno de los adornos.

"Bien venido a Disneylandia", le dije a Gerry. "¿Cuánto vas a estar?"

"Nada más esta noche. Voy a coger un helicóptero mañana por la mañana."

"Me quedan 82 días, tío. Ochenta y dos jodidos días." Golpeé los tablones del suelo. "¿Sabes lo que voy a hacer? Lo primero que haré cuando regrese al Mundo, justo en el aeropuerto, donde sea, a la primera oportunidad, voy a buscar la chica más guapa que encuentre y voy a comprarle una cocacola. Y voy a sentarme a verla bebérsela con la paja. Sueño constantemente con eso."

A la mañana siguiente, Gerry se dirigió a la zona de aterrizaje para esperar el helicóptero. "Te veré dentro de un par de semanas", dijo, poniéndome la palma de la mano abierta sobre la oreja y dándole una sacudida a mi cabeza.

Aproximadamente una hora después, un sanitario entró en el búnquer gateando: "¿Quién de vosotros es Ehrhart?", preguntó.

"Yo", dije

"Un herido me dio esto", dijo, alargándome un reloj de pulsera envuelto en barro. "Dijo que debía entregártelo... dijo que era muy importante... tu perdiste el tuyo o algo así."

"Estallaron en el oscuro cielo bengalas de todos los tipos y colores imaginables, lanzadas desde cada una de las posiciones avanzadas de la Infantería de Marina."

"¿Gerry?", dije, con un dolor tan fuerte en el estómago que casi me hacía doblarme. "¿Gerry? ¿Oué ha ocurrido? ¿Qué ha ocurrido? ¿Dónde está?"

"Evacuado. Le subimos al helicóptero. No te preocupes, está perfectamente. Saldrá de ésta. Metralla en la rodilla", dijo el sanitario. "Le sorprendió un ataque en la zona de aterrizaje Quizá pierda la pierna, no lo sé... pero saldrá adelante. Oye, tengo que volver. Sólo he venido a traerte esto porque me dijo que era muy importante y me hizo prometérselo."

"El tío está destrozado", dije, sin hablar con ninguno realmente, "y se acuerda de que había perdido el reloj " El reloj de Gerry todavía funcionaba Me lo puse y después trepé a la litera de arriba y me tumbé, apartando la cara de Haller y Morgan.

★ ★ ★

Dejamos Con Thieu el 23 de diciembre, bajo una violenta lluvia. El nuevo puesto de mando del batallón, situado por debajo de la ciudad de Quang Tri, estaba emplazado sobre una colina baja, que en nada se distinguía de las otras colinas de alrededor, excepto porque nosotros estábamos en la cumbre. A los pocos días, el batallón entero fue cayendo en una sistemática rutina, muy similar a la situación que habíamos vivido en torno a Hoi An: patrullas, patrullas, patrullas, un día dentro, un día fuera; servicio de guardia y puestos de escucha; minas y francotiradores; detenidos y resúmenes de información diarios. Seagrave y Walters regresaron a Estados Unidos el último día de 1967.

Esa noche, con la campanada de 1968. estallaron en el oscuro cielo bengalas de todos los tipos y colores imaginables, lanzadas desde cada uno de los puestos avanzados de la Infantería de Marina, por el sur hasta donde nos alcanzaba la vista y por el norte hasta la Zona Desmilitarizada y todo a lo largo de ella. Parecía que todo Vietnam estuviera celebrando el año nuevo

ARRIBA: *"A la salud de los trabajadores, a la salud de la sal de la tierra." El toque de la cerveza en los lugares más remotos proporciona un poco de sabor de hogar.*

americano. Habíamos recibido órdenes concretas del general al mando de la Infantería de Marina en Vietnam de no disparar bengalas, puesto que podían poner en peligro nuestras posiciones, según indicaba la orden escrita. Pero todos nosotros sabíamos que el Vietcong conocía exactamente nuestras posiciones, y era Nochevieja y siempre se había celebrado la Nochevieja, y, en cualquier caso, no nos importaba demasiado lo que pensara un general. "¡Feliz Año Nuevo!", gritamos todos, enviando bengalas de rayos y colgantes hacia 1968.

El 29 de enero el batallón recibió órdenes de trasladarse a Phu Bai, para pasar un mes de descanso y reorganización. "¡Cojonudo!", exclamé cuando Haller llegó a nuestra tienda con la noticia. "¡Un mes! ¡Ya está! ¡Para mí, se acabó! ¡La guerra ha terminado! ¡Para cuando os tengáis que volver, yo estaré montado en ese gran Pájaro de la Libertad, camino del Mundo!"

CAPÍTULO 5 DISNEYLANDIA

"No vendas la piel del oso antes de matarlo", dijo Haller.

A la mañana siguiente, apareció Haller y se quedó un poco apartado del grupo. "Eh, Bill", me dijo, "ven a la tienda, tengo que mostrarte una cosa."

Entramos en la tienda y Haller desplegó el ejemplar de *Stars'n'Stripes* que llevaba pasando a la última página.

"Tienes que leer esto", dijo "Pensé que no querrías que te lo enseñase en público." Cogí el periódico

LA POLICÍA BUSCA AL AUTOR DE UN BRUTAL ASESINATO SEXUAL

HONG KONG (AP).— La policía de Hong Kong está buscando al asesino de una hermosa muchacha danesa, que fue hallada violada y muerta en una callejuela solitaria de Kowloon en la mañana del lunes. La muchacha, Dorrit Vonhellemond, de 23 años, modelo publicitario y oriunda de Copenhaguen, tenía el rostro acuchillado, había sido degollada y tenía signos evidentes de haber sido torturada con cigarrillos encendidos.

Miré a Haller "Han escrito mal el nombre; la 'v' tenía que haber sido minúscula y la 'H' mayúscula."

"Siéntate", dijo, empujándome suavemente hacia la cama.

"Ella me arrastró por toda la ciudad, ¿sabes? Me llevó por los lugares más extraños y recónditos, haciéndome morir de miedo Ella no le temía a nada, ni siquiera creo que le pasara por la cabeza la idea del miedo. Randy, ella era..." Se me quebró la voz y en algún oscuro lugar dentro de mí se alzó una negra ola

Cuando la ola rompió, grité: "¡¡ES DEMENCIAL!!" Metí la cabeza entre los puños, me dejé resbalar de la cama y rodé hecho una pelota por el suelo mojado, apretando las rodillas contra el estómago y sollozando. Dentro de mí no había más que dolor: un hierro al rojo vivo.

Como en un sueño, oí la voz de Haller que llegaba de algún lugar: "Está bien, no entres, déjale solo. Malas noticias, nada más; más tarde te lo explicaré. No dejes entrar a nadie, que se vayan."

> "Morgan entró en la tienda y me puso una mano sobre el hombro dejándola caer lentamente."

Cuando me levanté, estaba oscuro, Randy estaba sentado en su cama mirándome; me tendió una cantimplora. "Whisky", dijo. "Me lo dio el sargento Krebs." Di dos grandes tragos, casi lo devolví, pero logré retenerlo. "¿Estás bien?", preguntó Haller.

"Sí."

Haller recogió la puerta de la tienda. Afuera estaban Morgan y Amagasu sentados en el suelo. "Está bien", dijo Haller. Morgan entró en la tienda y me puso una mano sobre el hombro dejándola caer lentamente. Luego, Amagasu y él se giraron y se alejaron.

Al día siguiente, montamos en un helicóptero CH-53 y nos trasladamos a Phu Bai.

ABAJO: *"Aquellos por quienes morimos son los que nos quieren menos. Visitan nuestras tumbas los días de fiesta en el mejor de los casos "*
DERECHA. *Una ciudad al rojo... veraneo en la ciudad.*

PHOTRI

MAGNUM

Capítulo 6

HUE

CAPÍTULO 6 HUÉ

La enorme y extensa base de Phu Bai era lo mejor que podía hacer por mí la Infantería de Marina. Allí había otras unidades estacionadas permanentemente, para garantizar la seguridad de la base. de manera que nosotros no teníamos que ocuparnos de eso. No teníamos mucho más que hacer que haraganear y perder el tiempo un rato. Después de cuatro meses enteros en zona de combate, eso me venía al pelo. Durante dos días estuvimos jugando a las cartas, tomando cerveza, quedándonos bajo la ducha hasta que la piel se ponía rosada y se acababa el agua caliente, y durmiendo a placer.

El tercer día, el 31 de enero, el sargento Krebs entró de madrugada en nuestro barracón a despertarnos. "Tenemos que prepararnos", dijo. "El recinto del MACV (Mando de Asistencia Militar de Vietnam) de Hué está recibiendo fuego de francotiradores y de morteros de 60 mm. No parece muy importante, pero tenemos que mandar dos compañías a ver qué pasa."

"Pero si es el año nuevo vietnamita", protesté, "es el Tet. ¿Qué ha pasado con la maldita tregua?"

"¿Por qué no se lo preguntas cuando llegues, Ehrhart?", dijo el sargento, riéndose de su propio chiste. "Estaremos de vuelta en uno o dos días... quizá esta misma noche. Vamos, muchachos, moveos "

Cuando salimos hacia los camiones, todavía estaba oscuro. El capitán Broderick me apartó a un lado. "Tú no, cabo Ehrhart", dijo. "Te queda ya muy poco. Tú no tienes que ir "

"¡Qué coño, capitán!", dije. "Gracias, pero bien podría. Si todos se van no habrá nada que hacer aquí. Por favor."

"De acuerdo, sube."

Los camiones partieron traqueteando por la Carretera Uno hacia Hué, situado a doce quilómetros al norte. En el momento mismo en que rompía el alba, el convoy entraba por el lado meridional de la ciudad. Dejamos atrás una estación de servicio. .

Y entonces se desató el infierno.

Soldados enemigos atrincherados muy cerca, a ambos lados de la carretera, detrás de tapias o en el interior y los terrados de los edificios, lanzaron una arrolladora descarga que golpeó al adormilado convoy con la fuerza de un mazo aplastando una cucaracha: armas automáticas, armas cortas, cohetes, fusiles sin retroceso, morteros, granadas, todo.. y todo al mismo tiempo. Comenzaron a caer hombres hacia el interior del camión entre gritos, antes de que pudiéramos siquiera empezar a responder al fuego. Órdenes y gritos se rompían a media frase, al tiempo que las manos volaban a rostros pertenecientes a cabezas bruscamente impulsadas hacia atrás por el impacto de las balas. Los soldados descendían atropelladamente de los camiones, lanzándose como locos hacia cualquier cosa que ofreciese resguardo. El ruido lo ahogaba todo, incluso los propios pensamientos.

> "Los legendarios soldados norvietnamitas eran reales y estaban todos en Hué, y todos trataban de matarme."

Estaba tumbado en una zanja, asomando por el borde el cañón del fusil y disparando a tontas y locas, sin atreverme a buscar un blanco, intentando únicamente mantenerlos agachados Lenta, casi imperceptiblemente, comenzábamos a defendernos. El impacto de la emboscada había cogido por sorpresa a la colum-

ABAJO: *Con la sensación de "estoy a punto de morir". El Tet del 68 fue abominable y Hué era el Tet Generosamente equipados con munición de M-60, los soldados esperaban el siguiente asalto en un duelo con la muerte.*

ARRIBA: *"¿Dónde has estado, hijo de mis entrañas? ¿Y dónde has estado, joven querido?" Los soldados avanzan entre los restos de una población bombardeada, como por un paisaje lunar*

na entera, pero la conciencia de una muerte cierta cedió paso a la instrucción, la disciplina y el instinto de supervivencia.

El recinto del MACV estaba en la misma carretera, a unos siete bloques por delante de nosotros. Sabíamos que aún no había sido tomado y que si lo alcanzábamos podríamos encontrar refugio allí. Arrastrándonos, nos abrimos camino a tiros hasta la primera manzana. El día entero estuvimos avanzado por aquella calle, paso a paso: las bajas fueron horrorosas, por todas partes yacían soldados muertos o heridos; calle abajo, ardían camiones y jeeps volcados e inservibles. El sargento Krebs fue abatido entre Morgan y yo, echando sangre por la cara, el cuello y el pecho. Le quitamos la munición de fusil que le quedaba, tomamos su 45 automática, echamos su cuerpo a un camión y regresamos corriendo al muro tras el que habíamos estado ocultos.

Así continuó hora tras hora, minuto tras minuto. Media manzana, una nueva manzana, y recibiendo fuego de todas partes. Los legendarios soldados norvietnamitas eran reales y estaban todos en Hué, y todos trataban de matarme.

Por fin alcanzamos el recinto del MACV. Habíamos estado luchando sin parar desde el amanecer. Habíamos tardado 14 horas y nuestra fuerza inicial de 350 hombres estaba reducida a la mitad, muchos de ellos heridos —como Morgan y Mogerty—, aunque todavía capaces de combatir. El capitán Braithewaite, comandante de la Compañía Alfa, había recibido durante el primer tiroteo de la mañana, una ráfaga de ametralladora del calibre 50 en las piernas, que le hizo añicos los huesos de ambos muslos; el sargento Krebs había muerto; el comandante Miles había muerto

El descanso iba a ser limitado: en conmemoración del Tet, el Ejército regular norvietnamita y el Vietcong habían desatado esa mañana una ofensiva generalizada, por todo lo largo y ancho de Vietnam del Sur. Todas las instalaciones norteamericanas importantes, todas las capitales de provincia y distrito, estaban sometidas a sitio o a un ataque directo. Sin embargo, a nosotros el país entero nos traía sin cuidado: nosotros teníamos un problema bastante grande allí mismo.

Durante toda la noche estuvimos recibiendo fuego, y nadie pudo dormir. Al día siguiente, consolidamos nuestra posición en torno al recinto del MACV y luego salimos a reconquistar la ciudad, edificio por edificio, manzana por manzana. Parecía una tarea imposible. De vez en cuando, llegaba un helicóptero zumbando hasta la zona de aterrizaje instalada junto al río, a descargar munición y alimentos y a llevarse las bajas. Solamente eran evacuados los que ya no podían luchar más, pero aún podían ser salvados. Eran pocos los helicópteros que lograban penetrar hasta allí y el espacio a bordo era limitado, de modo que todo el que podía caminar, ver y disparar un fusil, tenía que quedarse. Al igual que los muertos: los sacos que contenían a los soldados muertos se iban amontonando en torno a la zona de aterrizaje como haces de leña.

Cada casa era un nuevo campo de batalla y los norvietnamitas eran feroces guerreros y nosotros estábamos dispuestos a luchar a muerte contra ellos. Después de un año de frustraciones, de recorrer las zonas más inhóspitas sin encontrar nada, o peor que nada, estábamos listos para luchar, nos moríamos por luchar. Maldito lo que nos importaba.

Era estimulante. Yo estaba muerto de miedo, pero sentía el grado más alto de excitación que había experimentado en toda mi vida: ¡por fin, por fin, poder devolver los golpes!

Y devolví los golpes apasionadamente, ciego de ira y dolor, sin remordimientos, inconsciente e indeliberadamente. Me desquitaba del barro de Con Thien, de las arenas ardientes de Hoi An y de los extraños e inexpresivos rostros del mercado de Dien Ban; de los generales del Pentágono, del Congreso de los Es-

tados Unidos y del *New York Times*: de los Iron Butterfly, de los quemadores de tarjetas de alistamiento y de las Hijas de la Revolución Americana; del asesinato de Dorrit von Hellemond y del hijo de puta que se había llevado a Jane volando en su avioneta privada, de los profesores que me habían enseñado que los americanos teníamos siempre a Dios de nuestra parte, y siempre éramos los buenos y siempre gánabamos; de los desfiles del Memorial Day, la Promesa de Lealtad diaria, los constantes rumores de conversiones de paz y la constante falta de paz; de las películas de John Wayne y Audie Murphy, y las solemnes declaraciones de Dean Rusk y Robert McNamara; de los espíritus de Roddenbery y Maloney, de Rowe y Basinsky, de Calloway y Aymes, de Falcone y Stemkowski; de la libertad, la democracia, el comunismo y la monumental estupidez con que me había echado a mí mismo en los brazos de aquella pesadilla; del niño con la horrible granada en la mano, con la espoleta quitada y lista para ser recibida por mi regazo. Del fusil de mi cañón surgía poder, un poder desnudo y simple, sin paliativos. Era una pura y simple purificación del alma... un rito sagrado... una necesidad No tenía ni idea —no tenía ni la más leve sospecha— de para qué o contra qué estaba combatiendo.

Estaba aterrorizado

★ ★ ★

ABAJO: *Limpiando la ciudad. Infantes de Marina en una operación de búsqueda y desalojo casa por casa, sabiendo que detrás de cada entrada y de cada ventana puede haber un AK-47 acechante*

Los refuerzos lograron traspasar el cerco al tercer o cuarto día, con lo que, pese a que todavía nos superaban ampliamente en número, conseguimos ir extendiendo gradualmente el pequeño rincón de ciudad que dominábamos. El reabastecimiento era cada vez más difícil, de forma que al problema inicial de la escasez de vehículos se añadió la imposibilidad de sustitución de los vehículos inutilizados y destruidos en los violentos enfrentamientos.

Por fin, el quinto día por la mañana, el coronel Glass convocó a los exploradores para resolver el problema. "Tiene que haber vehículos por la ciudad, muchachos", dijo. "Id a por todo lo que tenga ruedas." Hacia el mediodía, habíamos conseguido echarle mano a dos jeeps del Ejército norteamericano, dos jeeps survietnamitas, un autobús Volkswagen, un Peugeot y una Vespa roja Pero el último vehículo que conseguimos era el mejor del lote: un precioso jeep azul de la Fuerza Aérea estacionado detrás del recinto del MACV.

El servicio en el MACV, especialmente en un lugar cosmopolita como Hué, consistía en gran medida en follar con mujeres hermosas y beber buen whisky, percibiendo al tiempo una paga de combate y ganándose decoraciones de guerra muy útiles para la promoción. De modo que los oficiales del MACV destinados en Hué debieron de sentirse muy desgraciados al encontrarse en medio de la batalla más violenta de la guerra.

Uno de esos desgraciados oficiales del MACV era el comandante de la Fuerza Aérea bajito y rechoncho que se nos acercaba a pasitos cortos, moviendo las manos frenéticamente y gritando como un loco.

"¡Eh, eh, vosotros! ¿Qué creéis que estáis haciendo? ¡Ese jeep es mío!", protestó a gritos. "¡No podéis quitarme el jeep!"

"Oh, perdónenos, señor; sólo queremos tomarlo prestado una temporada", le explicó Hoffy. "Íbamos a dejarle una nota; porque no pensaría utilizarlo hoy, ¿verdad?"

"¡Es propiedad de la Fuerza Aérea! ¡Os llevaré ante un Consejo de Guerra!"

"Espere, escuche, no pasa nada, comandante", replicó Hoffy "Se lo vamos a devolver... en cuanto termine la guerra."

"¡Dejad ese coche en paz! ¡Quitad vuestras sucias manos de mi jeep! ¡Os estoy dando una orden!", gritó el comandante, mientras yo saltaba al asiento del conductor. "¿Quién es vuestro oficial al mando? ¡Estáis arrestados los dos!" Con eso, el comandante comenzó a buscar a tientas el arma que llevaba al cinto.

Pero se detuvo bruscamente, tornándose rígido y completamente blanco, al encontrarse mirando fijamente al cañón del 12 del fusil de Hoffy. Sus labios continuaron moviéndose sin parar, pero no salía de ellos sonido alguno, salvo un parloteo apenas audible.

"Usted no necesita ese jeep y nosotros sí", dijo terminantemente Hoffy.

"Mire, comandante", intervine, al tiempo que arrancaba el vehículo. "Usted no lo entiende. Al soldado Hofstatter aquí presente no le gustan los oficiales, no tiene ningún respeto por el mando y no es demasiado inteligente. Pero es fiel hasta la muerte a sus amigos y haría cualquier cosa que le pidieran sólo por hacerles felices. Pues bien, yo soy amigo suyo y si usted toca esa pistola, voy a pedirle que le vuele la puñetera cara. ¿Comprende ahora, señor?"

> "¡Por Dios bendito, ahora no, ahora no, después de todo lo que he pasado, ahora no, por favor!"

Al comandante se le abrieron los ojos hasta hacérsele como dos cuencos de leche y sus labios dejaron de moverse. Hoffy, con sus dos metros de alto y sus 120 quilos, tenía una sonrisa de oreja a oreja.

"Quítate del medio", dijo Hoffy montando en el asiento de al lado. "Tenemos prisa y nos estás haciendo perder el tiempo. ¿Por qué no vuelves a meterte dentro, donde no hay peligro, a meneártela o algo de eso? No te busques problemas, ¿vale?"

"Encantado de hablar con usted, comandante", dije. Le hicimos un saludo verdaderamente apropiado, arranqué el jeep y empezamos a rodar. Hoffy no dejó de apuntarle hasta que desaparecimos por una esquina.

Esa noche el coronel Glass preguntó a los exploradores si alguno había robado un jeep de la Fuerza Aérea a punta de pistola. Ninguno de los exploradores dijo nada. "¿Eso de ahí fuera no es un jeep de las Fuerzas Aéreas?", dijo el coronel. "Ehrhart, ¿no te he visto conduciendo ese jeep hoy?"

"Sí, señor", dije. "Pero lo del fusil no era más que una broma".

"De verdad, señor", dijo Hoffy sin que le preguntaran. "Y le dijimos que se lo devolveríamos en cuanto acabase la guerra."

"Ya", dijo el coronel. "Ya. Bueno. Bueno, encargaos de hacerlo... si es que queda algo de él."

★ ★ ★

A la mañana siguiente, estaba todo más tranquilo que nunca desde que comenzara la batalla seis días atrás. Amagasu y yo estábamos en un dormitorio del segundo piso, echando un ojo a los edificios del otro lado de la calle. Arrastré un sillón acolchado hasta la ventana y me senté a contemplar la guerra, disparando de vez en cuando uno o dos tiros contra los edificios de enfrente, sólo por darles la réplica a los del otro lado. Ultimamente no había dormido demasiado, por lo que, al poco rato, comencé a adormilarme y decidí hacerme un café. Usando las latas de las raciones C para hacer un infernillo y una taza, puse a hervir un poco de agua. Cogí una bolsa de café de una ración C.

De pronto el mundo estalló en pedazos. No llegué a oír la explosión. Sólo el impacto registrado.

Derribado sobre el piso con la ropa hecha jirones, en medio de un silencioso remolino de polvo y escombros, no lograba comprender por qué no había oído nada. "Estoy malherido", pensaba, "esos hijos de puta me han dado al fin", mientras que otra parte de mi cerebro no dejaba de gritar: "¡Por Dios bendito, ahora no, ahora no, después de todo lo que he pasado, ahora no, por favor!"

No tenía idea de lo que había ocurrido. Me había dado una bala explosiva o algo por el estilo. Me había volado la nuca. No quería morir, pero sabía que iba a morir. "No es justo", pensaba. "Que sea rápido, por favor que sea rápido. Dios mío, no es justo." Así caído en el suelo esperé la muerte. Y seguí esperando

Por último, tembloroso, llevé una mano cuidadosamente hacia la nuca. Lenta, desconfiadamente, la pasé y la repasé por la zona. "¿Qué es esto?", pensé. Había perdido el casco, pero tenía la cabeza intacta. "¡Está entera!", pensé. Me puse la mano delante de la cara y la miré: no había sangre. Me dolía todo, pero la cabeza estaba entera y no había sangre.

En ese preciso instante me di cuenta de que sangraba por media docena de sitios. "¡Qué mierda!", pensé. Después de todo, *iba* a morir.

> "Extrajimos más de 50 pedazos de metralla dentada y de escombros de hormigón de la espalda de mi chaleco antibalas, de tamaños que iban desde el de una uña al de un dólar de plata."

Comencé a arrastrarme hacia la puerta del dormitorio, pero antes de que estuviera a medio camino, habían llegado hasta mí Wally, Hoffy y algunos muchachos del piso de abajo. Me cargaron a una camilla y me llevaron a toda prisa al recinto del MACV, donde un médico me tapó los nuevos agujeros del cuerpo y me puso un par de inyecciones Después perdí el conocimiento.

Cuando desperté, ya avanzada la tarde, se acercó un enfermero y comenzó a hablarme, pero yo no le oía. Hice gestos indicando las orejas sin dejar de gritarle que subiera la voz, mientras él se iba agachando hacia mí hasta que estuvo a un palmo de la cara, con los músculos del cuello visiblemente tensos por los movimientos violentamente exagerados que hacía con la boca. Me recordaba a los instructores del campamento Cuando por fin llegué a comprender lo que quería decirme, él

ARRIBA: *"¡No hagas el héroe, Bill!" Un conocedor de la ley de la calle comprueba la temperatura en Hué. Después de todo, eran muchos los que estaban criando malvas aun sin hacer tonterías.*

se dio cuenta de que era absurdo lo que intentaba decir, y ambos estallamos en una carcajada.

Me levanté cautelosamente. Tenía vendajes en el brazo derecho, la pantorrilla derecha y la cadera derecha. "Hasta luego", dije y crucé la calle cojeando en dirección a la casa del comandante.

Había sido herido por un proyectil de bazuca anticarro, denominado B-40 o RPG-10. A juzgar por el punto desde donde había sido disparado el proyectil, donde había impactado y donde yo estaba sentado, debía de haber faltado menos de una cuarta para una colisión frontal con mi cabeza, había pasado por encima de mi hombro izquierdo, estallando contra una pared de la habitación a un metro y medio de altura aproximadamente detrás de mí.

Pero gracias a que yo estaba agachado en ese momento, tratando de echar el café, y a que llevaba el chaleco antibalas y el casco, que me cubrían la cabeza, el cuello y la espalda, y a que estaba, además, protegido por el sillón acolchado, sólo la parte baja de la espalda, la pierna y el brazo derechos habían quedado expuestos a la explosión.

La parte trasera del casco había quedado tan horriblemente perforada por la metralla que no podía volver a ponérmelo y tuve que conseguir otro... cosa que explicaba por qué tuve la sensación de que me habían volado la nuca. Extrajimos más de 50 pedazos de metralla dentada y de escombros de hormigón de la espalda de mi chaleco antibalas, de tamaños que iban desde el de una uña al de un dólar de plata.

Pero yo sólo había sufrido algunos cortes pequeños, una conmoción cerebral leve y una pérdida de audición; e incluso la pérdica de audición no iba a ser permanente. Los tímpanos no estaban rotos y aunque los oídos me iban a molestar durante una temporada, a la semana o así comencé a recuperar audición.

De pronto caí en la cuenta de que no sabía qué le había ocurrido a Amagasu. En medio de la confusión y la conmoción que me provocaron mis heridas y el posterior aturdimiento, no había pensado ni una sola vez en él durante todo el día. Y no estaba con el resto de los exploradores "¿Dónde está Kenny?", pregunté. "¿Qué le ha ocurrido a Amagasu?"

El sargento Seagrave buscó una hoja de papel y un lápiz. "Evacuado. Perdió el brazo izquierdo por debajo del codo", garrapateó.

"Es culpa mía", dije. "Yo atraje el fuego Estaba muy vago, me pasé toda la mañana en el mismo sitio, pidiéndolo a gritos. No sé *qué* demonios estaba pensando. ¿Sobrevivirá?"

Seagrave se encogió de hombros. Después volvió a garrapatear en el papel: "No lo sé, pero creo que sí. No es culpa tuya. Me alegro de que estés bien." Calentó una gran lata de agua y echó dentro tres sobres de café instantáneo. Después vertió la mitad en otra lata y me extendió una de ellas

"Esto es lo único que deseaba en primer lugar", dije.

★ ★ ★

En 10 días, los 10 exploradores que habían entrado en Hué habían sufrido un muerto, dos heridos y evacuados, y tres heridos que podían valerse. Habíamos perdido también nuestro jefe de información, pero lo estábamos haciendo mejor que otras unidades. Iban pasando los días con sus noches.

> "Oíamos gritos y a través de la puerta abierta del cobertizo vimos cuerpos cubiertos de fuego de los pies a la cabeza."

Al cabo de una o dos semanas comencé a recuperar audición Yo estaba preparado para ir a alguna parte dentro de 19 o 20 días, pero no me atrevía a recrearme en ello. Ya había sido cogido una vez soñando despierto y uno puede cometer un error, pero solamente los tontos cometen el mismo error dos veces.

Una tarde, Mogerty y Wally irrumpieron en el edificio del MACV que los exploradores llamábamos el hogar nocturno, una de las dependencias más pequeñas del recinto.

"¿Quiere alguno joder esta noche?", preguntó Wally, sonriendo maliciosamente. "Hemos encontrado una puta por donde la Universidad. Lo hará con todos nosotros... y no nos costará ni una piastra. Lo único que quiere es comida."

"Un polvo por una caja de raciones C", añadió Mogerty.

"¿Un cajón?"

"No. Un paquete. Una ración por polvo."

"Cuenta conmigo", dijo Hoffy.

"¿Por qué no?", dijo Seagrave.

"¡De acuerdo!", dijo alegremente Wally. "¡A prepararse!"

"¿Dónde va a ser eso?", preguntó Seagrave.

"Tengo un amigo en la sección de 60 mm junto al río", dijo Mogerty. "Todo está arreglado El nos dejará usar su pozo de tirador si le dejamos compartirla."

Mogerty nos condujo al río, encontró a su amigo y entre los dos sacaron a pulso el pequeño mortero de 60 mm del pozo de tirador. "Espero que no nos lleguen órdenes de abrir fuego", dijo el amigo. Wally llegó un poco después con una vietnamita que vestía unos pantalones de seda negros y una blusa de seda ligera. Estaba demasiado oscuro para ver su edad o su aspecto. Wally y Mogerty contaron las cabezas —seis— y pagaron por todos nosotros: media caja. Nos sentamos bajo la lluvia, fumando y escuchando el cañoneo que llegaba del otro lado del río, mientras esperábamos turno. Ninguno hablaba demasiado.

Cuando me llegó el turno, salté dentro del pozo La mujer estaba sentada sobre algunos tablones para proteger el cuerpo del barro. Estaba desnuda de cintura para abajo No sabía qué decir ni por dónde comenzar. Yo mismo me desaté la hebilla y me bajé los pantalones. No había tenido muchas experiencias en eso... pero aun así sabía que la torpeza de la mujer y la rigidez de su cuerpo eran señal de inexperiencia o de un odio profundo. "Probablemente las dos cosas", pensé. Se me revolvió el estómago. Acabé rápidamente, me subí los pantalones y salí del pozo.

"No creo que sea una puta", le dije a Hoffy.

"¿Y qué?", me dijo Me encogí de hombros.

Cuando estábamos cerca del recinto del MACV, oímos gritos de "¡Fuego! ¡Fuego!" Corrimos al patio abierto del centro del recinto. El pequeño cobertizo en que se alojaba una docena de prisioneros norvietnamitas estaba envuelto en llamas. Oíamos gritos y a través de la puerta abierta del cobertizo vimos cuerpos cubiertos de fuego de los pies a la cabeza. Algunos de ellos todavía se movían frenéticamente, pero no había modo de acercarse a ellos.

Por el rabillo del ojo percibí un movimiento y me giré hacia el gran montón de provisiones situado en el centro del patio: varias figuras rebuscaban en el montón. Cada una de ellas llevaba al hombro lo que parecía una caja de raciones C. ¡Eran soldados survietnamitas! No podía creerlo; desde que había comenzado la batalla no había visto ni un solo soldado survietnamita luchando por la ciudad survietnamita de Hué Sin embargo, allí los teníamos ahora, entrando a hurtadillas en nuestro recinto en medio del revuelo provocado por el fuego a robar nuestras provisiones.

"¡Los cabrones de los survietnamitas nos roban la pitanza!", grité. Los tres ladrones echaron a correr hacia el lado opuesto del recinto. "¡Malditos amarillos!", voceé. Apunté el fusil y comencé a disparar "¡Malditos cobardes!" Dos de los hombres se desplomaron sobre el suelo antes que el sargento Seagrave me desviara de un golpe el cañón del fusil y me inmovilizara con un abrazo de oso El tercer hombre dejó caer su carga y se largó

"¡Suéltame, Gravey!", grité. "¡Malditos amarillos! ¡Esta puñetera ciudad es suya, joder! ¡Esta puñetera guerra es suya! ¡Y lo único que hacen esos gilipollas es robarnos la comida!"

El teniente Casey llegó corriendo: "¿Qué ocurre?", inquirió.

"Nos estaban robando material, señor. Les grité que se detuvieran, pero echaron a correr."

"Pero así sin más no puedes..."

"Al diablo con eso, señor He estado luchando por ellos en esta asquerosa guerra durante doce meses y medio. Ellos no pueden luchar para nada; ni siquiera lo intentan. Y ahora nos roban el material mientras nosotros estamos arruinándonos aquí. Que se jodan, señor. No tengo por qué tragarlo."

"Ellos *intentaban* robar provisiones, señor", añadió el sargento Seagrave.

Se acercó un comandante del Ejército. "¿Quién mató a esos survietnamitas?", quería saber.

"No lo sé", dijo el teniente. "Debe de haber sido un francotirador."

★ ★ ★

A primera hora de la tarde siguiente los seis exploradores que quedábamos estábamos escondidos en un puesto abandonado de la policía nacional, tratando de desalojar a unos norvietnamitas de un edificio del otro lado de la calle. Durante una tregua, apareció un jeep por la carretera a toda velocidad.

"Vamos, Ehrhart", me llamó el teniente Casey desde el jeep. "Ha llegado tu licencia."

No me molesté en disparar otro tiro más. Me despojé de la mitad del equipo y se lo di a los otros exploradores Luego permanecí un momento mirando a Seagrave, Walters, Mogerty, Morgan y Hofstatter Trataba de pensar en algo que decir.

ABAJO: *Ondeando al viento. La bandera norteamericana no debía ser izada en solitario en Vietnam del Sur, pero, igual que en Khe Sanh, los infantes de Marina consideraban que se habían ganado ese derecho con su sangre.*

ARRIBA: *"Era rebelde, orgulloso y valiente, pero los yanquies lo llevaron a la tumba."* DERECHA: *Campanadas de libertad. Casa de la Independencia, Pensilvania.*

"¡Vamos, Ehrhart!", gritó el teniente. "El helicóptero está ya en la zona de aterrizaje. ¿Quieres volver a casa o no?"

"Dale recuerdos al Mundo de mi parte", dijo el sargento Seagrave.

"Sí", dije. "Hasta luego, muchachos. Buena suerte", salté al jeep junto al teniente y partimos. Cuando me volvía a mirar, los exploradores estaban doblados sobre los fusiles, cubriéndonos con su fuego. Volvimos ruidosamente por la carretera y cuando estábamos próximos a la zona de terrizaje vi un helicóptero posado moviendo las aspas.

"Es el tuyo", dijo el teniente Casey. "Corre, monta en él." Salté a bordo del helicóptero y pocos segundos después despegamos. A medida que ganábamos altura la guerra se iba desprendiendo en la distancia, como escamas de piel seca.

Phu Bai estaba casi desierto. Casi todo el mundo estaba en Hué, o muerto o evacuado. Hasta los cocineros, panaderos y empleados de la reserva motorizada, de Administración y Suministros y de otras unidades de apoyo, habían sido mandados a luchar.

"Todo infante de Marina es por encima de todo un fusilero", dijo el oficial administrativo cuando comentó el aspecto de ciudad fantasma que tenía el recinto. Me tendió mi nuevo destino: el Puesto Aéreo de la Infantería de Marina de Cherry Point, Carolina del Norte.

"¿Cuándo puedo partir, señor?", le pregunté.

"Dentro de uno o dos días. Tiene que someterse a una revisión física... recibir las pagas devengadas... No se tardará mucho. Ah, tengo buenas noticias para usted, sargento."

"¿Sargento?"

"Exacto. Se lo ha ganado Felicidades. Creo entender que está al caer un Corazón Púrpura además."

"Parece una recompensa estúpida, señor. Lo único que hay que hacer es dejarse pegar un tiro. Una especie de premio de consolación."

"Se lo ha ganado Mire, tenemos aquí a su sustituto: el soldado de primera Jacobs. Dentro de uno o dos días le enviaremos a Hué. Mire a ver si puede enseñarle algo antes de partir."

El nuevo estaba sentado en su catre cuando entré en el barracón "¿Tú eres Jacobs?", pregunté.

"Sí", respondió. Me miraba con una expresión de tenso cansancio. "Acabas de llegar de Hué, ¿no?" Asentí "Está bien mal aquello, ¿no?"

"Sí, está bien mal", dije, "pero no tan mal como hace un par de semanas. Van controlando la situación. Cuando llegues allá, encontrarás a un tipo llamado sargento Seagrave. Es el jefe de los exploradores. Pégate a él y te evitarás muchos problemas. Estarás bien "

"También he oído que los norvietnamitas son muy buenos."

"Jodidamente buenos, hay que reconocerlo; son duros como robles y tienen cojones. No son esos estúpidos «amarillos» del montón."

"No me gusta esa palabra", dijo Jacobs sin gran confianza.

"¿Qué palabra?"

"«Amarillos». Es terrible."

Di un bufido. Súbitamente deseé darle un puñetazo Deseé estirar las manos y ponérselas alrededor de la garganta. "Sí, pude que sí", dije.

"Se supone que estamos ayudando a esa gente", dijo

Lo dejé estar.

"La verdad es que no me importa estar aquí". dijo Jacobs "Podía haber esperado a que me llamaran a filas; podía haber ido a la universidad, ¿sabes? Pero tengo un deber e intento cumplirlo. Ya sabes de qué va, no tengo que explicártelo a *ti*. No entiendo para nada a esos que huyen del alistamiento ni a los hippies. No sé cómo pueden vivir en paz consigo mismos. Supongo que será porque no se afeitan .. nunca se miran al espejo. Si tu país están metido en ello, tu deber es respaldar a tu país, durante un período. Si quieres libertad y todo eso, tienes que estar dispuesto a sacrificarte por ello. Esos gilipollas no saben la suerte que tienen de ser americanos..."

"¿Quieres un consejo?", le interrumpí. "Hazte un gran favor. Mantén durante una temporada la boca cerrada y los ojos abiertos, ¿de acuerdo?"

Capítulo 7

PERKASIE

CAPÍTULO 7 PERKASIE

Casi no me daba tiempo de ver los pesados cables de acero que sostenían el puente de Oakland Bay, mientras el taxi lo cruzaba.

"¿Acaba de regresar del Nam?", me preguntó el taxista.

"Sí, señor."

"Supongo que estará contento de volver, ¿eh?"

"Y que lo diga."

"Bien duro es aquello, ¿no?"

"Bastante malo Le aseguro que no lo echaré de menos."

"Yo estuve en la Segunda Guerra Mundial", continuó el taxista. "La grande. Vietnam y Corea no son guerras, en realidad. ¿Sabe una cosa? El Congreso no ha declarado nunca la guerra. Acciones de control, lo llaman."

"¿Está de broma? Me toma por tonto."

"Nosotros no hicimos eso de un-año-y-a-casa como vosotros hoy en día. Entonces se iba y había que estar hasta que la guerra acababa. Eso es lo que tenían que hacer con eso de Vietnam. Haceros luchar más duro, ¿no es así?"

> "Bueno, qué demonios, no son más que un puñado de «amarillos» armados con palillos. Es culpa de los malditos políticos, ¿no es verdad?"

"Trece meses", le corregí, "los infantes de Marina estamos trece meses. Yo no he hecho las reglas, simplemente hice lo que me mandaron."

"Claro, muchacho, claro. No me entiendas mal Has cumplido con tu deber, ya me doy cuenta. Pero es que no comprendo cómo no ha acabado ya todo eso. Bueno, qué demonios, no son más que un puñado de «amarillos» armados con palillos. Es culpa de los malditos políticos, ¿no es verdad? No os dejan acabar con ellos, un puñado de cabrones. Al menos tú has cumplido con tu deber, no sé *dónde* estaríamos sin tipos como tú."

Pensé en los tipos como yo; en el chico de seis años de la granada, en el hombre de las manos atadas a la espalda y el agujero, pequeño y limpio, en la nuca, en la mujer del pozo del mortero en Hué. Pensé en mis padres. ¿Qué podría decirles? Guardamos silencio el resto del trayecto hasta el aeropuerto.

Compré un billete de ida a Filadelfia y facturé el pesado petate. "¿Quiere facturar eso, señor?", preguntó una empleada de la TWA, indicando insegura el fusil capturado que llevaba colgado del hombro.

"No, gracias. Si no tiene inconveniente lo llevaré yo mismo. Tengo el permiso. No se puede disparar, porque le he quitado el cerrojo " Le mostré el hueco donde debería estar el cerrojo.

La mujer miró el fusil y luego cogió los papeles que le enseñaba y los estudió cuidadosamente. "De acuerdo", dijo dubitativa "Su vuelo sale a las 11:43; acceso D. Buen viaje."

Eran las 8.45. Tenía tres horas por delante. Había llegado a la base de las Fuerzas Aéreas de Travis antes del amanecer, en un vuelo para militares desde Vietnam, vía Okinawa. Tras dos horas de espera, conseguí por fin el permiso y la orden de viaje: un permiso de 25 días y luego presentarme en el Puesto Aéreo de la Infantería de Marina en Cherry Point.

Estaba sentado en medio del aeropuerto de San Francisco, que bullía de gente presurosa. Hombres con ropa de negocios y portafolios; mujeres con falda y chaqueta a juego, y muchas de las faldas cortas, como las que llevaba Dorrit, y ahora el aeropuerto estaba lleno de ellas. Se me caía la baba de placer.

Había también cierto número de gente de más o menos mi edad, vestidos con tejanos desteñidos, camisas de algodón artesanas y prendas del uniforme de campaña con galones en las mangas. Cerca de mí había una pareja sentada en el suelo contra la pared, con las mochilas y los sacos de dormir colocados a su alrededor como una fortaleza. Ambos tenían el pelo muy largo, ceñido por una cinta de colores vivos para dejar la cara destapada. y collares de cuentas colgados al cuello. El llevaba barba y sostenía una guitarra cruzada sobre las rodillas. Cuando ella se movió, sus pechos se balancearon agradablemente bajo la blusa suelta y los pezones se marcaron en la tela de color azul desvaído: era evidente que no llevaba sujetador. Ya había leído cosas sobre el amor libre.

Así que éstos son los hippies, pensé. No recordaba haber visto a ninguno antes de irme a Vietnam. Me pregunté si ahora habría hippies en Perkasie. Había leído cosas de ellos y de su movimiento de protesta en casi todos los números de *Star 'n' Stripes* y de *Time*. "Los hippies toman LSD en la concentración de Haighy-Ashbury"; "Violentos enfrentamientos de Black Panthers y la policía en Berkeley"; "23 tarjetas de alistamiento quemadas en una manifestación en Yale"; "Banderas vietcong ondean en Times Square"; "100.000 manifestantes desfilan ante el Pentágono"; "Actriz visita Hanoi."

"¿Qué coño sabrán *estos* tipos?", pensaba, dirigiéndome mentalmente a los hippies en particular y a todo el mundo en general. "¿Qué derecho tienen?"

Inmediatamente, me vino a la cabeza la otra cara de la cuestión. ¿Qué derecho tenía *yo*? ¿Qué había hecho *yo* en los pasados 13 meses de lo que pudiera estar orgulloso?

> "Se podía ver cómo le desaparecía el color del rostro. Parecía estar a punto de gritar."

Miré el reloj: las nueve. "Deberías llamar a papá y mamá", pensé. Había aplazado el escribirles para comunicarles mi regreso hasta que fue demasiado tarde para escribir. Siempre que había pensado en ello, me había dado miedo Me veía de pie ante la vieja al borde del arroyo; veía al viejo con las manos atadas a la espalda desplomarse sin vida; cogía la pluma entre los dedos, pero mi mano no se movía por el papel.

Y ahora estaba a sólo unas horas de casa y ellos no lo sabían aún. "Será mejor que los llames", pensaba, pero no me movía. Traté de encender un cigarrillo. pero no era capaz de sostener la cerilla entre los dedos "Es ridículo", pensé. "Se acabó; olvídalo. ¿Qué hay de una cocacola?"

Me vino a la cabeza la imagen que había acariciado durante meses: estar en un bar con una preciosa chica americana tomándose una cocacola. Mil veces había repetido la escena durante los días interminables y las solitarias noches.

Y entonces la vi· la encantadora rubia con una minifalda verde pálido y una blusa de manga larga blanca y fruncida. Venía directamente hacia mí; había algo en su cara, en la mágica sonrisa de su boca, que hizo el sueño repentinamente posible.

"Disculpe, señorita", dije atropelladamente, poniéndome en pie de un salto delante de ella, "le resultará extraño, pero me gustaría poder invitarla a una cocacola. Ya sé que es un poco temprano, pero he estado mucho tiempo fuera y..."

La chica se quedó blanca. Se podía ver cómo le desaparecía el color del rostro. Parecía estar a punto de gritar.

"Espere, por favor, no lo entiende. No prentendo nada malo, de verdad. Acabo de regresar de Vietnam y me gustaría celebrarlo un poco con alguien, ¿sabe? O sea, nada más tomar un refresco y charlar un rato. Coca-Cola, ya me entiende· ¡es tan *americana*! Es como si significara que he regresado, ¿sabe?, que estoy por fin en casa."

La chica retrocedió unos pasos y comenzó a girar la cabeza nerviosamente a cada lado, como si buscara una señal de salida

"Me alegro de que haya vuelto", tartamudeó la muchacha. "Pero, mire, tengo que..."

"Claro; sólo uno o dos minutos, es todo lo que le pido, ¿de acuerdo?" Estiré la mano para cogerle del brazo.

"¡No!", dijo casi gritando. "*¡Por favor!* Lo siento, ¡déjeme en paz!"

Repentinamente me encontré solo allí parado, con las venas martillándome las sienes. Notaba en la frente las cuentas de sudor que asomaban siguiendo la línea del pelo. La gente que estaba sentada cerca de mí me miraba fijamente. Volví a sentarme intentando sonreír al hacerlo.

"Maldita zorra", murmuré. "No podía espera ni tan solo un asqueroso año. Yo jugándome la vida y ella dando vueltas en avionetas privadas y yendo a fiestas." Mis pensamientos me sobresaltaron; me di cuenta de que llevaba un tiempo pensando en Jenny y no en la mujer de la falda verde.

"No sé, para ella tenía que ser duro No tiene más que 18 años y todas sus amigas acostándose, echándose novio y acostándose con él... Pero en cuanto me vea.. *a mí* Ya he vuelto de verdad... con tal que pueda hablar con ella, tocarla... Cierra la boca; no pienses en eso, no lo pienses."

Me fijé en un joven flaco y con barba, vestido con tejanos y una chaqueta de dril con bordados. Llevaba una cinta en el pelo y portaba una bolsa de colores vivos colgada del hombro. Levanté la mirada hacia él; parecía venir derecho a mí. "Oh, no", pensé, "no, por favor Vete, déjame en paz "

ARRIBA: *"Fui a la manifestación a gritar la parte de insultos que me correspondía." Un manifestante contra la guerra lleva un sencillo mensaje en una manifestación en Central Park, Nueva York.*

"Paz, hermano", me dijo, con una sonrisa ancha. Tenía la cara llena de pecas. "¿Cómo va eso?"

"Mira, no quiero problemas. No estoy más que esperando un avión, pero si vienes buscando problemas, los vas a encontrar."

"Eh, tranquilo, amigo", dijo, separando suavemente las manos de los costados, con las palmas hacia mí. "Te he visto con el fusil. Soy un apasionado de las armas y me estaba preguntando cuál sería."

"Ah, un MAs-36 francés. Es muy antiguo, no está en muy buenas condiciones. No sé por qué lo cogí."

"Quizá pudieras limpiarlo; darle un baño de algo. Mi abuelo tenía toda una pared de armas antiguas, por eso sé algo de ellas." Se sentó junto a mí y me ofreció la mano. "Me llamo Rex. ¿Y tú?"

"Bill", dije, dándole la mano recelosamente.

"Acabas de volver de Vietnam, supongo. Me alegro de que hayas vuelto bien. ¡Y supongo que tú también! ¿Cuánto tiempo has estado allá?"

"Trece meses."

"¿Te alistaron?"

Dejé escapar un gruñido desdeñoso: "No, no; me alisté. Nada más acabar el instituto. Fui voluntario con 17 años "

"Eso es fuerte, Bill."

Una risa breve y furiosa se me escapó de la garganta antes de que yo mismo me diera cuenta. "Ya lo creo, Rex", le dije. Nos sonreímos los dos como si compartiéramos un secreto, aunque yo no estaba seguro de cuál era

"¿Por qué no te pierdes por ahí, mariquita?"

Los dos levantamos la vista y vimos justo delante de nosotros a dos hombres de mediana edad con traje de ejecutivo. Ambos

CAPÍTULO 7 PERKASIE

miraban a Rex, como si yo no estuviera allí. "Lárgate, mariquita", dijo el hombre de la izquierda, que tenía aspecto de jugador profesional de rugby retirado. "¿Qué haces molestando a la gente decente? ¿Pretendes que se reboce en tu misma mierda?"

"No está molestándome", dije, mientras Rex se levantaba.

"Déjalo", dijo Rex, dirigiéndose a mí, "de todas formas, tengo que coger el avión. Ha sido agradable conversar contigo, Bill, me alegro de veras de que lo hayas hecho. Andate con ojo ahora, ¿eh? Uno nunca sabe dónde se mete."

"Y tú", grité. El defensa de rugby dio un paso amenazador en dirección a Rex.

"Haya paz, amigo, haya paz", rió Rex, levantando ambas manos haciendo el signo de la «V». "Te va a salir una úlcera." Se dio la vuelta y se fue a saltitos, hasta desaparecer entre la multitud.

"Tenían que encerrar a todos esos cabrones", dijo el defensa "Me da asco verles en el mismo planeta que a vosotros." Se volvió al fin y me miró: "¿Te da tiempo de echar un trago, sargento?"

"Sí, señor", dije despacio. "Tengo tiempo."

"No tienes que llamarme señor", dijo el defensa, mientras los tres nos dirigíamos al bar más cercano. "No soy más que un antiguo alistado, como tú Cabo, de Infantería de Marina; serví en el Pacífico. Ya sabes lo que se dice: Quien ha sido infante de Marina, es siempre infante de Marina."

Había oído la frase con demasiada frecuencia; me pregunté vagamente si sería verdad. Los dos pidieron whisky con hielo.

ABAJO: *"Llamada para el guerrero cuya fuerza no está en luchar..." La guerra llega a las calles de América y los jóvenes aprenden a decir. "Me enfrenté a la ley, y la ley venció."*

A mí el whisky no me gustaba, lo bebía porque era lo único que el sargento Krebs llevaba en la cantimplora. "Whisky con hielo", le dije a la camarera.

"Lo siento", dijo, "pero tengo que preguntarlo. ¿tiene veintiún años?"

"Por supuesto", dijo el defensa "¿No le ve los galones en el brazo?"

"¿Me permite su tarjeta de identificación, por favor?"

"Ya es bastante mayor para beber, encanto", dijo el defensa, sacando un billete de 5 dólares de la cartera y aplastándolo contra la mano de la camarera. "Sé buena chica y tráenos la bebida. Y tú, ¿cuántos años tienes?", me preguntó cuando la camarera ya no podía oírnos.

"Diecinueve . y medio."

"Tiene delito: tienes edad para luchar y luego pretenden decirte que no la tienes para beber", bufó el defensa. "Me llamo Barton. Este es Davis. Acabas de volver del Nam, ¿no es así?"

"Sí, señor... eh, sí. Llegué esta misma mañana."

"Bueno, a tu salud", dijo Barton, levantando el vaso. "¿Te trajiste esa arma?"

"Sí."

"¿Te cargaste al cabrón que la llevaba?"

"Estaba oscuro; no sé quién le dio, si Calloway o yo." Iba a explicárselo y luego decidí no hacerlo. Me encogí de hombros.

"Ya te entiendo", dijo Davis, hablando por primera vez. "Allá en Iwo Jima, había momentos tan violentos que no se podía guardar la cuenta. Los japoneses solían atacar en oleadas, en cargas suicidas; gritando a pleno pulmón. Lo único que hacíamos era tumbarnos y segarlos. A ellos no les importaba la muerte; morían por el emperador y se doblaban sonriendo. Los vietnamitas son iguales, ¿no? No aprecian la vida, los orientales: una boca menos que alimentar "

CAMERA PRESS

Traté de recordar. Era cierto, yo había pensado que era cierto, ¿no?, que los asiáticos no eran como nosotros Aun después de haber llegado a Vietnam· el extraño cloqueo de sus lenguas, los rostros inexpresivos.

Pero un día, estando de patrulla cerca de Hoi An, nos encontramos con un desfile funerario: dos hombres llevando un pequeño féretro con adornos labrados, evidentemente de un niño pequeño; una docena de campesinos tras ellos, algunos llorando, dos mujeres gimiendo como si se les desgarraran las entrañas. Su aflicción parecía muy real.

"No sé", dije. "Realmente no lo sé." Deseaba estar en el avión; deseaba estar de vuelta en Perkasie, en mi cuarto, en mi cama. Miré mi reloj: las 10:20.

"Los dos hombres me miraron incrédulos. Los de las mesas cercanas se giraron a ver qué era aquel alboroto."

"Les lavan el cerebro", dijo Davis. "Los rojos siempre les lavan el cerebro a sus soldados. Les drogan y les hacen sanguinarios He oído que los vietcongs entran en los pueblos y liquidan a todo el mundo... a todos, excepto a los hombres en edad de combatir. Apresan a los hombres y les obligan a unirse a la guerrilla ¿No es cierto?"

"Nunca he visto nada de eso", dije "Solía leer cosas así antes de alistarme, pero no he visto nada de eso mientras he estado allí."

"Ya, pero ocurre, créeme. Ocurre constantemente."

"¡Vosotros los americanos sois peores que el Vietcong!", me había dicho el sargento Trinh. "¡Coged vuestra ignorancia y largaos a casa!"

"¿Qué diablos sabes de eso?", estallé, levantándome a medias. "No tienes ni la más remota idea de lo que está pasando allí. ¡Ninguno de vosotros la tenéis! ¡Ellos no tienen que retorcer brazos para reclutar gente... nosotros les hacemos el trabajo!"

Los dos hombres me miraron incrédulos Los de las mesas cercanas se giraron a ver qué era aquel alboroto.

"Eh, sargento, no te sulfures", dijo Barton "Estamos de *tu* parte, recuerda. No hay razón para enfurecerse. Vamos, siéntate y toma otra copa Sabemos lo que has pasado."

"Decid lo que queráis", bufé "Tengo que coger un avión." Recogí el macuto y me volví para irme.

"Eh, el fusil", dijo Davis. No me detuve. Según me alejaba, les oí hablar.

"¿Qué le ha pasado? ¿Qué he dicho yo?"

"Dios mío, ese chico tiene un problema."

★ ★ ★

Al salir del aeropuerto de Filadelfia, vi enfrente el abollado DeSoto de Larry Carroll. Salté dentro, echando el petate en el asiento de atrás. Nos chocamos las manos.

Larry partió, conduciendo entre el tráfico del anochecer. "Me alegro de verte, gracias por venir", dije.

"¿Para qué somos amigos? También a mí me alegra verte, Bill."

Avanzamos un buen rato en silencio.

"Vaya melenudo estás hecho", dije al fin. "¿Y los collares?"

"Es lo que se lleva ahora", dijo Larry.

"Alguien debería decírselo al comandante en jefe de la Infantería de Marina", dije, pasándome la mano por mi corto pelo de erizo. "Todavía no se ha enterado. ¿Qué tal en Penn State?"

"Muy bien, pero hay mucho que hacer Nunca encuentro tiempo para los libros. ¡Demasiadas fiestas!"

"Todo el mundo en la universidad menos yo", dije

Larry tomó Fairhill Road. Un camino familiar. El coche se deslizaba por las oscuras carreteras de doble sentido, serpenteando hacia el valle de Perkasie.

"Nunca pensé que me haría tan feliz ver Perkasie", dije.

"Todavía es Hicksville", replicó Larry riendo.

"Me da igual. Creo que voy a disfrutar un poco de Hicksville, para variar. Cuesta creer que no pudiera esperar a salir de aquí. Y no hace aún dos años."

Larry volvió a reír. "Cuesta creer que estés tan contento de volver a este poblacho."

"Tú no sabes, Larry. No sabes, tío."

"Supongo que no", dijo Larry. "Ni creo que quiera descubrir. ." Se interrumpió a media frase.

"¿Qué?"

"Nada."

Pasamos delante de la Escuela Elemental de Third Street. "¡Ah, qué tiempos aquellos!", dije, indicando la escuela con la cabeza.

"Ah, sí, estupendos. Siempre me *encantaron* los ejercicios de ataque nuclear", dijo Larry. "No me cabía en la cabeza que no eran más que simulacros y siempre que hacíamos uno, me pasaba un mes sin poder dormir. Vaya pesadillas. Una bonita carga para echársela a un niño de diez años "

Pensé en el chico del mercado de Hoi An y en la carga que yo le había echado encima. "Tenía una granada", pensé. "¿Qué diablos iba a hacer?"

"¿Dónde está el alcalde? ¿Dónde están las majorettes? ¿Dónde está mi Cadillac blanco descapotable?"

Nos cruzamos sólo con dos o tres coches al atravesar la ciudad; la ciudad entera estaba ya a punto de acostarse, a pesar de que no eran más que las 9·30.

"¿Dónde está el alcalde?", dije. "¿Dónde están las *majorettes*? ¿Dónde está mi Cadillac blanco descapotable? Pensaba que te habrías encargado de todo, Larry. Me siento como un expresidiario regresando clandestinamente en medio de la noche."

"Son más de las seis, muchacho", dijo Larry, sin expresión alguna. "Vuelva al Memorial Day. Podrá participar en el desfile."

"Hogar, dulce hogar", dijo Larry.

★ ★ ★

"De modo que aquí estoy", dije.

Mi madre, mi padre, mi hermano menor y yo, estábamos sentados en el cuarto de estar. Mi repentina aparición en la puerta les había dado un susto. Mamá gritó y estuvo a punto de desmayarse. Yo había abrazado a mi padre por primera vez desde que era un muchachito. Tom, ahora con trece años, había crecido varios centímetros.

"¿Por qué no nos dijiste que venías?", preguntó mi madre. "Dijiste que no estarías de regreso hasta mediados de mes."

STOP
KILLING
BABYS

"Bueno", dije. "Imaginaba que las últimas semanas serían las más duras para vosotros, de modo que decidí dejaros creer que aún no habían llegado esas últimas semanas."

"¿Qué son esas condecoraciones?", preguntó Tom, tocándome la pechera con los ojos muy abiertos

"Nada. Esta es de la Ciudad Soiux, Iowa, Condecoración por la Ocupación", dije señalando la Medalla de la Defensa Nacional "Esta otra es la Condecoración por Visita a Vietnam; esta otra la de Gracias-Por-Visitar-Vietnam, y esta el Premio de Consolación."

"Es un Corazón Púrpura, ¿no?", preguntó Tom excitado.

"Es lo que te he dicho: el Premio de Consolación. Lo único que hay que hacer es estar en el lugar que no debes en el momento inoportuno." No podía dejar de sentir el bienestar que me daba la admiración de mi hermano. Me sentía confundido "No es gran cosda, Tom, no soy un héroe." No quería decir eso.

"Me preguntaba si sería capaz de contarles lo que había ocurrido en Vietnam. Ni yo mismo estaba seguro de qué había ocurrido."

"¿Te hirieron?", dijo mi madre, sofocando un grito. "¡Bill! ¿Por qué no nos lo dijiste?"

"¿Para qué? Os habríais preocupado. Imaginé que ya teníais bastante." Llevé la mano al calcetín y saqué un paquete de cigarrillos. "¿Te importa que fume?", pregunté

"Bueno, está bien", dijo mi madre, "pero sabes que no me gusta."

"Lo sé, mamá", dije, encendiendo uno. "Mamá, aquella carta que me enviaste..." Me eché a reír. "La de coger el cáncer en veinte años. Te habría dado un ataque al corazón si ves donde estaba cuando la recibí. ¡Veinte años!"

Mi madre se puso roja, presa de risas y lágrimas. Paseé la vista por el cuarto. Había una fotografía mía en uniforme de gala azul sobre el televisor y un mapa de Vietnam colgado de la pared.

"Bueno, es estupendo tenerte en casa. hijo", dijo mi padre. "Estamos orgullosos te di."

Hice una mueca involuntaria, esperando inmediatamente que no se hubiera dado cuenta. Me preguntaba si sería capaz de contarles lo que había ocurrido en Vietnam. Ni yo mismo estaba seguro de qué había ocurrido. Decidí que no era el momento de intentar explicarlo y lo dejé estar.

"¿Podrás dejarme el coche un rato?", le pregunté. "Pensaba ir a Trenton."

"¿Esta noche? ¿A ver a Jenny?"

"Sólo poder hablar con ella, mamá", dije, levantando los hombros sin acabar el gesto de encogerlos. "¿Sabes?, una vez que ella vea que estoy de vuelta..."

"Te llevará una hora llegar", dijo papá. "Será medianoche y ni siquiera podrás entrar en la residencia."

"Me dejarán entrar; yo se lo explicaré Iré de uniforme."

IZQUIERDA: *"... llamada para los refugiados en el desvalido camino de la huida..." My Lai, napalm, Agente Naranja... una letanía de horrores, facetas de la guerra moderna.*

"Al menos, llama primero", dijo mi padre. "Estará dormida cuando llegues."

Fui al teléfono del comedor, pero luego decidí coger el de arriba. La operadora me dio el número de la escuela de enfermeras y al final logré dar con el dormitorio apropiado.

"¿Jenny?"

"Sí."

"Soy yo, Bill. He vuelto, estoy en Perkasie."

"Es estupendo, Bill." Hubo una pausa. "¿Cómo estás?"

"Bien. Maravillosamente Me . hirieron el mes pasado, pero no fue nada grave." Otra pausa. "Oye, ¿puedo ir a verte?"

"Es tardísimo, Bill; la residencia está cerrada. No permiten visitas después de las 10:00 "

"Ah, bueno, ¿qué te parece mañana? Puedo acercarme en coche a primera hora de la mañana."

"Tengo clase todo el día, Bill..."

"Bueno, entonces mañana por la noche Te llevaré a cenar, a algún sitio que te guste..."

"Lo siento, Bill, pero tengo un examen muy gordo el jueves y tengo que estudiar. No puedo..."

"Bueno, entonces, ¿cuándo?" Otra pausa. "¿Ni siquiera quieres *verme*?" Otra pausa larga. "¿Jenny?"

"Bill, no creo que sea buena idea vernos ahora."

"¿Ni siquiera quieres que hable contigo? ¡Jenny, soy yo, Bill! Ibas a *casarte* conmigo. ¿Eso no significa nada?"

"Lo siento; no quiero herirte. *Intenté* explicártelo. No tiene nada que ver contigo, tienes que tratar de comprenderlo, no es fácil..."

"¡Lo comprendo, de acuerdo. . lo comprendo! ¡Tú me camelas y luego, cuando las cosas se ponen mal, me dejas tirado! ¡Yo estoy allá jugándome el tipo cada día y tú aquí abriendo las piernas al primer desertor que se te presenta! ¡Maldita puta! Te crees que puedes..." Se interrumpió la comunicación. "¿Jenny? ¡Jenny!, lo siento, no quería. ." Aparté el auricular de la oreja y lo sostuve con el brazo estirado. "No comprendes", dije en voz baja. "¡A la mierda!", colgué el receptor con tal violencia que el aparato se rajó.

"Es francamente bárbaro. Puedo ir a la guerra a luchar por ellos, pero no puedo comprarme un coche con el dinero que gané luchando."

No volví a bajar; no podía. Fui a mi cuarto, me quité el uniforme y lo colgué cuidadosamente detrás de la puerta. Apagué la luz y me estiré en la cama boca arriba, con las manos detrás de la cabeza. Cada quince minutos daba las campanadas el reloj del cuarto de estar. Cada quince minutos, hasta bien entrada la noche.

★ ★ ★

"¿Estás seguro de que quieres comprarte un coche?", me preguntó mi madre al día siguiente.

"Tengo dinero suficiente, mamá", dije. "Más de 2 000 dólares... y me tienen que pagar como soldado Es lo único que he sacado de Vietnam; al menos debería poder gastar el dinero en algo que merezca la pena tené."

"Algo que merezca la pena *tener*", corrigió mi madre.

"Tendré que acompañarte", dijo mi padre. "No creo que

R. HUNT LIBRARY

ARRIBA: *"... y para todos y cada uno de los soldados desamparados en medio de la noche..." Con "Charlie" en Central Park, a los soldados debía de parecerles que se trataba de ellos contra el ancho mundo.*

puedas comprarte un coche en Pensilvania hasta que tengas ventiún años. Creo que tendrá que figurar a mi nombre."

"Es francamente bárbaro. Puedo ir a la guerra a luchar por ellos, pero no puedo comprarme un coche con el dinero que gané luchando. Ni puedo votar, ni puedo beber."

"De todas maneras, no deberías beber", dijo mi madre.

A media tarde era el orgulloso propietario de un Volkswagen escarabajo... en realidad, era el propietario, excepto de nombre. Lo único que necesitaba era el seguro, de manera que fui a la oficina de Seguros de McGilvery, situada a dos manzanas de casa.

"¡Hola Bill!", dijo la señora McGilvery al verme entrar. "Me alegro de verte otra vez. ¿Qué puedo hacer por ti?"

"Acabo de comprar un coche y quería sacar el seguro."

"Creo que me puedo encargar de ello. Tráeme la póliza de tus padres."

"No, quiero mi propia póliza. El coche es mío."

"Pero aún no tienes 21 años, ¿no?"

"No, pero..."

"Entonces, el coche está a nombre de tu padre, ¿no?"

"Sí, pero..."

"En ese caso, el coche tendrá que figurar en la póliza de tus padres. Es muy sencillo, lo meteremos como el tercer coche de la familia."

"Francamente, no creo que tenga que seguir dependiendo de mis padre."

"Bueno, es la ley de este Estado..."

"No me importa la ley. Sólo quiero tener póliza propia."

"Lo siento, Bill, pero nosotros tenemos que..."

"¿Sabe de dónde acabo de llegar, señora McGilvery?"

"Ya comprendo..."

"No, no lo comprende ¡Nadie obligó a mis padres a llevarme de la mano a Vietnam!"

"No te excites, por favor. Yo no puedo hacer nada, eres menor de edad."

"¿Menor de edad?", dije. "¡No era menor de edad cuando me pidieron que luchara por ustedes en su asquerosa guerra, mientras ustedes se quedaban aquí sentados enriqueciéndose a costa de gilipollas como yo! ¡Soy sargento de la Infantería de Marina, señora McGilvery! ¡Soy un soldado veterano!"

"¿Qué crees que vas a conseguir hablándome de ese modo?", dijo la señora McGilvery con tono cortante. "¿Qué se te ha metido? . "

"Voy a decirle lo que creo que estoy haciendo", dije, dando un puñetazo en el mostrador que había entre nosotros y levantando la voz: "¡No he pasado por toda esa mierda para encontrarme ahora con esta otra! ¡No puedo comprar un coche! ¡No puedo comprar una cerveza . !"

"Bill Ehrhart, cálmate..."

"...¡No puedo ir al lavabo sin mi mamá! ¿Qué es esto? ¡No tengo derecho a esa póliza de seguros! ¡Me la he ganado!"

De pronto, la señora McGilvery rompió a llorar. "¡No tienes *derecho* a entrar aquí y comportarte así!", exclamó. "Tus padres te educaron mejor..."

"¡Tengo derecho a algo mejor que esto! ¡Tengo *derecho*! Déme ese seguro..."

"¡Sal de aquí *ahora mismo*!", gimió la señora McGilvery "¡Sal de aquí ahora mismo o llamo a la *policía*!"

"¿Llamar a la policía? ¡Llame a la policía! ¡Llame a la puñetera Guardia Nacional, joder! Me importa un pijo..."

"*¡Sal de aquí!*", gritó la señora McGilvery. Estaba llorando histéricamente. "*¡Sal de aquí! ¡Fuera!*", se lanzó al teléfono y comenzó a marcar.

"*¡Está bien!* ¡Me voy! Pero no olvidaré esto." Pegué un gran portazo al salir

★ ★ ★

A las 3 de la madrugada, el bar R & S estaba casi desierto y muy tranquilo. A primera hora de la noche, Larry y yo le habíamos cogido unas cervezas a su hermano mayor y habíamos pasado toda la noche conduciendo. Larry me había dejado llevar su coche, puesto que yo no podía llevar el mío; resultaba increíble sentarse tras el volante, girar la llave y echar a andar, sin tener que pedir permiso ni esperar órdenes Al final, acabamos en el R & S.

"Aún no me puedo creer todo el lío de hoy con mi coche", dije. "El señor McGilvery llamó a mi padre, y le echó un buen discurso. Le canceló la póliza y todo. ¿Sabes lo que dijo ese tonto del culo? ¡ Dijo que no querían asegurar a nadie con un *maníaco* en la familia! ¡El Mundo! ¡Bien venido a El Mundo! Debería quemarle el despacho a ese cabrón."

"¿Sabes lo de Kenny, ¿verdad?", preguntó Larry

"Nunca antes me había tomado anfetas. Aparte de la poca marihuana que había fumado en Con Thien, nunca había tomado ningún tipo de drogas ilegales; eso era cosa de hippies y drogatas."

"Sí. Mi madre me escribió cuando ocurrió. Fue algo muy extraño, tío. Él acababa de escribir a mis padres pidiéndoles mi dirección, ¿sabes? Mi madre me dijo que cuando recibieron su carta, le enviaron mi dirección y una caja de dulces Una semana después de que yo recibiera la carta de mi madre, recibí otra de Kenny. Leer aquella carta... sabiendo que ya estaba muerto."

"¿Estuvisteis cerca?"

"No Yo estaba hacia el norte y él en la parte central, en la zona de montaña. ¡Qué desgracia! La señora Wommack llamó a mi madre, para pedirle que se asegurase de que yo pasaría a verla a mi regreso. Debería hacerlo... siempre ha sido muy buena conmigo... pero no creo que me atreva. Ella va a estar mirándome, preguntándome por qué, aunque no lo diga. "¿Por qué mi hijo en vez de tú?" ¿Qué voy decirle? ¿Que murió por la patria? No creo que sea capaz. Quizá dentro de un tiempo."

"¡Eh, se supone que esto es una fiesta!", dijo Larry. "Vamos a levantar el campo ¿A dónde, ahora?"

"A casa, a la cama. Casi no he dormido en dos días y medio. Me estoy yendo en humo."

"Tonterías, amigo mío. La noche es joven. Vamos a ver a Keff Alison."

"Está en Washington, coño", gruñí. Los mayores del Instituto Pennridge estaban en la capital en su excursión anual.

"¿Y qué?", dijo Larry "¿Para qué crees que es ese cacharro?" Disparó el dedo hacia el abollado DeSoto, que esperaba afuera "Podemos llegar a desayunar."

"Estoy *cansado*, Larry."

"Vamos, tómate esto", dijo, alargándome dos pastillas blancas. Se metió otras dos en la boca. "Hacen que te sientas nuevo."

"¿Anfetas?"

"No tan alto, muchacho. Vamos, tómatelas."

Nunca antes había tomado anfetas. Aparte de la poca marihuana que había fumado en Con Thien, nunca había tomado ningún tipo de drogas ilegales; eso era cosa de hippies y drogatas. Me encogí de hombros, me metí las pastillas en la boca y las tragué. "Adelante, querido Watson", dije.

Año tras año, el centro alquilaba habitaciones en el Chevy Chase Motor Lodge. Larry y yo entrábamos en el aparcamiento un poco después de las siete de la mañana. Entramos en el bar, que estaba lleno de estudiantes de Pennridge. Conocía a muchos, de modo que, cuando me vieron, estalló un gran barullo de abrazos y apretones de mano. Por primera vez desde que había regresado, sentí algo especial. Encontramos a Jeff y nos sentamos a desayunar

En un rincón estaban los acompañantes, todos ellos antiguos profesores míos. Estaban allí sentados y no hacían más que mirarnos; ninguno pestañeaba.

"¿Qué les pasa?", le dije a Larry, dándole con el codo.

"Quizá piensan que debías estar muerto", contestó.

"¿No crees que podrían saludar o decir algo?"

"Será estreñimiento. Vamos a comer."

Cuando acabábamos, el señor Ettison, uno de los consejeros de la dirección del centro, se acercó a nosotros.

"¡Hola, señor Ettison!", le dije. Había sido mi entrenador de fútbol.

"Hola, Bill", contestó gravemente. "¿Qué haces aquí?"

"Desayunando. Estábamos en las cercanías...", bromeé. El señor Ettison no sonrió. "No, acabo de regresar de Vietnam. No había visto a Jeffrey hacía más de un año; y nos hemos acercado sólo para saludarle."

"Será mejor que os vayáis", dijo. "No queremos problemas."

"No vamos a dar problemas, señor Ettison; nada más.. "

"Está bien. Lo agradezco. ¿Por qué no acabáis y os vais?"

"Eh, ¿qué le ocurre, señor Ettison? ¿Qué hemos hecho?; no estamos haciendo nada malo."

"Tenemos aquí a unos 300 estudiantes y no queremos problemas.. "

"¿No puedo comer en un restaurante público?"

". .ya le he dicho a la dirección que si os alquilan una habitación, rescindiremos nuestro contrato con ellos."

"No vamos a quedarnos; simplemente..."

"...si os veo por el hotel, llamaré a la policía."

"¿Llamar a la policía?", dijo en voz alta. "¿Por qué coño todo el mundo quiere echarme encima a la poli de repente? ¿Qué, voy a Vietnam, cumplo con mi deber, y de pronto soy un criminal o algo así? ¿Qué le pasa, hombre? ¿Qué le he hecho yo?"

La calva cabeza del señor Ettison brillaba sudorosa. "No voy a discutir sobre eso", dijo.

"Eh, ¡usted ya no es profesor mío!", grité. "¡No, señor! ¡No tiene que soltar toda esa mierda!" Comencé a levantar el puño, pero Larry me agarró por la juntura del codo.

"Vamos", dijo. "No merece la pena." Se volvió al señor Et-

tison. "Él fue a librar por vosotros vuestra sucia guerra, de modo que podíais ser un poco más amables con él. Deberíais avergozaros de vuestra conducta." Luego se volvió a la camarera que estaba detrás de la barra "Paga él", dijo, apuntando con el dedo corazón al señor Ettison.

Cuando desperté, estábamos al sur de Wilmington, Delaware. "Debo de haberme dormido", dije. "¿Cómo te va?"

"Todavía estoy bien despierto", dijo Larry. "Tomé más anfetas cerca de Baltimore."

"Vas a matarte con esa mierda."

"Deberías hablar", rió, "de lo que acabas de pasar."

"Sí, supongo que sí", dije. Viajamos en silencio durante un rato.

"De modo que porque pienses que la guerra es una equivocación, ¿vas a dar la espalda a tus amigos? ¿Cuánto hace que nos conocemos, ocho años?"

"¿Mereció la pena?", preguntó Larry al fin. "¿Alistarse en la Infantería de Marina, ir allá?"

"Bueno", dije "Imagino que sí. Tenía que hacer algo, supongo."

"Al diablo, no me des una clase de civismo. Podías haber conseguido una prórroga, te habían aceptado en la universidad."

"¿Por qué coño te metes en mi vida?", dije bruscamente.

"Eh, Bill, nos queda un buen viaje de vuelta, ¿recuerdas? No me estoy metiendo en tu vida, sino que necesito respuestas sinceras. He estado pensando en Kenny... desaparecido, así sin más. ¿Y por qué?

"Lo siento, Larry; imagino que estos días estoy un poco tenso. No lo sé; cada cosa es un mundo... he estado pensando sobre un montón de tipos como Kenny; pensando en ellos durante mucho tiempo. ¿Cómo vas a pasar por todo aquello y luego decirte a ti mismo que no mereció la pena?"

"¿La mereció, entonces? Sí o no."

"¿Por qué coño es tan importante? No me apetece hablar de eso ahora?"

"Porque estoy pensando en irme a Canadá, por eso es tan importante." Las palabras de Larry fueron como una patada en el estómago. Los desertores iban a Canadá; los cobardes y los traidores. Larry era amigo mío, nos conocíamos desde que teníamos ocho años. "Bill, ¿sigues ahí?", preguntó Larry.

"Sí, sí. Joder. Eso es fuerte, tío."

"¿De veras?"

"¿Por qué diablos quieres ir a Canadá?"

"Porque no creo que pase nada en Vietnam por lo que merezca la pena morir."

"Tienes tu prórroga ¿Cuál es el problema?"

"No voy a tenerla mucho tiempo más. Estoy a punto de ser expulsado. Hay muchas cosas que hacer, Bill, y parece que no puedo enterrarme entre libros. Está ocurriendo algo importante, el país entero se ha vuelto loco..."

"¿Y me lo dices a mí? Durante trece jodidos meses, lo único que hice es soñar en regresar a El Mundo. Y cuando por fin vuelvo, esto es *peor* que el Nam... aquí no puedo colgar un calendario de plazo-fijo."

"¿Un qué?"

ARRIBA: *"... y contemplábamos los destellos de las campanas de la libertad." La bandera ondea orgullosa, pero el trato de Estados Unidos a los soldados que regresaban fue una vergüenza.*

"Un plazo-fijo. . no importa, tenías que haber estado allí."

"De eso se trata. Una vez que me expulsen, voy a estar en primera fila. Van a reclutarme tan rápido que te daría vértigo."

"¿Por qué no solicitas la objeción de conciencia?"

"¿Bromeas? ¿Con *nuestra* junta de reclutamiento? Tendría las mismas probabilidades que una bola de nieve en el infierno. Además, no soy objetor de conciencia. Yo estoy dispuesto a luchar por mi país, pero estoy en contra de Vietnam "

"No sé, Larry. ¿Qué voy a decirte? No sé. La mayor parte del tiempo, duele muchísimo."

"Eso es lo que pensaba", dijo Larry, pasando el brazo derecho por detrás del asiento y dándome palmaditas en el cuello.

"Un gran paso", dije, "irse al Canadá "

"Lo sé. No creas que no lo he pensado largo y tendido. Pero no voy a ir a Vietnam, y nunca he oído nada bueno sobre la cárcel. Y no hay muchas más probabilidades."

★ ★ ★

La tarde siguiente, llamaron al timbre. Era Eric Rogers. Lucía una barba descuidada, un sarape mexicano y unas zapatillas de tenis sin calcetines. "Ayer vi a tu madre en la ciudad", dijo. "Me dijo que habías vuelto y pensé que me pasaría a verte."

Permanecí un momento sin saber muy bien qué hacer. "Entra", dije. Nos sentamos en el cuarto de estar y caímos en un silencio incómodo

"¿Cómo estás?", preguntó Eric.

"Todavía en una pieza " Otra pausa.

"Te escribí un par de veces", dije por último

"Sí, recibí tus cartas."

"¿Cómo no me contestaste?"

"Quería hacerlo, pero no sabía qué decir. No sé."

"¿No podías decir: «Hola, espero que estés bien»?"

"Ea, Bill. No sabía qué decir, eso es todo. He solicitado la objeción de conciencia y todo eso. ¿Qué iba a decirte?"

"De modo que porque pienses que la guerra es una equivocación, ¿vas a dar la espalda a tus amigos? ¿Cuánto hace que nos conocemos, ocho años? ¿Y ni una asquerosa carta? ¿Ni siquiera podías decirme qué tiempo hacía?"

"Lo siento, Bill. Estaba pasándolas canutas, ¿sabes?, tenía que aclarar las ideas. Y tú estabas allá, en el centro mismo de todo eso, haciendo todo eso..."

"¡Tú no sabes lo que yo estaba haciendo! ¡Tú no sabes lo que es pasarlas canutas Pero tienes razón, yo estaba en el centro de todo eso y ¿no crees que me habría gustado recibir una carta tuya? ¡Te escribí tres veces! ¿Crees que me daba igual?"

"Mira, Bill, lo siento de veras..."

"Sí, yo también lo siento. Me gustan los amigos para lo bueno."

"Creo que sería mejor que me fuera", dijo Eric tras otra larga pausa.

"Sí, eso creo."

★ ★ ★

"Diga", dije descolgando el teléfono. "Aquí Bill."

"¡Hola, Bill! Soy el señor Jones Estaba pensando que, si no estás muy ocupado, quizá quisieras venir a hablar a mis clases de historia, mientras estés aquí."

"¿Sobre qué?"

"Sobre Vietnam. Creo que les vendría bien hablar con alguien que haya estado allí. A propósito, me alegra mucho de que estés sano y salvo. Fue una verdadera lástima lo de Ken Wommack."

"¿Cómo es que no hay problema en que hable con ellos en clase, y sin embargo no puedo acercarme con ellos a Washington?"

"Bueno, ea, Bill, pensaba..."

"Siento como si hubiera conseguido por fin escapar de Júpiter... y hubiera ido a parar a Marte."

"¿Cómo es que entonces no se alegró usted de verme sano y salvo? Lo vi allí sentado con los demás, mirándome como si fuera una especie de monstruo o algo por el estilo. Ni siquiera se molestó en saludarme. «¡Llamaremos a la *poli*!» ¿Y ahora quiere que le haga un favor? ¡Por Dios...!"

"Espera un momento, Bill, eso era otra cosa Teníamos que pensar en..."

"¿Me toma por un gilipollas? Métase sus clases de historia por el culo", dije y colgué.

★ ★ ★

"Mamá, creo que mañana voy a ir a Cherry Point."

"¿Por qué, Bill? Apenas llevas aquí una semana. Nos gusta tenerte en casa."

"Sí, ya lo noto", reí. "Ni siquiera me das voces por no hacé la cama."

"*Ha-cer* la cama", corrigió mi madre. "Francamente, no debías ser tan perezoso al hablar. Sabes hacerlo mejor."

"Vale, mamá."

"Bill, te quedan todavía más de dos semanas. ¿Por qué no descansas una temporada? Es *estupendo* tenerte cerca."

"Lo sé, mamá, es estupendo estar en casa y estoy verdaderamente contento Pero no tengo nada que hacer, simplemente estar sentado."

"Pues sal a ver a tus amigos. Eso es lo que puedes hacer "

"Mamá, no tengo mucho que decirles a ninguno de ellos. No puedo explicarlo; todo está bien, pero es diferente, ya no volverá a ser igual. Siento como si hubiera conseguido por fin escapar de Júpiter... y hubiera ido a parar a Marte. «Ehrhart llamando a la Tierra, Ehrahrt llamando a la Tierra»... y nadie responde."

Los ojos de mi madre se llenaron de lágrimas. Estaba haciendo un gran esfuerzo. Quise rodearla con mis brazos, pero no pude.

"Ea, mamá, no pasa nada. No es como volver a Vietnam; no voy más que a Carolina del Norte."

★ ★ ★

Cuando me incorporé al servicio en el Puesto Aéreo de la Infantería de Marina de Cherry Point, Carolina del Norte, me encontré destinado como jefe de información ayudante de toda el

CAPÍTULO 7 PERKASIE

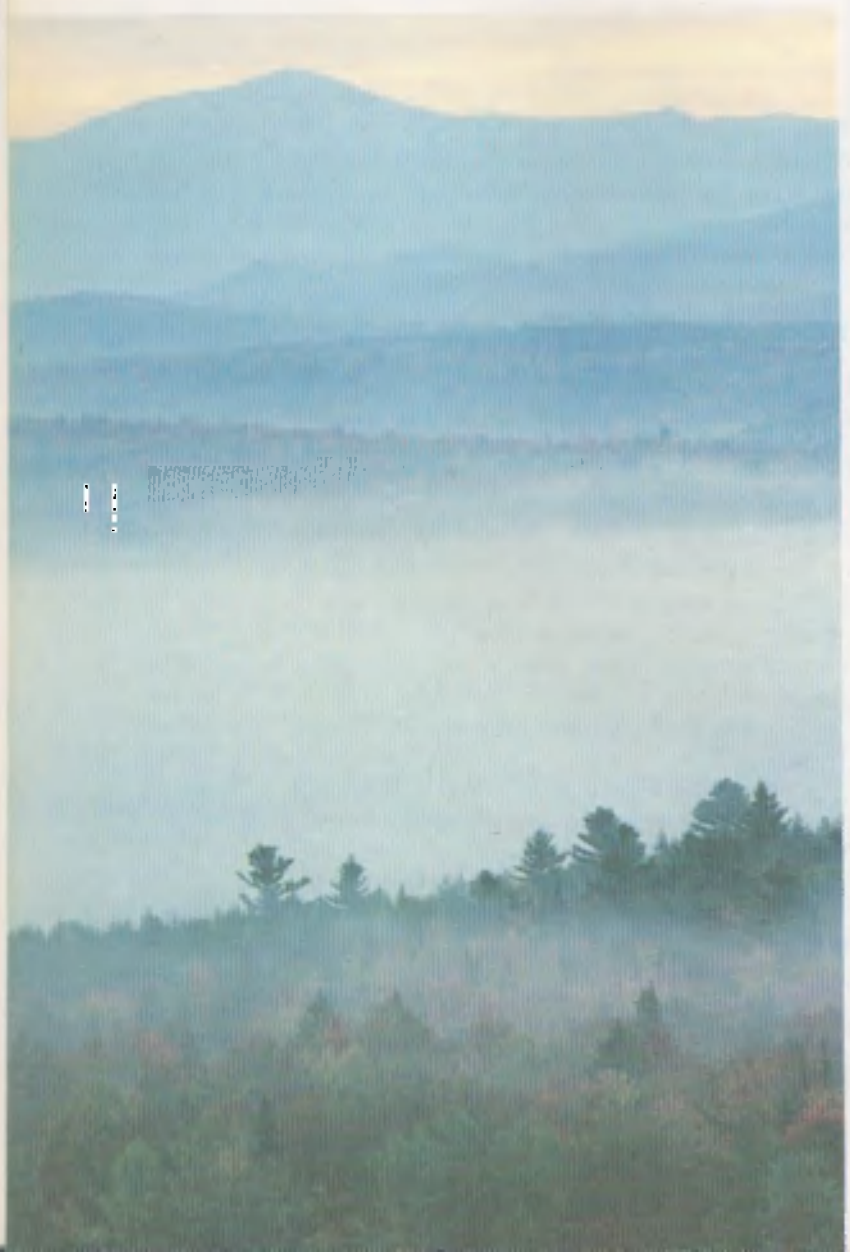
Ala Aérea de la 2 ª de Intantería de Marina. Era como un ciego dirigiendo a desganados. Tenía a mis órdenes a media docena de jóvenes alistados, y se suponía que yo tenía que revisar su trabajo, pero yo no tenía ni idea de lo que había que hacer. Habría dado la paga de un mes por algo familiar como cartuchera, un mapa y un compás, o un radioemisor de campaña, pero no había nada de eso en el Ala Aérea

Sólo los fines de semana me proporcionaban un alivio. Excepto los fines de semana, nunca salía de la base. iba casi todas las noches al centro de suboficiales de la base, me emborrachaba, me iba dando tumbos hasta el barracón cuando cerraban y caía redondo. Pero los fines de semana montaba en mi Volkswagen rojo e iba tan lejos y tan rápido como me era posible hasta el lunes por la mañana.

El primer fin de semana fui a Pembroke, en Carolina del Norte. a visitar a un antiguo compañero de estudios llamado Ron Charles, que ahora estaba allí en la universidad. "Al menos en este Estado puedo beber legalmente", le dije a Ronnie. No teníamos más que decirnos Me preparó una pareja y fuimos a la playa. Me emborraché y perdí el conocimiento; cuando desperté, había anochecido y yo estaba solo en el asiento trasero del coche, en el aparcamiento de enfrente de la residencia de Ron. Salté al asiento del conductor, encendí el motor y volví a la base.

El fin de semana siguiente me fui a Nueva York a ver a otra compañera de estudios llamada Sheryl Brigham. Me emborraché y la tuve hasta media noche contándole mis sentimientos acerca de Jenny y Dios sabe qué más, y por la mañana me dijo que su jefe la había llamado y tenía que ir a trabajar. Me monté en el coche y me volví a la base.

El fin de semana siguiente, otro infante de Marina me invitó a que le acompañara a la Universidad de Virginia, a visitar a un amigo suyo Fuimos a una fiesta y me emborraché. Un tipo de pelo largo y con collares y una chaqueta de faena militar comenzó a meterse conmigo por mi pelo corto, así que le lancé una navaja automática y, mientras estaba mirando la hoja brillante, me acerqué a su rodilla y se la giré hacia el lado contrario.



"Ella rehusó bruscamente, mirándome como si le hubiese pedido que me chupara el pene. Me quedé pasmado."

Tuvimos que salir de allí por pies. Regresamos al apartamento del amigo y estuvimos bebiendo hasta que caí redondo y cuando me desperté por la mañana, mi compañero y su amigo me pidieron que me fuera, de forma que cogí el coche y regresé a la base.

Al siguiente fin de semana, fue a Myrtle Beach, en Carolina del Sur, con otros tres compañeros de la base. Alquilamos una casa en la playa y yo me emborraché y no supe cuál era la puerta de la casa hasta el momento de regresar a la base.

El siguiente fin de semana, tuvimos revista el sábado por la mañana, lo que hizo imposible viajar muy lejos en esa ocasión Por tanto, el sábado por la noche decidí inspeccionar el ambiente local. Fui a una sala de baile de una ciudad cercana a la base Había mucha marcha, como suele decirse, y rápidamente me puse a tono.

Me acerqué cautelosamente a una mujer joven para sacarla a bailar. Ella rehusó bruscamente, mirándome como si le hubiese pedido que me chupara el pene. Me quedé pasmado. Al cabo de un rato junté valor suficiente para intentar sacar a otra joven. Me dijo que no Tomé otra cerveza. En las dos horas siguientes, la secuencia se repitió una docena de veces con el mismo resultado, mientras mi frustración y mi rabia iban incrementándose tras cada intento. ¿Era mi acento, que me delataba como yanqui? ¿Era mi pelo corto, que me delataba como militar? ¿Era mi aliento? ¿Que coño pasaba conmigo?

Pensé en Dorrit von Hellemond. Pensé en la joven del AK-47, la de la fotografía que le había quitado al vietcong muerto. Pensé en la mujer del pozo del mortero de Hué Después de un rato, la cerveza no me permitió seguir pensando. Mi estómago subía y bajaba; fui al servicio y vomité. Salí del bar. Llamé a Jenny desde una cabina telefónica y le supliqué una y otra vez que me amase, quedándome sin dinero suelto en el momento en que me daba cuenta de que estaba hablando con el encargado de la residencia de Jenny. Volví a la base y me masturbé en la ducha, y al terminar caí redondo bajo el chorro de agua caliente.

IZQUIERDA: *"Sólo nos falta un poco de valor, de modo que cógeme si puedes, yo me vuelvo." Sugar Hill, New Hampshire, lejos, muy lejos de Vietnam.*